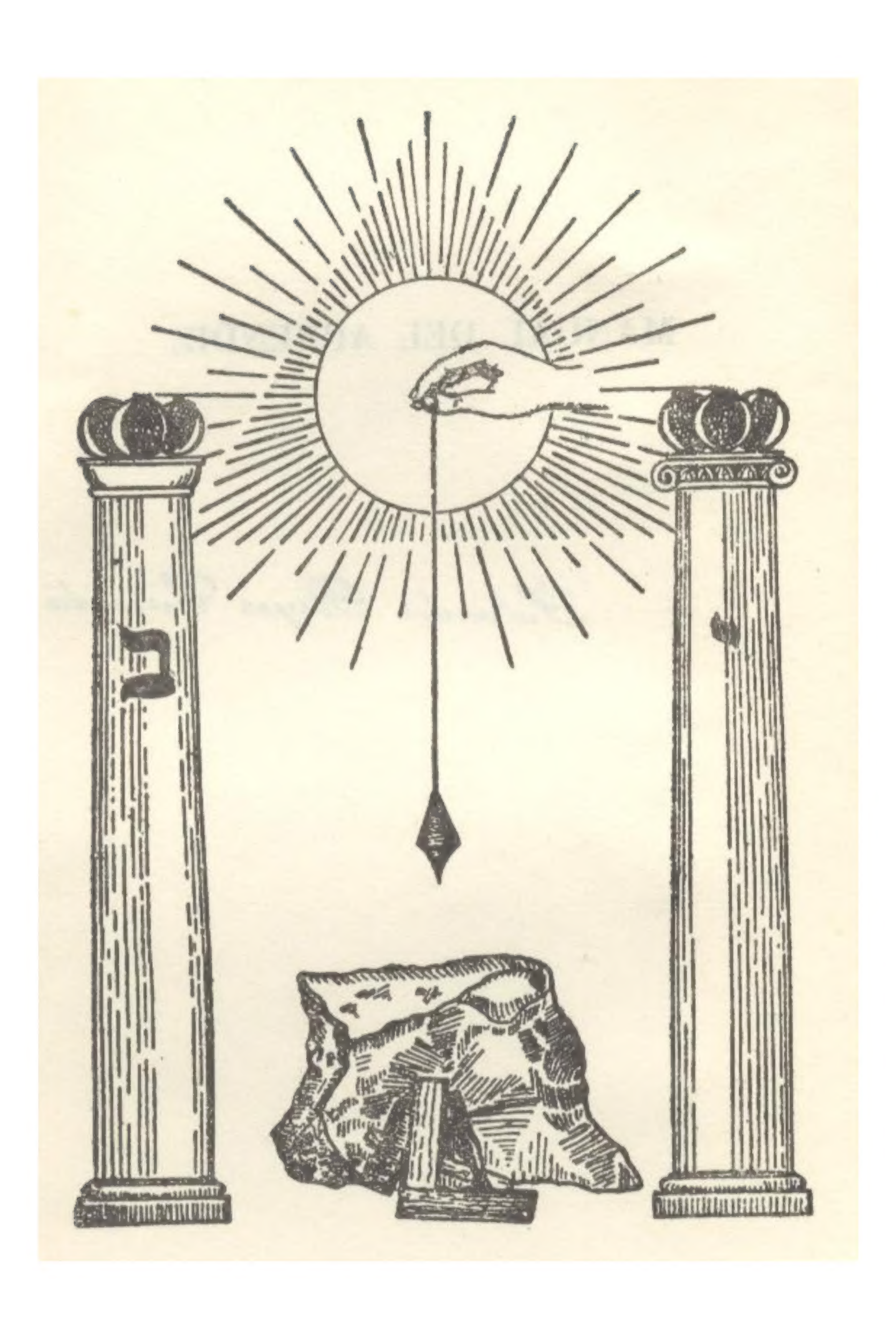

ב
י

LA MASONERÍA REVELADA

MANUAL

DEL APRENDIZ

ESTUDIO INTERPRETATIVO SOBRE EL VALOR INICIATICO DE LOS SÍMBOLOS Y ALEGORIAS DEL PRIMER GRADO MASÓNICO Y MISTICA DOCTRINA QUE EN ELLOS SE ENCIERRA

POR

MAGISTER

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Al presentar esta tercera edición, especialmente destinada a los masones latinoamericanos, de nuestro primer Manual, creemos nuestro deber agradecer de todo corazón a todos los QQ.·. HH.·. que han tenido conocimiento de la primera, por la verdaderamente bondadosa y cordial acogida que en todos los países de habla española ha sido dispensada.

Esto se debe sin duda, fundamentalmente, al hecho de que el impulso espiritual *por el cual muchos han sido atraídos entre las columnas de la Augusta Institución –cuyo objeto es labrar el progreso de la Humanidad sobre la tríplice base de la educación moral, del progreso espiritual y del mejor discernimiento y cumplimiento de nuestros deberes- despierta en su interior el deseo, primeramente latente, de penetrar el significado profundo de los símbolos y de la Sociedad, así como de las posibilidades que se nos revelan en su comprensión.*

Esta obra, y las que sobre el mismo tema se han escrito y se escribirán, simplemente responden, en el mecanismo universal de la Ley de Causalidad, al deseo de conocer, *que constituye el presupuesto indispensable de todo aprendizaje, y el único que puede darnos la llave para penetrar en el Santuario luminoso de la Eterna Verdad. Nada podemos conocer sin antes haber obtenido el deseo de* saberlo, *y ninguna verdad podemos aceptar, que no venga de afuera, si esa verdad no corresponde a un deseo interior, en el cual ya se encuentra en un estado de oscura intuición.*

El libro se dirige, pues, únicamente a los que desean conocer la razón y la profunda base espiritual de nuestra Orden; los que no se conforman con ver en ella solamente una sociedad cordial de los hombres honrados que se asisten mutuamente y se ocupan de beneficencia, sino que quieren encontrar en ella los medios y las directivas para hacerse verdaderos obreros del progreso humano.

Y sabemos que su número crece silenciosa y continuamente, y que no dejan de hacerse, por medio de la coherencia *a sus ideales y convicciones, la mística "levadura" que deberá levantar la Institución a la altura de sus mayores posibilidades.*

En toda la masonería latinoamericana puede verse actualmente este estado de inquietud, que es en sí una profecía evidente del Nuevo Espíritu que en la misma debe encararse –aquel Espíritu que debe hacerla en el Nuevo Mundo uno entre los mayores factores que deben cooperar al establecimiento de la Nueva Era Humana: de una civilización basada sobre los valores humanos, morales e ideales, *más bien que sobre los valores materiales. Una sociedad que tenga como principal objeto el progreso, la felicidad y el bienestar de todos los hombres, reconociendo que el verdadero bien de cada uno se halla íntimamente unido al mayor bien de todos los demás.*

A todos los obreros de la Paz, de la Armonía y de la Solidaridad, en cualquier campo que trabajen, vaya con este libro el Mensaje de un común anhelo que hará efectiva, en un mañana no muy lejano, la paz, la armonía, la solidaridad, el bienestar y la prosperidad sobre toda la superficie de la tierra. Escribimos estas palabras mientras perdura todavía el recuerdo de la guerra fratricida que ensangrentó los campos y las ciudades de España, mientras sigue aún la lucha en el Lejano Oriente, mientras en Europa no se disipan todavía oscuras amenazas y hondos temores. Pero, detrás de estas sombras y de estos nubarrones vemos desde ahora el principio claro y luminoso de una nueva espléndida Aurora, en la cual deben encararse y resplandecer todos los anhelos, ideales y aspiraciones de progreso que se han madurado y se van madurando en estos períodos más oscuros.

Ideales, directivas y orientaciones claras y seguras: he aquí la vital necesidad del momento actual. Únicamente en ellas puede basarse una disciplina clara e iluminada, coherente y homogénea que

ha de constituir la gran fuerza del Centro –exponente de todos los hombres que piensan y saben- que debe dominar, equilibrar y paulatinamente absorber todas las tendencias extremistas, igualmente indeseables. De esta fuerza deben hacerse núcleo, si no la Masonería como institución, los masones individualmente, que comprenden los deberes y privilegios inherentes en el estudio y en la práctica del Arte.

El estudio de la Verdad y la práctica de la Virtud, que es esencialmente coherencia *a la primera en pensamientos, palabras y obras: he aquí los instrumentos poderosos de que dispone todo masón consciente de su cualidad –el Compás y la Escuadra simbólicos que debe entrelazar en su actividad, y con los que hace efectivo también su progreso individual.*

Nuestra obra impersonal, *como la misma Verdad que nos habla a cada uno en el místico recogimiento de nuestro propio Cuarto de Reflexión, se dirige por esta razón más* íntima y directamente *a todo masón, para encaminar y guiar sus pasos en el Santuario de la Comprensión, en donde, sin embargo, sólo puede entrar por sus propios esfuerzos. Por esta razón deseamos que el lector haga completa abstracción de la personalidad de quien la ha escrito, y que simplemente la considere una Voz Amiga, o bien, como la Voz de la Verdad que habla en su propio fuero interior.*[1]

[1] La impersonalidad de esta obra y la naturaleza *íntima* y *secreta* de su Fuente principal, no nos dispensan de dar el debido crédito a todos los que nos han precedido en la interpretación del simbolismo masónico, y cuya obra ha inspirado nuestra labor, que, sin ser enteramente original, no deja de serlo en su mayor parte. Entre los que más se han adelantado a esta interpretación y cuya guía e inspiración nos han sido más preciosas, creemos deber citar especialmente a Oswald Wirth, con sus Manuales para los tres grados, su hermosa revista *Le Symbolisme* y demás obras esotéricas, ilustradas por dibujos originales, algunos de los cuales hemos aprovechado en este libro y en los siguientes.

PREFACIO A LA CUARTA EDICION

En su cuarta edición esta obrita ha sido nuevamente revisada, ligeramente aumentada, corregida y modificada en muchas partes; la construcción simbólica de nuestro Templo Ideal no puede darse nunca como concluida, así como nunca podemos dar por terminada la modesta labor sobre nuestras piedras individuales, para acercarlas a la perfección innata de nuestro Ser Espiritual.

En las trágicas horas que actualmente vivimos, en la grave crisis que el mundo está atravesando, más necesario que nunca es el Mensaje que nuestra Orden lleva a todos los hombres de buena voluntad que han tocado a las puertas de sus Templos y han pasado por las pruebas simbólicas, para buscar la Verdadera Luz: *una orientación clara y segura en medio de las tinieblas, de la oscuridad y de la incertidumbre que vivimos.*

Esta Orientación, este Mensaje Eterno que la Masonería lleva al mundo, hoy como ayer, es el Mensaje de una Obra Constructiva, animada por el más alto ideal que puede inspirarnos, en armonía con los Planes del G.·. A.·., y por lo tanto dirigida al Bien de todos nuestros semejantes.

Los masones son constructores, *y nunca pueden dejar de ser tales mientras sean masones. Por lo tanto, sigue siendo su deber hacer Obra Constructiva, o la obra más constructiva que puedan realizar, aún cuando en torno de ellos parezcan triunfar y dominar momentáneamente las tendencias y las fuerzas destructivas. Como constructores debemos seguir afirmando y sosteniendo los Principios Ideales y Valores Morales, ya que únicamente sobre ellos puede establecerse en el mundo el Reinado de la Luz, de la Paz y de la Felicidad.*

El Imperio del Mundo pertenece a la Luz. La Fuerza debe ser dominada, guiada y dirigida por la Sabiduría para producir resultados armónicos, satisfactorios y duraderos. Todos los hombres de todas las razas son nuestros hermanos. Todos los pueblos son elegidos, cada uno para su particular misión y función dentro de la humanidad, y la relación que debe haber entre todas las naciones ha de ser la Fraternidad.

Sigamos, pues, construyendo fielmente el Templo de nuestros Ideales, buscando nuestra inspiración en los Planes del G.·. A.·., pues "en Él está la Fuerza" y "Él los establecerá". Esos Planes son Eternos y Perfectos como la creación y el universo que manan de ellos y constantemente les obedecen. Nuestros más altos ideales nacen de esos Planes y los revelan a nuestra inteligencia. Mientras busquemos esa inspiración y le seamos fieles, nuestros esfuerzos y nuestra obra, por modestos o grandes que sean, no serán nunca vanos.

Sea la Masonería para nosotros no solamente un hermoso conjunto simbólico, y un medio para establecer nuevas amistades y relaciones, sino algo más íntimo y vital, *que se aplique a la solución de los diarios problemas de la existencia, nos enseñe la Ciencia y el Arte Real de la Vida, nos abra y nos indique el Camino de la Verdad.*

Según los masones, individualmente descubrimos y hacemos efectivos los valores eternos de nuestra Orden, así podrá ésta subsistir, a través de los peligros que actualmente amenazan su existencia, cumpliendo con la función social orientadora *que le pertenece.*

Seamos verdaderos masones, *en la medida de nuestro discernimiento y capacidad, esforzándonos por progresar en un grado siempre más elevado de comprensión; hagamos, tanto dentro de nuestras LL.·. como en nuestras tareas diarias, una verdadera labor masónica, y la Masonería vivirá, como todo lo que es útil y tiene una función necesaria en la vida del mundo, superando victoriosamente las pruebas entendidas para demostrar su* verdadera cualidad.

EL APRENDIZ

Cualquiera que haya sido vuestro propósito y el anhelo de vuestro corazón al ingresar en la Augusta Institución que os ha acogido fraternalmente como uno de sus miembros, es cierto que no habéis entendido, en el principio, toda la importancia espiritual de este paso y las *posibilidades* de progreso que con el mismo se os han abierto.

La Masonería es, pues, una Institución Hermética en el triple profundo sentido de esta palabra: el *secreto masónico* es de tal naturaleza, que no puede nunca ser violado o traicionado, por ser *mística e individualmente* realizado por aquel masón que lo busca para usarlo constructivamente, con sinceridad y fervor, absoluta lealtad, firmeza y perseverancia en el estudio y en la práctica del Arte.

La Masonería no se revela efectivamente sino a sus adeptos, a quienes se dan enteramente a ella, sin reservas mentales, para hacerse *verdaderos masones*, es decir, Obreros Iluminados de la Inteligencia Constructora del Universo, que debe manifestarse en su mente como *verdadera luz* que alumbra, desde un punto de vista superior, todos sus pensamientos, palabras y acciones.

Esto se consigue por medio de las pruebas que constituyen los medios con los cuales se hace manifiesto el *potencial espiritual* que duerme en estado latente en la vida rutinaria, las pruebas simbólicas iniciales y las pruebas posteriores del desaliento y de la decepción. Quien se deja vencer por éstas, así como aquel que ingresa en la Asociación con un espíritu superficial, no conocerá nada de lo que la Orden encierra bajo su forma y su ministerio exterior, no conocerá su propósito real y la oculta Fuerza Espiritual que interiormente la anima.

Su *tesoro* se halla escondido profundamente en la tierra: sólo excavando, o sea buscándolo *por debajo* de la apariencia, podemos encontrarlo. Quien pasa por la Institución como si fuera una sociedad cualquiera o un club profano, no puede conocerla; sólo permaneciendo en ella largamente, con fe inalterada, esforzándonos en hacernos verdaderos masones, y reconociendo el privilegio inherente a esta cualidad, se nos revelará su oculto tesoro.

Desde este punto de vista, y cualquiera que sea el grado exterior que podamos conseguir, o que ya se nos haya conferido para compensar en alguna forma nuestros anhelos y deseos de progreso, difícilmente nos será dado superar realmente el grado de *aprendiz.* En la finalidad iniciática de la Orden, somos y continuaremos siendo aprendices por un tiempo mucho mayor que los simbólicos tres años de la edad. ¡Ojalá fuéramos todos buenos aprendices y lo fuéramos en toda nuestra existencia! Si todos los masones nos esforzáramos primero en *aprender* ¡cuántos males que se han lamentado y se lamentan no tendrían razón de existir!

Este pequeño Manual quiere ser una Sintética Guía para los aprendices de todas las edades masónicas, presentando en sus páginas, en forma clara y sencilla, las explicaciones que nos parecen necesarias para entender y realizar individualmente el significado de este grado fundamental, en el cual se halla todo el programa iniciático, moral y operativo de la Masonería.

Ser *un buen Aprendiz*, un Aprendiz activo e inteligente que pone todos sus esfuerzos en progresar iluminadamente sobre el sendero de la Verdad y de la Virtud, realizando y poniendo en práctica (haciéndola carne de su carne, sangre de su sangre y vida de su vida) la Doctrina Iniciática que se halla escondida y se revela en el simbolismo de este grado, es sin duda mucho mejor que ostentar el más elevado grado masónico, permaneciendo en la más odiosa y deletérea ignorancia de los principios y fines sublimes de nuestra Orden.

No se tenga, por consiguiente, demasiada prisa en la ascensión a grados superiores: el grado que se nos ha otorgado, y exteriormente se nos reconoce, es siempre superior al grado *efectivo* que hemos alcanzado y realizado interiormente, y difícilmente podrá tacharse de excesiva la permanencia en este primero, por grandes que sean nuestros deseos de progreso y los esfuerzos que hagamos en ese sentido. Comprender efectivamente el significado de los símbolos y ceremonias que constituyen la *fórmula iniciática* de este grado, y practicarlo en la vida de todos los días, es mucho mejor que salir prematuramente de él, o desdeñarlo sin haberlo comprendido.

La condición y estado de aprendiz precisamente se refiere a nuestra *capacidad de aprender*: somos aprendices, en cuanto nos hacemos receptivos, nos abrimos interiormente y ponemos todo el esfuerzo necesario para aprovecharnos constructivamente de todas las experiencias de la vida y de las enseñanzas que en cualquier forma recibamos. Nuestra mente abierta, y la intensidad del deseo de progresar, determinan esta capacidad.

Estas cualidades caracterizan al Aprendiz y lo distinguen del profano, ya sea dentro o fuera de la Orden. En el profano (según se entiende masónicamente esta palabra) prevalecen la inercia yl a pasividad, y, si existe un deseo de progreso, una aspiración superior, se hallan como sepultados o sofocados por la materialidad de la vida, que convierte a los hombres en esclavos supinos de sus vicios, de sus necesidades y de sus pasiones.

Lo que hace patente el estado de aprendiz es precisamente el despertar del potencial latente que se halla en cada ser y produce en él un vehemente deseo de progresar; caminar hacia delante, superando todos los obstáculos y las limitaciones, y sacando provecho de todas las experiencias y enseñanzas que encuentra a su paso. Este estado de conciencia es la primera condición para que uno pueda hacerse masón en el sentido verdadero de la palabra.

Toda la vida es para el ser activo, inteligente y diligente, un *aprendizaje incesante;* todo lo que encontramos en nuestro camino puede y debe ser un provechoso material de construcción para el edificio simbólico de nuestro progreso, el Templo que así levantamos, cada hora, cada día y cada instante a la G.·. D.·. G.·. A.·., es decir del Principio Constructivo y Evolutivo en nosotros. Todo es bueno en el fondo, todo puede y debe ser utilizado *constructivamente* para el Bien, a pesar de que pueda presentarse bajo la forma de una experiencia desagradable, de una contrariedad imprevista, de una dificultad, de un obstáculo, de una desgracia o de una enemistad.

He aquí el programa que debe esforzarse en realizar el Aprendiz en la vida diaria; solamente mediante este *trabajo* inteligente, diligente y perseverante puede convertirse en un verdadero *obrero* de la Inteligencia Constructora, y *compañero* de todos los que están animados por este mismo programa, por esta misma finalidad interior.

El *esfuerzo individual* es condición necesaria para este progreso. El aprendiz no debe contentarse con recibir pasivamente las ideas, conceptos y teorías que le vienen del exterior, y simplemente asimilarlos, sino trabajar con estos materiales, y así aprender a pensar por sí mismo, pues lo que caracteriza a nuestra Institución es la más perfecta comprensión y realización armónica de los dos principios de Libertad y Autoridad, que se hallan a menudo en tan abierta oposición en el mundo profano. Cada cual debe aprender o progresar por medio de su propia experiencia y con sus propios esfuerzos, aunque aprovechando según su discernimiento la experiencia de quienes le han precedido en el mismo camino.

La Autoridad de los Maestros es, simplemente, Guía, Luz y Sostén para el Aprendiz, mientras no aprenda a caminar por sí mismo, pero su progreso será siempre proporcionado a sus propios esfuerzos. Así es que esta Autoridad –la única que se reconoce en Masonería- no será nunca el resultado de una imposición o coerción, sino el implícito *reconocimiento interior* de una

superioridad espiritual o, mejor dicho, de un mayor adelanto en el mismo sendero que todos indistintamente recorremos: aquella Autoridad natural que conseguimos conociendo la Verdad y practicando la Virtud.

El aprendiz que realice esta sublime Finalidad de la Orden reconocerá que en sus posibilidades hay mucho más de lo que se había percatado cuando pidió primero su afiliación y fue recibido como *hermano.*

El impulso que le movió desde entonces fue sin duda, en su raíz, más profundo que las razones conscientes determinantes: en aquel momento, actuaba en él una Voluntad más alta que la de su personalidad ordinaria, su propia *voluntad individual,* que es la Voluntad de lo Divino en nosotros. Sea, pues, consciente de esta Razón Oculta y profunda que motivó su afiliación a una Orden Augusta y Sagrada por sus orígenes, por su naturaleza y por sus finalidades.

A todos nos es dado el privilegio y la oportunidad de cooperar al *renacimiento iniciático* de la Masonería, para el cual están maduros los tiempos y los hombres: hagámoslo con aquel entusiasmo y fervor que, habiendo superado las tres simbólicas pruebas, no se deja vencer por las corrientes contrarias del mundo profano, ni arrastrar por el ímpetu de las pasiones, ni desanimar por la frialdad exterior, y que, llegando a tal estado de firmeza, madurará y dará óptimos frutos.

Pero, antes que todo, *aprendamos.* Aprendamos lo que es la Orden en su esencia, cuáles fueron sus verdaderos orígenes; el significado de la Iniciación Simbólica con la que hemos sido recibidos; la Filosofía Iniciática de la cual se nos dan los elementos, con el estudio de los primeros Principios y de los símbolos que los representan; la triple naturaleza y valor de Templo alegórico de nuestros *trabajos* y la cualidad de éstos; *la palabra* que se nos da para el uso y que constituye el Ministerio Supremo y Central. Recibiremos así el *salario* merecido como resultado de nuestros esfuerzos y nos haremos obreros aptos y perfectamente capacitados para el trabajo que se nos demanda.

PARTE PRIMERA

LOS ORIGENES DE LA INSTITUCIÓN

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

De las tres preguntas: "¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? y ¿Adónde vamos?", en las que puede subdividirse y expresarse el Gran Misterio de la experiencia, así como el principio de todo conocimiento verdadero y de toda sabiduría, la primera es la que especialmente le compete al Aprendiz.

Referida a nuestra Institución, esta pregunta nos plantea en primer término, para tratar de conocer su esencia, el problema en sus orígenes –o sean aquellas instituciones, sociedades, costumbres y tradiciones en las que la Masonería tiene su raíz, su principio espiritual, aunque sin derivar directamente de ellas. Desde este punto de vista es cierto, según lo dicen los catecismos, que sus orígenes se pierden "en la noche de los tiempos", o sea en aquellas antiquísimas civilizaciones prehistóricas de las que se han perdido los vestigios y la memoria, y que se remontan probablemente a centenares de millares de años antes de la era actual.[1]

Los primeros rituales, basados en las tradiciones bíblicas (por descansar en ellas principalmente la fe de sus redactores), nos dicen que "Adán fue iniciado al Or.·. del Edén, por el Gr.·. A.·. *en todos los ritos de la Masonería",* significando esto, evidentemente, que los orígenes de la Masonería deben hacerse remontar hasta la primera sociedad humana, de la que Adán es un símbolo, correspondiendo con la Era *Saturnina* o Edad de Oro de la tradición grecorromana, y el *Satya Yuga* de los hindúes.

Es cierto, pues, que nacieron, ya en la aurora (que todas las tradiciones concuerdan en considerar luminosa) de la civilización, ese íntimo deseo de progreso, esa profunda aspiración hacia la Verdad y la Virtud, ese deseo de obrar *recta y sabiamente,* de los que la masonería constituye, para sus adeptos, la encarnación.

Pero si el espíritu masónico debió existir desde las primitivas épocas –conocidas y desconocidas- de la historia, y no fue extraño al primer hombre (si tal existió), manifestación natural de su deseo de progreso, de sus esfuerzos constructivos para alcanzarlo, y si debió de expresarse naturalmente en una forma adaptada y conveniente en las primeras comunidades *–íntimas* y por ende *secretas*- de hombres que se apartaban de los demás por su deseo de saber y penetrar el Misterio Profundo de las cosas, es cierto que no siempre se manifestó exactamente en la forma en que hoy se conoce, se ejerce y practica.

Sin embargo, los *principios* inmutables sobre los cuales ha sido establecida, y que constituyen su espíritu y su característica fundamental, no pueden haber sufrido variaciones substanciales, y establecidos en épocas de antigüedad incalculable, han debido de permanecer los mismos a través de todas sus metamorfosis o encarnaciones exteriores.

También debe remontarse (por su carácter y su transmisión ininterrumpida) a la más remota antigüedad, los *signos, símbolos y toques,* la íntima esencia de las *alegorías* y el significado de las *palabras* que corresponden a los diferentes grados; aunque las alteraciones de las leyendas –en su forma exterior- puedan haber sido notables, sin embargo, por el medio elegido y reducido en el cual fueron transmitidas, por el aparato exterior, las pruebas y la fidelidad que se les pedían a los

[1] Hablando en lenguaje geológico, al principio de la era cuaternaria o bien el mismo período terciario.

iniciados, siempre ha debido de reducirse a lo mínimo, y por ser más bien intencionales (es decir, causadas por necesarias adaptaciones) que causales.

Además, girando dichas alegorías alrededor de un mismo tema o Idea Madre fundamental, estas alteraciones han debido de ser más bien cíclicas, gravitando alrededor de un mismo punto y repasando, por consecuencia, más de una vez por una misma forma o por formas análogas.

A pesar del *secreto* que debió de caracterizar constantemente la actividad de la Orden, en las diferentes formas asumidas exteriormente, doquiera podemos encontrar algunos vestigios que confirman esta aserción: en los Templos sagrados de todos los tiempos y de todas las religiones, entre las estatuas, grabados, bajos relieves y pinturas; en los escritos que nos han sido transmitidos, en representaciones simbólicas de origen muy diferente, en las mismas letras del alfabeto, podemos encontrar varias trazas de una intención indudablemente *iniciática o masónica* (siendo los dos términos, hasta cierto punto, equivalentes); y alguna vez no aparecen en estas representaciones los mismos signos de reconocimiento.

Igualmente en la mitología, y en las leyendas y tradiciones que constituyen el folklore literario y popular, hay muchas trazas de los misterios iniciáticos, de aquella *Palabra Perdida* a la cual se refiere nuestra Institución, con su enseñanza esotérica revelada en una forma simbólica.

El aspecto *esotérico* de la religión –conocida exotéricamente- debe de haber conservado en todos los tiempos esta doble característica, cualquiera que haya sido la forma exterior particular en que se ha manifestado en los diferentes pueblos y en épocas diversas de la historia.

LA DOCTRINA INTERIOR

Todos los pueblos antiguos conocieron, además del aspecto exterior o formal de la religión y de las prácticas sagradas, una enseñanza paralela *interior o esotérica* que se daba únicamente a los que se reputaban moral y espiritualmente dignos y maduros para recibirla.

El aspecto *esotérico* de la religión –conocida exotéricamente por los profanos- lo suministraban especialmente los llamados Misterios (palabra dericada de “mysto”, término que se aplicaba a los neófitos, y que significa etimológicamente *mudo o secreto,* refiriéndose evidentemente a la obligación de secreto, sellada por juramento, que se le pedía a todo iniciado), de los cuales la Masonería puede considerarse como heredera y continuadora, por medio de las corporaciones de constructores y otras agrupaciones místicas que nos transmitieron su Doctrina.

Esta *Doctrina Interior* –esotérica y oculta- es esencialmente iniciática, por cuanto se alcanzará únicamente por medio de la iniciación, es decir *ingresando* a un particular estado de conciencia (o punto de vista interior), pues sólo mediante él puede ser entendida, reconocida y realizada.

La Doctrina Interior ha sido siempre y sigue siendo la misma para todos los pueblos y en todos los tiempos. En otras palabras, mientras para los *profanos* (los que se quedan *delante o fuera* del Templo, es decir sujetos a la apariencia puramente exterior de las cosas) ha habido y hay diferentes religiones y enseñanzas, en aparente contraste las unas con las otras, para los *iniciados* no ha habido ni hay más que una sola y única Doctrina, Religión y Enseñanza: la Doctrina Madre Ecléctica o Religión Universal de la Verdad, que es Ciencia y Filosofía, al mismo tiempo que Religión.

De esta enseñanza iniciática, esotérica y universal, común a todos los pueblos, las razas y los tiempos, las diferentes religiones y las distintas escuelas han constituido y constituyen un aspecto exterior más o menos imperfecto e incompleto. Y las luchas religiosas siempre han caracterizado

aquellos períodos en los cuales por la inmensa mayoría de sus dirigentes, fue perdida de vista aquella *esencia interior* que constituye el Espíritu de la religión, comprendiéndose únicamente el aspecto profano o exterior. Pues el fanatismo siempre ha sido acompañante de la ignorancia.

LOS MISTERIOS

Hubo *misterios* instituidos en todos los pueblos conocidos por la historia en la era precristiana: en Egipto como en la India, en Persia, Caldea, Siria, Grecia y en todas las naciones mediterráneas, entre los druidas, los godos, los escitas y los pueblos escandinavos, en la China y entre los pueblos indígenas de América. Pueden observarse trazas de ellos en las curiosas ceremonias y costumbres de las tribus de África y Australia, y en todos los pueblos llamados primitivos, a los que tal vez, más justamente, deberíamos considerar como supérstites degenerados de razas y civilizaciones más antiguas.

Tuvieron fama especialmente los Misterios de Isis y de Osiris en Egipto; los de Orfeo y Dionisios y los Eleusinos en Grecia, y los de Mitra, que, desde Persia, se extendieron, con las legiones romanas, por todos los países del imperio. Menos conocidos y menos brillantes, especialmente en su período de decadencia y degeneración, fueron los de Creta y los de Samotracia, los de Venus en Chipre, los de Tammuz en Siria y muchos otros.

También la religión cristiana tuvo en el principio sus Misterios, como surge de los indicios de naturaleza inequívoca que encontramos en los escritos de los primitivos Padres de la Iglesia, enseñándose a los más adelantados un aspecto más profundo e interno de la religión, a semejanza de lo que hacía el mismo Jesús, que instruía al pueblo por medio de parábolas, alegorías y preceptos morales, reservando al pequeño círculo elegido de los discípulos –los que escuchaban y ponían en práctica la Palabra- sus enseñanzas esotéricas. La esencia de los Misterios Cristianos se ha conservado en las ceremonias que constituyen actualmente los Sacramentos.

Igualmente la religión musulmana, así como el Budismo y la antigua religión brahmánica, tuvieron y tienen sus Misterios, que han conservado y conservan hasta hoy muchas prácticas sin duda anteriores al establecimiento de dichas religiones, reminiscencia de aquellos que se celebraban entre los antiguos árabes, caldeos y arameos y fenicios, por lo que se refiere a la primera, y entre los pueblos del Asia Central y Meridional, por los segundos.

Aunque los nombres difieran, y difieran más o menos la forma simbólica y los particulares de la enseñanza y de su aplicación, ha sido característica fundamental y originaria de todos la transmisión de una misma Doctrina Esotérica, en grados distintos y sucesivos, según la madurez moral y espiritual de los candidatos, a los cuales se sometía a *pruebas* (muchas veces difíciles y espantosas) para reconocerla, subordinándose la comunicación de la enseñanza simbólica, y de los instrumentos claves para interpretarla, a la firmeza y fortaleza de ánimo demostradas en superar estas pruebas.

La propia Doctrina nunca ha variado en sí misma, aunque se haya revestido de formas diferentes (pero casi siempre análogas o muy semejantes) e interpretada más o menos perfecta o imperfectamente y de una manera más o menos profunda o superficial, por efecto de la degeneración, a la que con el tiempo sucumbieron los instrumentos o medios humanos a los cuales se había confiado. Esta *unidad fundamental*, así como la analogía entre los medios, puede considerarse como prueba suficiente de la unidad de origen de todos los Misterios de un mismo y único Manantial, del cual han derivado igualmente, o fueron inspiradas, las diferentes instituciones y tradiciones religiosas, y la Masonería, en sus formas primitivas y recientes.

LA UNIDAD DE LA DOCTRINA

Esta *Coctrina Madre Ecléctica* que ha sido perpetuamente la Fuente inagotable de las enseñanzas más elevadas de todos los tiempos (faro de Luz inextinguible, conservado celosa y fielmente en el Misterio de la Comprensión y del Amor, que nunca dejó de brillar, aún en las épocas más oscuras de la historia, para los que han tenido "ojos para ver y oídos para oír") es la propia Doctrina Iniciática manifestada en los Misterios Egipcios, Orientales, Griegos, Romanos, Gnósticos y Cristianos, y es la misma Doctrina Masónica que se revela por medio del estudio y la interpretación de los símbolos y ceremonias que caracterizan nuestra Orden.

Es la Doctrina de la *luz interior* de los Misterios Egipcios que se despertaba en el candidato y se hacía siempre más firme y activa en la medida en que él llegaba a osirificarse, o sea conocer su unidad e identidad con Osiris, el Primero y Unico Principio del Universo. Y es la misma Doctrina de la Luz simbólica que los candidatos vienen a buscar en nuestros Templos, y que se realiza individualmente en la medida en que uno se aparta de la influencia profana o exterior de los sentidos, y busca *en secreto entendimiento* en lo íntimo de su ser.

Es la Doctrina de la Vida Universal que se encierra en el simbólico *grano de trigo* de Eleusis, que debe *morir* y ser sepultado en las entrañas de la tierra, para que pueda *renacer* como planta, a la luz del día, después de abrirse camino a través de la oscuridad en que germina. Y es la misma doctrina por la cual el candidato, habiendo pasado por una especie de muerte simbólica en el cuarto de Reflexión, renace a una *vida* nueva como Masón y progresa por medio del esfuerzo personal dirigido por las aspiraciones verticales que simboliza la plomada.

Es la Doctrina de la *redención* cristiana, que se consigue por medio de la *fidelidad en la palabra,* con la cual el Cristo o Verbo Divino (nuestra percepción interior o reconocimiento espiritual de la verdad) nace o se manifiesta en nosotros, y nos conduce, según la antigua expresión brahmánica, "de la ilusión a la Realidad, de las tinieblas a la Luz, de la muerte a la Inmortalidad". Y es la misma doctrina del Verbo o Logos sobre la cual colocamos nuestros *instrumentos* simbólicos al abrirse la *logia*, es decir, al principiar la manifestación del *Logos.*

Es pues, siempre y doquiera, una misma enseñanza que se revela en infinitas formas, adaptándose a la inteligencia y capacidad comprensiva de los oyentes; una Doctrina *secreta o hermética,* revelada por medio de *símbolos, palabras y alegorías* que sólo pueden entender y aplicar en su real sentido los oídos de la comprensión; una doctrina vital que debe hacerse en nosotros carne, sangre y vida, para obrar el milagro de la regeneración o nuevo nacimiento, que constituye el *Télos* o "fin" de la Iniciación.

LA JERARQUÍA OCULTA

El reconocimiento de la identidad fundamental de esta Doctrina en sus múltiples dispensaciones y manifestaciones exteriores, de la idéntica finalidad de éstas y de la identidad de los medios universalmente empleados para enseñarla, en sus distintas adaptaciones, a las diferentes circunstancias de tiempo y lugar, como sello de su origen común, nos hace patente la existencia de una Oculta Jerarquía, una Fraternidad de Sabios y Maestros, que ha sido a través de las edades *su íntima, secreta y fiel depositaria,* manifestándola exteriormente en formas análogas o diferentes, según la madurez de los tiempos y de los hombres.

Los orígenes de esta Fraternidad Oculta de Maestros de Sabiduría, llamada también Gran Logia Blanca (y, en la Biblia, *Orden de Melkizedek),* pueden trazarse hasta las primeras civilizaciones

humanas, de las cuales estos Maestros, como Reyes-Sacerdotes Iniciados (según lo indica el mismo nombre genérico *Melkizedek)*, fueron Reveladores e Instructores, puede decirse, desde la aparición del primer hombre sobre la tierra. Su existencia ha sido y puede ser reconocida por todos los discípulos adelantados, de los cuales los Maestros se han servido y se sirven para su Obra en el mundo.

Debemos a esta Jerarquía Oculta, formada por los genuinos Intérpretes, Depositarios y Dispensadores de la Doctrina Secreta, el primitivo establecimiento de todos los Misterios y de todos los cultos, en sus formas más antiguas, más puras y originarias, así como de la Institución Masónica, y de todo movimiento progresista y libertador.

Elevar y libertar a las conciencias, conducir a los hombres *desde las tinieblas de la ignorancia y de la ilusión a la Luz de la Verdad, desde el vicio a la Virtud, desde la esclavitud de la materia a la libertad del espíritu,* ha sido siempre y es constantemente la finalidad de estos Seres superiores, de estos verdaderos *Maestros Incógnitos* en sus actividades en el mundo.

Todo Movimiento elevador y libertador debe considerarse, directa o indirectamente, inspirado por esta Jerarquía, formada por los que se elevaron y libertaron por sí mismos, sobreponiéndose a todas las debilidades, limitaciones y cadenas (que atan a la mayoría de nosotros y nos hacen otros tantos esclavos de la fatalidad o de la necesidad en apariencia, pero, en realidad, de nuestros mismos errores e ilusiones), y realizando así el verdadero *Magisterio.*

Por el contrario, todo movimiento (político, social u oculto) que tienda a limitar, esclavizar, entorpecer y adormecer la conciencia de los hombres tiene una opuesta y diferente inspiración, siendo obra manifiesta del Señor de la Ilusión, o sea el movimiento de reflujo de las olas espirituales. La libertad individual y el respeto pleno de la misma han sido siempre y son la característica de la *línea derecha* de la Evolución Ascendente, mientras esclavitud y coerción señalan el *camino izquierdo* o descendente.

LAS COMUNIDADES MÍSTICAS

Al lado de las antiquísimas instituciones oficiales de los Misterios –protegidas por los reyes y gobiernos con leyes y privilegios especiales, por su reconocida influencia benéfica y moralizadora, e instintivamente veneradas por los pueblos- existieron en todo Oriente, y especialmente en la India, Persia, Grecia y Egipto, muchas *comunidades místicas* que, mientras por un lado pueden ser comparadas a los actuales conventos y órdenes monásticas, por el otro algunas de sus características las relacionan íntimamente con la moderna Masonería.

Estas comunidades –algunas de las cuales tuvieron, y otras no, carácter decididamente religioso- nacieron, evidentemente, de la necesidad espiritual de agruparse para llevar, al abrigo de las condiciones contrarias del mundo exterior, una vida común más conforme con los ideales e íntimas aspiraciones de sus componentes.

Las características de estas comunidades, que constituyen un *trait d'union* con nuestra Orden, se refieren igualmente a su doble finalidad *operativa y especulativa* –en cuanto se dedicaban igualmente a trabajos y actividades materiales, así como a los estudios filosóficos y a la contemplación-, a la *iniciación* como condición necesaria para ser admitidos en ellas, y a los *medios de reconocimiento* (signos, palabras y toques) que usaban entre sí y por medio de los cuales abrían sus puertas al viajero iniciado que se hacía reconocer como uno de *ellos,* y le trataban como hermano, cualquier que fuese su procedencia.

De estas místicas comunidades habla mucho Filóstrato en su vida de Apolonio de Tiana, basándose en los apuntes de Damis, discípulo (o, mejor dicho, compañero de viaje, pues por no ser *Iniciado,* casi siempre debía quedarse a la puerta de los Templos y Santuarios que no tenían misterios para su Maestro) del gran filósofo reformador del primer siglo de nuestra Era, que viajó constantemente de una a otra comunidad, así como de Templo en Templo de distintas religiones, en donde siempre encontró hospitalidad y acogida fraternal, compartiendo con ellos el Pan de la Sabiduría.

Las más conocidas fueron las de los Esenios entre los hebreos, de los Terapeutas del Alto Egipto, de los Gimnósofos en la India. Este último término –que significa literalmente *sabios desnudos*- parece muy bien aplicarse a los *yoguis,* en su triple sentido moral, material y espiritual, en cuanto se despojaban de toda su riqueza o posesión material, reducían su traje a lo más sencillo, y se desnudaban espiritualmente con la práctica de la meditación, que, en sus aspectos más profundos, es un *despojo* completo de la mente (la "Creadora de la Ilusión") y de las facultades intelectuales, de las cuales está revestido nuestro *Ego o Alma* para su actuación como "ser mental".

LAS ESCUELAS FILOSÓFICAS

Tampoco hemos de olvidar, en esta sintética enumeración de los orígenes de la Masonería, las grandes escuelas filosóficas de la antigüedad: la *vedantina* en la India, la *pitagórica,* la *platónica* y la *ecléctica o alejandrina* en Occidente, las que, indistintamente, tuvieron su origen e inspiración en los Misterios.

De la primera diremos simplemente que su propósito fue la interpretación de los libros sagrados o Vedas (*Vedanta* significa etimológicamente *fin de los Vedas),* antiguas escrituras brahmánicas inspiradas, obra de los *Rishis,* "videntes" o "profetas", con propósito claramente *esotérico,* como lo muestra su característica primitivamente *advaita* ("antidualista" o *unitaria),* con el reconocimiento de un único Principio o Realidad, operante en las infinitas manifestaciones de la Divinidad, consideradas éstas como diferentes aspectos de esta Realidad Unica.

La escuela establecida por Pitágoras, como *comunidad filosófico-educativa,* en Crotona, en la Italia meridional (llamada entonces Magna Grecia), tiene una íntima relación con nuestra institución. A los discípulos se les sometía primeramente a un largo período de noviciado que puede parangonarse con nuestro grado de Aprendiz, en donde se les admitía como *oyentes,* observando un silencio absoluto, y otras prácticas de purificación que los preparaban para el estado sucesivo de *iluminación,* en el cual se les permitía hablar y que tiene una evidente analogía con el grado de Compañero, mientras el estado de *perfección* se relaciona evidentemente con nuestro grado de Maestro.

La escuela de Pitágoras tuvo una decidida influencia también en los siglos posteriores, y muchos movimientos e instituciones sociales fueron inspirados por las enseñanzas del Maestro, que no nos dejó nada como obra suya directa, en cuanto consideraba sus enseñanzas como *vida* y prefería, como él mismo decía, *grabarlas* (otro término característicamente masónico) en la mente y en la vida de sus discípulos, más bien que confiarlas como letra muerta al papel.[1]

Con relación a Pitágoras, cabe recordar aquí un curioso y antiguo documento masónico,[2] en el cual se le atribuye al *Filósofo* por excelencia (fue él quien usó primitivamente este término,

[1] Confróntese con lo dicho por Jesús: "Mis palabras son *espíritu y vida*".
[2] El documento se llama "Leyland-Locke Ms." Y su fecha sería del 1436, estando escrito en el antiguo inglés de aquella época. Refiriéndose a la Masonería, contesta a la pregunta: ¿de dónde vino?, diciendo que empezó "con los primeros

distinguiéndose como *amigo de la sabiduría* de los sofos o sofistas, que ostentaban, con un orgullo inversamente proporcional al mérito real, el de *sabios)* el mérito de haber transportado las tradiciones masónicas orientales al mundo occidental grecorromano.

De la escuela platónica y de su conexión con las enseñanzas masónicas, es suficiente que recordemos la inscripción que había en el atrio de la *Academia* (palabra que significa etimológicamente "oriente"), en donde se celebraban las reuniones: *"Nadie entre aquí si no conoce Geometría";* alusión evidente a la naturaleza *matemática* de los Primeros Principios, así como al simbolismo *geométrico o constructor* que nos revela la íntima naturaleza del Universo y del hombre, y de su evolución.

La filiación de estas escuelas en los Misterios es evidente por el hecho de que Platón, como Pitágoras y todos los grandes filósofos de aquellos tiempos, fueron iniciados en los Misterios de Egipto y Grecia (o en ambos), y todos nos hablan de ellos con el más grande respeto, aunque siempre someramente, por ser entonces toda violación del secreto castigada por las leyes civiles hasta con la muerte.

De la escuela *ecléctica o neoplatónica* de Alejandría de Egipto diremos la doble característica de su origen y de su finalidad, en cuanto nació de la convergencia de diferentes escuelas y tradiciones filosóficas, iniciáticas y religiosas, como *síntesis y conciliación* de las mismas, desde aquel punto de vista interior en el cual se revela y se hace patente su fundamental *unidad.*

Esta tentativa de unificación de escuelas y tradiciones diferentes, por medio de la comprensión de la Unidad de la Doctrina que en ellas se encierra, fue renovada unos siglos después por Ammonio Saccas, constituyendo, además, un privilegio constante y universal característico de los verdaderos *iniciados* en todos los tiempos.

LA ESCUELA GNÓSTICA

Directamente relacionada con la escuela ecléctica alejandrina, ha sido la tradición o escuela *gnóstica* del Cristianismo, considerada y perseguida después como herejía por la Iglesia de Roma.

El *gnosticismo* quiso conciliar y fundir hasta lo posible el cristianismo entonces naciente con las religiones y tradiciones iniciáticas más antiguas, sustituyendo al *dogma* (doctrina ortodoxa, de la cual se nos pide una aceptación incondicional como "acta de fe") la *gnosis* (conocimiento o comprensión por medio de la cual se llega a la Doctrina Interior).

Según esta escuela, el Evangelio, a semejanza de todas las escrituras y enseñanzas religiosas, debe interpretarse en su sentido esotérico, es decir, como *expresión simbólica* y presentación dramática de Verdades espirituales.

---

hombres del Este, que fueron antes de los primeros hombres del Oeste", siendo transmitida en Occidente por los *venecianos*. Después de lo cual sigue literalmente así:
"How comede ytt yn Engelonde?
"Peter Gower, a Grecian journeyed for kunnynge yn Egypte and yn Syria, and yn everyche lande whereat the Venetians hadde plauntedde Maconrye, and wynnynge entrance yn al Lodge of Maconnes, he learned muche, and retournedde and worked yn Grecia Magna wachsynge and becommynge a myghitye wysacre and gratelyche renowned, and here he framed a grate Lodge at Groton, and maked many Maconnes, some whereoffe dyd journeye yn France, and maked many Maconnes wherefromme, yn process of tyme, the arte passed yn Engelonde.
Es evidente que *Peter Gower*, *Venetians y Groton* son alteraciones fonéticas, respectivamente, de Pitágoras, Fenicios (en inglés Phoenicians) primitivamente por los Fenicios en todas sus colonias –y esto concuerda perfectamente con el origen fenicio del arquitecto Hiram del Templo de Salomón-, llegó por intermedio de Grecia a Italia, de donde, en tiempo de las conquistas romanas, franqueó su camino en los demás países de la Europa occidental.

El Cristo, más bien que una atribución personal de Jesús, sería el conocimiento o percepción espiritual de la Verdad que debe nacer y nace en todo iniciado, que se hace así su verdadero *cristóforo o cristiano*. El mismo Jesús sería también el nombre simbólico de este principio salvador del hombre, que lo conduce "del error a la Verdad y de la Muerte a la Resurrección".

La misma Fe (*pistis)* se consideraba como *medio* para llegar a la Gnosis, más bien que la aceptación pasiva e incondicionada de alguna afirmación dogmática, presentada como una Verdad *revelada*.

A pesar de las interpolaciones posteriores, es cierto que el Evangelio, las Epístolas y el Apocalipsis de Juan revelan muy claramente un fundamento *gnóstico* (la misma doctrina o tradición gnóstica se decía instituida por los discípulos o secuaces de San Juan), y esta tradición gnóstica o *juanítica* representa en el Cristianismo el punto de contacto más directo con la Masonería.

LA CÁBALA HEBREA

Las antiguas tradiciones orientales y herméticas encuentran en la Cábala y Alquimia dos nuevas encarnaciones occidentales que no fueron extrañas a los orígenes de la moderna Masonería.

La Cábala (del hebraico *qabbalah*, "tradición") representa la Tradición Sagrada conocida por los hebreos, a su vez derivada de antiguas tradiciones caldeas, egipcias y orientales en general. Trata especialmente del valor místico y mágico d elos números y de las letras del alfabeto relacionados con principios numéricos y geométricos, que encierran en sí otros tantos significados metafísicos o espirituales, de los cuales aparece la íntima concordancia y la unidad fundamental de las religiones.

La antigüedad del movimiento cabalista, cerca de los hebreos, ha sido negada por algunos críticos modernos, pero generalmente se admite su existencia después de la captividad de Babilonia, haciéndose así manifiesta su afirmación de la doctrina de los *magos* caldeos. Especial importancia tienen en la cábala las *palabras sagradas* y Nombres Divinos, atribuyéndose a los mismos un *poder* que se hace operativo por su correcta pronunciación –doctrina común a todas las antiguas tradiciones, que también ha sido desarrollada de una manera racional en la Filosofía de la India, en donde el sonido o Verbo es considerado como un *espectro* de la Divinidad (Shabdabrahman).

ALQUIMIA Y HERMETISMO

Como del Oriente asiático han venido las doctrinas cabalistas, al Egipto y a la tradición *hermética* (de Hermes Trismegisto o *Thot*, el fundador de los misterios egipcios) se hace remontar la Alquimia (palabra árabe que parece significar "la Substancia") de los que se llamaban a sí mismos *verdaderos filósofos*.

El significado común y familiar del adjetivo *hermético* puede darnos una idea de la *secreteza* por medio de la cual los alquimistas acostumbran ocultar la verdadera naturaleza de sus misteriosas pesquisas. No debe por lo tanto extrañarnos si la mayoría sigue creyendo aún hoy que sus principales objetos fueran los de enriquecerse por medio de la *piedra filosofal*, que debía convertir el plomo en oro puro, y alargar notablemente la duración de su existencia, librándose al mismo tiempo de las enfermedades por medio de un *elixir* y de una milagrosa *panacea*.

En esa mística *lapis philosophorum*, sin embargo, nosotros los masones no podemos dejar de reconocer una particular encarnación, un estado de pureza, refinamiento y perfección de la misma *piedra* en cuyo *trabajo* principalmente consiste nuestra labor. Y cuando reflexionamos sobre el

secreto simbólico, en el cual a nuestra semejanza envolvían sus trabajos, para ocultarlos a los *profanos* del Arte, no nos puede caber la menor duda de que, por encima de esas finalidades materiales, que justificaban para los curiosos sus ocupaciones, los verdaderos esfuerzos de todos los *verdaderos* alquimistas fueran dirigidos hacia objetos esencialmente espirituales.

La *piedra filosofal* no puede ser, pues, sino el conocimiento de la Verdad, que siempre ejerce una influencia transmutadora y ennoblecedora sobre la mente que la contempla y se *reforma* en su imagen y semejanza. Unicamente por medio de ese conocimiento, que es *realización espiritual*, pueden convertirse las imperfecciones, las pasiones y las cualidades más bajas y viles del hombre en aquella perfección ideal de la que el oro es el símbolo más adecuado.

Con esta *clave* se nos hace relativamente fácil entender el misterioso lenguaje que los alquimistas emplean en sus obras, y cómo la propia personalidad del hombre sea el *atanor*, mantenido al calor constante de un ardor duradero, en donde tienen que desarrollarse todas las operaciones.

El parentesco entre el simbolismo alquímico y el masónico aparece con bastante claridad en el grabado que reproducimos, sacado de una ilustración de la obra de Basilio Valentino sobre la *manera de hacer el oro oculto de los filósofos* y aportado por otros autores.



La *Gran Obra* de los alquimistas, y la que perseguimos en nuestros simbólicos trabajos, nos presentan, efectivamente, una idéntica finalidad común a todas las escuelas iniciáticas, ya sea en el significado místico de realización individual, como en una iluminada y bien dirigida acción social, que tiene por objeto el mejoramiento del medio y la elevación, el bien y el progreso efectivos de la humanidad.

TEMPLARIOS Y ROSACRUCES

Las tradiciones herméticas orientales encontraron en Occidente otros tantos canales para su expresión, durante la Edad Media y el principio de la Edad Moderna, en las muchas sociedades y órdenes místicas y secretas, aunque aparentemente con diversa finalidad exterior, que se manifestaron aquí y allá, todas íntimamente relacionadas con la Tradición Iniciática y ligadas interiormente por la afinidad de los medios de manifestación y una identidad fundamental de orientación.

Entre estos movimientos, los dos más conocidos y que más han influido en la Masonería, son la *Orden del Templo*, que tuvo su apogeo y su período de esplendor en el siglo XIII, y la *Fraternidad Rosacruz*, que influyó especialmente en el siglo XVII.

La Orden de los caballeros del Templo nació de las Cruzadas y el contacto que se estableció con ocasión de las mismas entre los caballeros venidos del Occidente y las místicas comunidades orientales depositarias de tradiciones esotéricas. Como Orden fue fundada en 1118 por dos caballeros franceses, Hugues de Payens y Godefroid de St. Omer, con el fin de proteger a los peregrinos que iban a Jerusalén después de la Primera Cruzada.

Los caballeros hacían los tres votos evangélicos de *pobreza, castidad y obediencia,* como las demás órdenes religiosas, y la Orden comprendía en sí misma un cuerpo eclesiástico propio, dependiente directa y únicamente del Gran Maestro de la Orden y del Papa. Así los místicos secretos de los cuales la Orden se hizo depositaria podían ser guardados con toda seguridad.

El *secreto* en el cual se desarrollaban las ceremonias de recepción, y se comunicaban los misterios a los que se reputaban dignos y maduros para poseerlos, fue el pretexto de las acusaciones de inmoralidad y herejía que se hicieron a la Orden, siendo en realidad motivadas estas acusaciones por la ignorancia, el celo y la codicia de su inmensa riqueza. Esta última fue principalmente la razón que llevó a Felipe el Hermoso, rey de Francia, en el año 1307, a aprehender sin previo aviso a todos los Templarios, que fueron torturados y juzgados muy sumariamente por el Tribunal de la Inquisición, con el preciso intento de acabar con la Orden, cuyo fin fue sellado trágicamente en 1314 (cuatro meses después de su abolición privada por obra del pontífice) por la bárbara muerte inflingida a su Gran Maestro Jacques de Molay, que fue quemado vivo delante de la catedral de Nôtre Dame de París.

También el movimiento filosófico conocido con el nombre de *Fraternitas Rosae Vía* tuvo sus orígenes en el contacto de Occidente con el Oriente, y con las secretas tradiciones que aquí pudieron conservarse más libre y fielmente: Cristian Rosenkreutz, su místico fundador, nació, según la tradición de la cual se habla en la *Fama Fraternitatis,* en 1378, y muy joven viajó por Chipre, Arabia y Egipto, donde le fueron revelados muchos importantes secretos, que llevó consigo a Alemania, donde fundó la Fraternidad, destinada a reformar a Europa. Después de su muerte fue sepultado secretamente en una tumba preparada expresamente para él, que debía permanecer desconocida para los miembros de la misma Fraternidad, hasta que fue casualmente descubierta, leyéndose en la misma la inscripción: *Post CXX años patebo.*

Esta historia, así como los secretos y maravillas que se encuentran en la tumba, es evidentemente simbólica de la Tradición Iniciática de la Sabiduría, personificada por el mismo Cristian Rosenkreutz, que viene del Oriente al Occidente, y se conserva celosamente en su tumba *hermética,* en donde la buscan y la encuentran sus adeptos, los fieles buscadores de la Verdad.

En cuanto a la influencia de estos dos movimientos sobre la Masonería, que es la que por el momento más nos interesa, es cierto que no solamente muchas tradiciones templarias y rosacruces encontraron su camino en nuestra Orden, sino que también se hizo ésta la intérprete y natural heredera de sus finalidades, ideales y de la Gran Obra que constituye el fin de todas las diferentes tendencias: hermetistas, templarios, rosacruces y filósofos siempre han debido fraternizar con los masones, y de esta comunión espiritual ha nacido la Masonería según hoy la conocemos.

ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO

Podemos considerar estas fraternidades y movimientos como el alma multiforme del Espíritu Uno de la Tradición Universal, que ha venido directamente y sin interrupción hasta nosotros de los antiguos Misterios. Así, por lo que se refiere a su *espíritu iniciático* como a la *tradición* que le anima (y de la cual es heredera y continuadora), los orígenes de nuestra Institución no pueden ser

más gloriosos, siendo nosotros, como Masones, los herederos de los antiguos Reyes-Sacerdotes (simbolizados por Melquizedek y Salomón) y de los Grandes Iniciados de todos los tiempos.

Y en cuanto se refiere al *cuerpo* en el cual esta Alma tradicional se ha encarnado –es decir, a la forma que domina exteriormente nuestra Institución, que ha sido tomada particularmente del Arte de Construir-, nuestros orígenes no son menos gloriosos, ya que se relacionan directamente con el origen de toda civilización, como la causa con su efecto natural.

Conocemos, por el estudio que hemos hecho en las páginas precedentes, algo de su *alma*, que es la tradición y Finalidad, comunes a las diferentes órdenes, escuelas, movimientos, sociedades y comunidades que acabamos de examinar –un Alma formada por las más elevadas aspiraciones humanas y expresada constantemente en términos de *comprensión, tolerancia y amor fraternal.* Veamos ahora cómo también el cuerpo exterior de la institución tiene sus orígenes en los tiempos de la más remota historia y de la prehistoria humanas, habiendo dejado sus huellas en todas las grandes obras y monumentos que han llegado hasta nosotros de las épocas pasadas.

EL “ARS STRUCTORIA”

Entre todas las artes, la Arquitectura ha sido venerada y practicada en todos los tiempos como un arte especialmente *divino.* No debemos maravillarnos de la especial consideración en que siempre ha sido tenida, por estar la construcción material íntimamente relacionada con la forma exterior de toda civilización, de la cual puede considerarse al mismo tiempo como causa, medio, condición necesaria y expresión natural.

La *casa* representa el principio de la vida civil y no carece de razón, sin duda, el que la segunda letra del alfabeto hebraico (que constituye la inicial de la palabra sagrada del Aprendiz) signifique exactamente “casa”, derivando su forma del jeroglífico simbólico de la misma. La Casa representa así *la primera letra* o principio de la civilización, mientras su interpretación esotérica en relación con las demás letras de la Palabra nos da otro significado más propio para el Aprendiz, que estudiaremos más adelante.

Cuando los hombres tuvieron casas o abrigos protectores, y cuando los muros de las ciudades constituyeron para éstas la base de la seguridad, fue cuando pudieron desarrollarse las artes, las ciencias y las instituciones sociales.

Entonces, elevándose la atención y las aspiraciones de los hombres desde el reino de los efectos al de las causas, o desde la apariencia exterior a la realidad interior que en ella se esconde y la anima, fue cuando nació la idea y se sintió la necesidad de construir un Templo, de levantar un edificio o signo exterior del reconocimiento interior de la Causa Trascendente, de los efectos visibles.

Esta aspiración interior constituye el principio de toda *iniciación,* o *ingreso* en una manera superior de pensar, de ver y considerar las cosas. Por lo tanto, podemos decir que la Masonería tuvo tanto moral como materialmente el origen en el primer Templo que se levantó en reconocimiento de la Divinidad, y que el primer Masón fue quien lo levantó, a pesar de lo rudo y elemental que fuera este Templo primitivo, que bien pudo haber consistido en una sola *columna,* o tronco de piedra o de madera, cuya tradición fue perpetuada en seguida en los *obeliscos.*

MASONERÍA OPERATIVA Y ESPECULATIVA

Es evidente, pues, que el elemento *espiritual* (especulativo o devocional) y el *material* (operativo o constructivo) se hallan íntimamente unidos desde el momento en que primero se concibió y se realizó la idea de un Templo, como signo exterior de un reconocimiento interior, y que la Masonería surgió espontáneamente de esta idea de levantar o establecer un signo a la Gloria del Principio o Realidad interiormente reconocidos, pues si los *masones* en el sentido material fueron "constructores" en general, siempre han sido más particularmente los que han elevado Templos para el espíritu.

Teniendo presentes estas consideraciones, no hay nada de sorprendente en la transformación de la *masonería operativa en especulativa,* es decir, de cómo una Institución Moral y Filosófica haya podido desarrollarse sobre un arte material, tomando el lugar de las corporaciones medievales y continuándolas.

Ambos elementos –operativo y especulativo- estuvieron juntos desde un principio, y ello se evidencia en el desarrollo cíclico que hace prevalecer, según los momentos históricos y las necesidades de una época, una u otra tendencia, uno u otro de estos dos aspectos de nuestra Institución, tan inseparables como las dos columnas que dan acceso a nuestros Templos.

Además de que constituye el *sello* de su origen, la construcción en general –y la de un templo en particular- se ha prestado siempre y se presta admirablemente como símbolo interpretativo de la actividad de la Naturaleza, pudiéndose considerar el Universo como una Gran Obra, como un Templo y al mismo tiempo un Taller de Construcción, dirigida, inspirada y actualizada por un Principio Geométrico, cuyas diferentes manifestaciones son las *leyes* naturales que lo gobiernan y las *fuerzas* que, según estas leyes, producen diferentes efectos visibles.

Esta Obra de Construcción puede el hombre observarla en sí mismo, en su propio organismo físico (muchas veces parangonado con un templo), así como en su íntima organización espiritual, en el *mundo interior* de sus ideas, pensamientos, emociones y deseos. Todo hombre viene a ser así un *microcosmo* o "pequeño universo" y un Templo (análogo al Gran Templo del Universo que constituye el Macrocosmo), individualmente levantado "a la Gloria" del Principio Divino o espiritual que lo anima.

A esta Obra universal que se desarrolla igualmente dentro y fuera de nosotros, en la cual todo ser participa por lo general inconscientemente con su propia vida y actividad, el Masón –o sea el *iniciado* en los Misterios de la Construcción- tiene el privilegio y el deber de cooperar conscientemente, convirtiéndose en obrero inteligente y disciplinado del Gran Plan que constituye la evolución.

Así pues, el *Ars Structoria* es, para quienes saben interpretarla y realizarla, la verdadera Ciencia y Arte Real de la Vida, el divino privilegio de los iniciados que la practican *especulativa y operativamente;* dos aspectos íntimamente unidos e inseparables, aunque puedan manifestarse en diferentes formas, según la evolución particular del individuo. Y no hay altura o elevación del pensamiento o del plano de conciencia individual que no pueda ser interpretado, o al cual no puedan útilmente aplicarse las alegorías, los emblemas y los instrumentos simbólicos de la Construcción.

LAS CORPORACIONES CONSTRUCTORAS

Ninguna actividad, arte u obra importante puede ser el resultado de los esfuerzos y de la experiencia de un individuo aislado. Por consecuencia, los primeros constructores debieron necesariamente

agruparse, sea para el aprendizaje y el perfeccionamiento (en los que se aprovecha la experiencia de los demás), como para el ejercicio y la práctica ordinaria del Arte, agregándose cada cual a otros miembros como *ayudantes* o *aprendices,* quienes debían cooperar en las más rudas tareas sin conocer todavía los principios y secretos que se adquieren con el tiempo, el esfuerzo y la aplicación.

La división en *Aprendices, Compañeros* y *Maestros* hubo de ser espontánea en cualquier agrupación de obreros para un intento constructivo, debiéndose distinguir los manuales y novicios, que no podían poner más que su fuerza, su buena voluntad y sus facultades todavía indisciplinadas, de los obreros que ya conocían los principios del arte, cuya actividad podía ser utilizada más provechosamente, y éstos de los obreros consumados o *perfectos* que ya lo dominaban y estaban capacitados para ejecutar cualquier obra, así como para dirigir y enseñar a los demás.

Como la *unidad* de una tarea requiere siempre una correspondiente unidad de concepto y de dirección, es claro también que estas tres categorías tuvieron que estar fielmente disciplinadas (en el doble sentido intelectual y moral de la palabra *disciplina,* es decir, tanto en la teoría como en la práctica) bajo una Autoridad reconocida como tal, por su experiencia y conocimientos superiores, elegida o propuesta sobre ellos, el *Magíster* por excelencia, o Arquitecto, a cuya iniciativa y directa responsabilidad se encomendaba evidentemente la obra, un Maestro *Venerable* entre los Maestros del Arte, al cual todos los demás debían respeto y obediencia.

Así toda corporación constructora o agrupación de obreros para un fin determinado debió constituirse espontáneamente a semejanza de nuestras Logias, necesitándose, además del Maestro Arquitecto, director de la Obra, uno o dos Vigilantes que lo ayudaran y pudieran sustituirlo en caso de necesidad, y otros miembros que tuvieran cargos y atribuciones especiales, distintos de los demás.

La primera logia fue constituida, consecuentemente, por el primer grupo de constructores que juntaron disciplinadamente sus esfuerzos para alguna obra importante, o para la realización de un Ideal común. Y como las reglas morales son necesarias para el orden, la disciplina y la eficiencia en toda actividad material, es evidente que éstas debieron ser inseparables de las normas y reglas propias del Arte. El conjunto de estas normas y reglas, que constituían una necesaria disciplina para los que se admitían para tomar parte en la Obra, o como miembros de la corporación, formó la característica de la Orden, pues sin ella no hubiera podido haber ningún *orden* verdadero y la aceptación de esta disciplina debió naturalmente exigirse como condición preliminar para ser admitido en la Orden.

LA “RELIGIÓN” DE LOS CONSTRUCTORES

En las especulaciones, cultos y tradiciones primitivos, todo tiende a la unidad: poderes y atribuciones que hoy se distinguen cuidadosamente, como por ejemplo el eclesiástico y el civil, el legislativo y el judicial, estaban ayer en manos de una misma autoridad. Así el mundo antiguo nos dio ele ejemplo de los Reyes-Sacerdotes que juntaban en sí diferentes representaciones y poderes que se consideran hoy enteramente desglosados.

Igualmente la Religión formaba entonces parte de la vida, y las instituciones civiles y religiosas se entrelazaban mutuamente, constituyendo un conjunto casi inseparable. Por eso, en las primitivas corporaciones constructoras, el elemento *religioso-moral* se debió considerar como formando una unidad con el elemento *artístico-operativo,* desarrollándose y transmitiéndose igualmente, en estas corporaciones, los *secretos del arte* y ciertas especiales *tradiciones religiosas.*

Nótese, con respecto a esto, que la misma palabra *religión* se identifica, en su significado originario, con la de tradición, indicando simplemente “lo que es legado o se transmite”. También la Masonería en este sentido es *religión* aunque no *una religión:* la religión operativa y especulativa, simbólica e iniciática, nacida espontáneamente en las primeras corporaciones constructoras, a medida que sus adeptos se esforzaban en divinizar su Arte, convirtiéndose en vehículos y medios de los cuales pudo aprovecharse la Jerarquía Oculta para sus enseñanzas, encontrando en ese medio un terreno particularmente fértil para sembrar la mística semilla de la Sabiduría.

También el carácter particular de las corporaciones que se especializaron en la construcción de Templos hizo que éstas se identificaran, en las diferentes épocas de la historia, con distintas tradiciones religiosas, y en algunos casos con los mismos Misterios (a los cuales algunos entre ellos debieron ser admitidos como participantes), y no hay que maravillarse si se asimilaron muchas enseñanzas esotéricas, transmitidas como secreto patrimonio entre los *maestros* del Arte.

Fuera de duda está que, en cualquier período de la historia, las corporaciones constructoras aparecen poseedoras de secretos y alegorías, algunos de los cuales provienen de una época remotísima, y otros representan antiquísimas tradiciones revestidas de nombres y formas simbólicas más recientes. Mientras que, por otro lado, bien sabemos que todas tuvieron *reglas y modalidades particulares* para la dúplice transmisión del secreto material del arte y de su interpretación especulativa, así como para la admisión de candidatos como aprendices, exigiéndoseles el ser “libres y de buenas costumbres”, dando pruebas definidas de moralidad, diligencia y capacidad para la obra.

Esta “religión de los constructores” hubo de ser una religión eminentemente moral, es decir *una ética individual aplicada a la vida,* como lo demuestra la Tradición Masónica, que más directamente la continúa.

EL GRAN ARQUITECTO

El concepto de un Gran Arquitecto, o Principio Divino Inteligente que constituye el foco espiritual y la Base Inmanente de la Gran Obra de la Construcción particular y universal, ha representado sin duda en todos los tiempos el fundamento de la Religión de los Constructores.

Este mismo concepto constituye el Principio Cardinal de la Masonería Moderna, pues no tienen valor masónico los *trabajos* que no sean hechos “a la gloria” de este Principio, es decir, con el fin de que la espiritualidad latente en todo ser y en toda cosa encuentre por medio de los mismos su expresión o manifestación más perfecta.

Se trata, sin embargo, de un concepto eminentemente *iniciático,* es decir, en el cual ingresamos progresiva y gradualmente a medida que nuestros ojos espirituales se abren *a la luz masónica.* Así pues, mientras en el principio se deja a cada masón en libertad de interpretar esta expresión de Gran Arquitecto según sus particulares ideas filosóficas, opiniones y creencias (*teístas como ateístas,* considerándose en este último caso el Gran Arquitecto como expresión abstracta de la Ley Suprema del Universo), se le conducirá después gradualmente, por medio de su propio trabajo interno o del esfuerzo personal con el cual se consigue todo progreso, a un reconocimiento más perfecto, a una realización más íntima y profunda de este Principio, al mismo tiempo inmanente y trascendente, que constituye la base y esencia íntima de todo lo existente.

Alrededor de esta idea central (cuyo carácter iniciático la diferencia de todo concepto o creencia dogmáticos) se han agrupado, como en torno de su centro natural, las diferentes *tradiciones, símbolos y misterios* que constituyen otras tantas aplicaciones y expresiones del Principio Fundamental a la interpretación de la vida y a su perfeccionamiento.

De esta manera, sin imponer opinión o creencia alguna, pero dejándole a cada cual en libertad de interpretar esta *expresión simbólica* según su particular educación y sus convicciones, todos son conducidos naturalmente hacia una misma Verdad, esforzándose en penetrar cada cual *más* adentro, llegando *al fondo* de su propia visión y creencia, que (como todas) tiene que ser tolerada, respetada e interpretada como uno de los infinitos caminos que conducen a la Verdad.

LAS PRIMERAS CORPORACIONES

Esta digresión sobre uno de los puntos fundamentales de la Masonería nos ha parecido necesaria para mostrar el carácter *iniciático, ecléctico y universal* de la Orden en sus mismos conceptos y símbolos en apariencia más vulgares, pero que encierran en sí un propósito y una profunda doctrina.

Volviendo a nuestro tema de los orígenes masónicos, nos queda por trazar sumariamente la historia de las corporaciones constructoras desde las primeras civilizaciones hasta nuestros días.

Las huellas de las antiguas corporaciones constructoras se encuentran en todos los pueblos que nos dejaron alguna noticia de su experiencia. Entre los más antiguos e importantes monumentos que nos quedan de antiguas civilizaciones, debemos poner en primera línea las pirámides de Egipto. Al principio se consideraron como tumbas magníficas de los reyes, pero un estudio más atento ha revelado que se trata más bien de monumentos simbólicos, en los cuales y cerca de los cuales con toda probabilidad se desarrollaban ritos y ceremonias iniciáticas.

Esto parece particularmente cierto con respecto a la Gran Pirámide, cuyas medidas y proporciones calculadas escrupulosamente han revelado en sus arquitectos conocimientos geográficos, astronómicos y matemáticos no menos exactos que los que se consideran exclusiva conquista de nuestros tiempos. Es suficiente decir que la unidad de medida de esta pirámide, el *codo sagrado* (que puede identificarse con la *regla masónica* de 24 pulgadas) es exactamente la diezmillonésima parte del radio terrestre polar –una medida más justa y más exactamente determinada que el metro, base de nuestro sistema-. Su perímetro revela un conocimiento perfecto de la duración del año; su altura, la exacta distancia de la Tierra al Sol, y el paralelo y el meridiano que se cruzan en su base constituyen el paralelo y meridiano ideales, dado que atraviesan el mayor número de tierras. Por otro lado, la precisión con la cual están cortados y dispuestos los enormes bloques de piedra de que se componen, daría mucho que pensar a un ingeniero moderno que quisiera imitar estas obras.

A pesar de que el Egipto ha sido siempre considerado como la tierra clásica de la esclavitud, ya que realmente, en épocas posteriores, los obreros, dirigidos por los sacerdotes, no tenían ninguna libertad o iniciativa, es muy difícil pensar que una obra como la Gran Pirámide –obra característicamente *masónica*- hay podido ser otra cosa que la Obra Maestra de la más sabia y celebrada corporación constructora de todos los tiempos. Además, es posible que nuestra Era Masónica (que empieza en el año 4000 a.C., y que nos viene desde antiguas tradiciones) date precisamente de la construcción de la Gran Pirámide, que algunos, sin embargo, hacen más reciente, y otros mucho más antigua.

Otra importante construcción de la antigüedad (además de los templos, cuyas trazas se encuentran dondequiera) parece haber sido la Torre de Babel, de bíblica memoria, diferenciándose esta construcción de la precedente por el empleo de *ladrillos* en lugar de piedras cortadas y de otra materia en lugar de cal. El mito de la confusión de las *lenguas* antes de que se acabase la obra, y de la consecuente *dispersión* de las corporaciones de constructores que se habían reunido para ejecutarla, da mucho que pensar al estudiante de las tradiciones antiguas.

LOS CONSTRUCTORES FENICIOS

En épocas más recientes (cerca de 1000 años a.C.), encontramos las corporaciones y la obra de Constructores Fenicios en todos los países del Mediterráneo en los cuales este pueblo había establecido sus colonias y la influencia de su civilización.

Estas corporaciones viajaban, evidentemente, de un país al otro, según se necesitaba y se solicitaba su concurso, levantando con igual habilidad y facilidad templos y santuarios para los diferentes cultos y misterios, aunque siempre eran erigidos según el mismo tipo fundamental que revela, en las obras de las idénticas corporaciones o de corporaciones afines, una misma *identidad de concepto*.

Podemos considerar como un ejemplo típico (y como la obra *simbólicamente* maestra de los constructores fenicio) el Templo de Jerusalén, levantado en la época indicada en el libro de las Crónicas (cerca de 1000 años a.C.) por los obreros que Hiram, rey de Tiro, envió a Salomón para este efecto, construcción sobre la cual se basa nuestra actual tradición masónica.

CONSTRUCTORES GRIEGOS Y ROMANOS

En Grecia las corporaciones que se formaron, sin duda por influencia y a semejanza de las fenicias, se dedicaron especialmente a la construcción de templos y tomaron el nombre de *dionisíacas,* relacionándose evidentemente con los Misterios homónimos en honor de Yaco o Zeus Nisio.

La arquitectura griega, caracterizada por el uso del arquitrabe (en vez del *arco* empleado posteriormente por los romanos), tiene, por su sencillez hierática, mucha analogía con la egipcia, de la cual se diferencia por la gracia y la esbeltez que sustituyen a la poderosa majestad de aquélla. Sus tres estilos, dórico, jónico y corintio, que se distinguen por la forma de los capiteles y de las decoraciones que los acompañan, son característicamente emblemáticos de los tres grados masónicos. Y la Masonería Simbólica puede muy bien parangonarse, alegóricamente, con la Arquitectura Griega, correspondiendo perfectamente sus tres cámaras a los tres órdenes fundamentales de ésta.

A semejanza de las dichas corporaciones de obreros dionisíacos, Numa Pompilio, el rey iniciado de Roma, instituyó, según la tradición, los *collegia fabrorum* que, como los precedentes, tenían sus propios misterios y guardaban y transmitían con los secretos del Arte, ciertos secretos y tradiciones de naturaleza religiosa. Como las Logias Masónicas, estaban dirigidos por un triángulo (como lo testifica la clásica expresión *tres faciun collegium)* formado por un *Magister* y dos *Decuriones,* y comprendían tres grados análogos a los actuales, usando una especial interpretación emblemática de sus instrumentos.

Estos colegios se extendieron después por todo el imperio, siguiendo como fuerzas constructoras el camino de las legiones y levantando doquiera aquellos monumentos y edificios de los cuales nos quedan todavía múltiples vestigios.

Ya en el siglo primero antes de Cristo varias de estas corporaciones pasaron y se establecieron en la Galia, Alemania e Inglaterra, donde construyeron especialmente campos atrincherados que después se convirtieron en ciudades (la terminación inglesa de *chester* de los nombres de muchas localidades revela muy claramente su origen latino, de *castrum,* “campamento”).

LAS CORPORACIONES MEDIEVALES

Con el triunfo del Cristianismo, que se convirtió en religión oficial durante el último período del Imperio Romano, mientras los Misterios tuvieron que desaparecer, los *collegia fabrorum* resolvieron adaptar sus tradiciones paganas a la nueva fe y esto se hizo muy hábilmente, sustituyéndose la leyenda de la construcción del Templo de Salomón a otra transmitida anteriormente, y los nombres de santos y personajes cristianos a los antiguos dioses paganos: nació así un San Dionisio, en lugar del homónimo dios griego (el Baco de los latinos), y San Juan fue honrado como protector de la Orden, en lugar del antiguo dios bifronte Jano.

Así renovada, la tradición de los colegios romanos siguió en Oriente la suerte del Imperio Bizantino, adaptándose después, con igual facilidad, a la fe islámica, mientras en Occidente, con la caída del imperio y la invasión de los vándalos y de los godos, encontró un seguro asilo en una pequeña isla, cerca de la ciudad italiana de cómo, en Lombardia (país llamado así a consecuencia de la invasión de los longobardos, “los de luengas barbas”), de donde tomaron su nombre los *magistri comacini,* que fueron originadores de aquel estilo derivado del romano y llamado *románico,* que hizo su primera aparición cerca del 600 y siguió dominando por varios siglos después en Italia y en los países contiguos, hasta que el *estilo gótico,* producido por las corporaciones nórdicas, obtuvo después el predominio.

En las obras de estos artistas encontramos varios símbolos masónicos, y la expresión de una singular independencia del pensamiento que se revela en curiosas y mordaces sátiras en contra de la Iglesia, grabadas con una audacia sorprendente en las mismas esculturas de las catedrales. A pesar del hermético secreto con que se guardaban sus tradiciones y creencias, parece que a estas corporaciones (que existían en varias ciudades de Italia, entre otras en Siena, desde el siglo XI) no era extraño el conocimiento de un G.·. A.·. D.·. U.·., ni la leyenda de Hiram.

En el fervor religioso que caracterizó este período, también algunas órdenes monásticas de la Iglesia se dedicaron, especialmente en Francia y Alemania, al Arte de Construir, levantando templos con la ayuda de los obreros nómadas que encontraban y contribuyendo así indirectamente a la organización de éstos en corporaciones que después se hicieron independientes.

Por la obra y los esfuerzos de las corporaciones independientes que se formaron en distintos países nació entonces y se afirmó rápidamente el llamado *estilo gótico*, que convierte el simple arco romano y románico en el ojival, magnífico símbolo del fervor religioso y de las más ardientes aspiraciones humanas que se levantan, como cántico majestuoso, de la tierra al cielo. En los dos estilos orientales, árabe y ruso, encontramos un desarrollo ulterior de esta idea que hizo revolucionar el arco gótico del romano, con el arco de forma especial que caracteriza dichos estilos.

Estas corporaciones, dedicadas especialmente al arte gótico, constituyeron en Inglaterra los *guilds* de obreros, en Francia el *compagnonnage* (de los cuales existían tres secciones distintas que tomaban el nombre, respectivamente, de hijos de Salomón, de Maître Jacques y de Maître Soubise) y en Alemania los talleres y uniones de *canteros* (Steinmetzen), entre los cuales tomó justo renombre aquella que levantó la catedral de Estrasburgo, erigida en el siglo XV.

Los documentos que nos queda de ellas prueban que los obreros se hallaban divididos en *aprendices, compañeros y maestros*, que se reunían en pequeñas casas y empleaban de una manera emblemática los útiles de su profesión, llevándolos consigo como insignias; además, se reconocían por medio de *palabras* y *signos* que llamaban *saludos*. Los neófitos eran recibidos con particulares ceremonias y juraban el secreto más profundo sobre lo que se les iba a comunicar o enseñar.

La palabra *masón* (del latín medieval *macio,* equivalente de *cantero,* de donde vino también el alemán *Metzen)* parece se usó por primera vez en el siglo XIII, siendo exportada de Francia a Inglaterra. La expresión *francmasón* (masón afrancado o libre de impuestos) aparece por primera vez en 1375.

El origen de esa última palabra se ha relacionado con los especiales privilegios y exenciones concedidos por los pontífices Nicolás III y Benito XII, en vista de la reconocida moralidad d eestas corporaciones y de las obras piadosas a las cuales se dedicaban como *constructores de Iglesias.*
Pero el real significado originario de este atributo de *francos* o *libres (* en inglés *freemasons)* es un asunto todavía discutido y discutible.

LOS MASONES “ACEPTADOS”

Debilitándose después, en el siglo XVII, con el renacimiento clásico y la corrupción de la Iglesia (que ocasionó la reforma y las nuevas teorías filosóficas), el fervor religioso de los siglos pasados, el arte sagrado tuvo necesariamente que decaer, y con él las corporaciones de *masones operativos* que de esta actividad derivaban su razón de ser y su subsistencia.

Pero aquí y allá, y especialmente en Inglaterra, algunas de ellas subsistieron, si bien en forma muy reducida, pasando natural y gradualmente de la actividad constructiva que ocasionó su formación, hasta ocuparse exclusivamente de los asuntos que antes eran para ellos de secundaria importancia, como por ejemplo de estudio y de beneficencia.

Sin duda contribuyó notablemente a esta nueva orientación de la actividad de las *logias* la admisión que se hizo desde entonces siempre más liberal y numerosa (según iba decreciendo su valor como asociaciones profesionales) de *masones aceptados* (accepted freemasons), es decir miembros honorarios que nunca habían ejercido una profesión relacionada con el arte de construir.

Los nuevos asociados, muchas veces hombres de estudio y filósofos eminentes, tuvieron que influir grandemente en estas agrupaciones de antiguos constructores, las que llegaron fácilmente a dirigir. Así fue como las logias masónicas *profesionales* se transformaron naturalmente en logias de *masonería especulativa,* naciendo de esta manera la Masonería como actualmente la conocemos. Y así también muchas doctrinas y tradiciones iniciáticas y místicas, de origen o descendencia diferente, pasaron a incorporarse a la naciente, o mejor dicho, *renaciente* institución. Especialmente las tradiciones, templarias y rosacruces tuvieron parte importante en esta transformación. Mientras las Logias masónicas encontraban en aquellas doctrinas el *alma* que les infundía una vida nueva, éstas encontraron en aquellas el *cuerpo,* el vehículo o medio exterior más adaptado para una expresión que de otra manera hubiera quedado estéril y deficiente.

Con el siglo XVII termina así el estudio de los *orígenes* masónicos; desde el siglo XVII empieza su *historia* como institución moderna y se prepara el *porvenir,* de los cuales hablaremos en los dos siguientes “Manuales” de esta serie.

LA “LOGIA DE S.·. J.·.”

El problema de los orígenes masónicos se halla planteado y resuelto sintéticamente en pocas palabras en la pregunta ritual del Ven.·. M.·. a todo hermano visitante: *¿De dónde venís?,* y en la contestación de éste: *De la Logia de S.·. J.·.*

Esta pregunta es fundamental para el Aprendiz y, a semejanza de Edipo, debe esforzarse en contestarla satisfactoriamente, buscando en sí mismo la solución del problema de los orígenes: el origen de su ser y del universo que lo rodea.

¿Qué representa, pues, para los masones la expresión “Logia de S.·. J.·.”?

Ya sabemos que la Tradición Masónica guarda relación muy estrecha con la Tradición Juanítica o *mística* del Cristianismo (como claramente lo demuestra la superposición de nuestros instrumentos sobre la primera página del Ev., de S.·. J.·., que representa la Tradición Cristiana más pura, así como las Tradiciones gnóstica e iniciática anteriores).

Igualmente sabemos que S.·. J.·. fue tomado como *patrón* por las Corporaciones Constructoras de la Edad Media, y conocemos también el uso –que remonta a una época remotísima- de festejar los dos *solsticios,* en cuyas fechas caen respectivamente las fiestas cristianas de los S.·. J.·.

Estas mismas fiestas se celebraban dondequiera también antes del cristianismo, siendo cerca de los romanos en honor de Jano, el dios de las dos caras que muy bien simboliza a la Tradición, estando una de sus caras constantemente vuelta al pasado y la otra al porvenir. Este nombre se relaciona etimológicamente con el latín *janua,* “puerta”, de donde viene igualmente el latín *januarius,*”Enero”.[1] Y es interesante notar a este respecto que “puerta” es también el significado originario de la letra griega *delta* (del semítico *dalet),* representada por un triángulo, y que la antigua puerta de las iniciaciones era triangular.

Este dios presidía todos los *comienzos* (en latín *initium,* de donde también *initiare,* “iniciar”), y en particular el ingreso del Sol en los dos hemisferios celestes, y la *iniciación* cuya llave tenía y guardaba. Ahora es evidente que el nombre Jano tiene también en latín (Janus) un parecido muy singular con el de *Juan* (Johannes) y no fue por azar que éste último fue puesto en el exacto lugar del primero.

Por otro lado, el hebraico *Jeho-hannam* o Juan significa “Gracia o favor de Dios”, es decir, *hombre iluminado o iniciado.* Así es que a justo título puede éste último llamarse *hermano o discípulo de S.·. J.·.* La importancia iniciática de esta elección se hace así más evidente por esta doble o *bifronte* etimología: la primera *pagana* o vuelta al pasado (tradición iniciática de la cual constituye la *puerta* o conducto) y la otra *cristiana* o vuelta al porvenir (los elegidos o favorecidos de Dios que continúan y continuarán la tradición en todos los siglos)

La expresión *Logia de S.·. J.·.* viene a ser así un nombre simbólico de toda unión o agrupación de *iniciados,* de hombres iluminados y favorecidos espiritualmente, aplicándose en su acepción más general a todos los que han sido admitidos en los Misterios, y más particularmente a los verdaderos HH.·. de S.·. J.·., los Maestros de Sabiduría que constituyen la Gran Logia Blanca, la más justa y perfecta “Logia de S.·. J.·.”, en la cual debemos buscar la inspiración y el origen profundo y verdadero de nuestra orden.

[1] Aunque, tal vez, el origen más probable de la palabra *Janus* deba buscarse en un hipótetico *Dianus* (masculino de Diana), análogo a *divinus* en el sentido de “celestial”, o Divinidad del Cielo.

SEGUNDA PARTE

LA INICIACIÓN SIMBÓLICA

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

La ceremonia con la cual se recibe a los candidatos en nuestra Asociación, ¿es una pura fórmula arbitraria o existe en ella un significado y una importancia que escapan a la observación superficial y se revelan a una consideración más atenta y a un estudio más profundo?

A esta pregunta cada masón tiene el privilegio de contestar individualmente en proporción de su entendimiento, y la *iniciación,* así como la Masonería en general, serán para él lo que él mismo las reconozca y realice: será ésta una sociedad mundana, y aquélla una simple ceremonia exterior, para quien las considere con espíritu profano y mundano; serán una Institución Iniciática y una *ceremonia simbólica* (cuya comprensión despertará su espíritu) para quien la estudie y considere con el propósito de encontrar la Verdad: Realidad profunda que constantemente se oculta bajo la apariencia exterior de las cosas.

Para este fin es necesario examinar y estudiar los diferentes elementos que componen esta ceremonia, buscando el íntimo significado de cada uno de ellos y su valor en términos de *vida,* para su aplicación operativa en el místico Camino de la existencia al que deben referirse, para que la ceremonia pueda ser individualmente vivida y realizada, y el que ha sido *recibido* Masón, de una manera puramente formal y simbólica, se haga efectivamente tal, transformándose, con el de piedra bruta en piedra labrada o *filosófica,* del estado del hombre esclavo de sus vicios, errores y pasiones, el Obrero Iluminado de la Inteligencia Creativa que mora en su corazón, y en el del mundo exterior.

Por medio de este estudio veremos cómo las dos características fundamentales de nuestra Institución (la *iniciática* y la *simbólica*) están perfectamente expresadas en la ceremonia de recepción del Aprendiz, y cómo, en este grado, se resume todo el programa de la Masonería. Así, en la misma ceremonia se encuentran alegóricamente reunidos todos aquellos elementos cuya íntima comprensión y práctica realización hacen *operativa* la ceremonia de la iniciación.

SIGNIFICADO DE LA INICIACIÓN

Llegando a este punto, la primera cosa que se hace necesaria es comprender el significado de la palabra *iniciación* y cómo debe interpretarse.

Iniciación es palabra derivada del latín *initiare,* que tiene la misma etimología de *initium,* "inicio o comienzo", viniendo las dos de *in-tere,* "ir dentro o ingresar". Así es que hay en ella el doble sentido del "ingreso en" y del "comienzo o principio de" una nueva cosa. En otras palabras, *iniciación* es la *puerta* que conduce a ingresar en un nuevo estado moral o material, en el cual se *inicia* o comienza una nueva manera de ser o de vivir.
Este nuevo estado, esta manera de ser y vivir, son los que caracterizan al "iniciado" y lo distinguen del profano, en cuanto el primero, habiendo *ingresado* en él, lo conoce *desde adentro,* mientras el segundo queda fuera del mismo, fuera del Templo de la Sabiduría o de un real conocimiento de la Verdad y de la Virtud, de las cuales reconoce únicamente los aspectos profanos o exteriores que constituyen la moneda corriente del mundo.

Así pues, este ingreso no es ni puede considerarse únicamente como material, no es ni puede ser solamente la recepción o aceptación en una determinada asociación, sino que debe considerarse, primero y fundamentalmente, como el ingreso en un nuevo estado de conciencia, a una manera de ser *interior,* de la cual la vida exterior es *efecto* y consecuencia.

Se necesita, en otros términos, una *palingenesia,* un nacimiento o *renacimiento* interior, una transformación o *transmutación* del íntimo estado de nuestro ser para efectivamente *iniciarse*, o ingresar, en una nueva visión de la realidad: en aquella *nueva* manera de pensar, vivir y obrar que caracteriza al Iniciado y al Masón verdaderos.

Por esta razón el símbolo fundamental de la iniciación es el de la muerte, como *preliminar* para una nueva vida; la muerte simbólica al mundo o estado *"profano"* necesario para el *renacimiento simbólico;* o sea la *negación* de los vicios, errores e ilusiones que constituyen los "metales" groseros o cualidad inferiores de la personalidad, para la *afirmación* de la Verdad y de la Virtud, o de la Intima Realidad, que constituye el *oro puro* del Ser, la Perfección del Espíritu que mora en nosotros y se expresa en nuestros Ideales y en nuestras Aspiraciones más elevadas.

EL CUARTO DE REFLEXIONES

El *cuarto de reflexión* no representa únicamente la preparación preliminar del candidato para su recepción, sino que es principalmente aquel *punto crítico,* aquella crisis interior, donde empieza la palingenesia que conduce a la verdadera iniciación, a la realización progresiva, al mismo tiempo *especulativa* y *operativa,* de nuestro ser y de la Realidad Espiritual que nos anima, simbolizada por los viajes.

El cuarto de reflexión, con su aislamiento y con sus negras paredes, representa un período de oscuridad y de maduración silenciosa del alma, por medio de la meditación y concentración en uno mismo, que prepara el verdadero progreso efectivo y consciente que después se hará manifiesto a la luz del día. Por esta razón se encuentran en él los emblemas de la muerte y una lámpara sepulcral, y se hallan sobre sus paredes inscripciones destinadas a poner a prueba su firmeza de propósito y la voluntad de progreso que tiene que ser sellada en un *testamento*.

Al ingresar en este cuarto (símbolo evidente de un estado de conciencia correspondiente), el candidato tiene que *despojarse de los metales* que lleva consigo y que el Experto recoge cuidadosamente. Tiene que volver a su estado de pureza originaria –la desnudez adámica- despojándose voluntariamente de todas aquellas *adquisiciones* que le fueran útiles para llegar a su estado actual, pero que constituyen otros tantos obstáculos para su progreso ulterior.

Debe cesar de cifrar su confianza y codicia en los valores puramente exteriores del mundo, para poder encontrar en sí mismo , realizar y hacer efectivos los *valores verdaderos*, que son los morales y espirituales. Debe cesar de aceptar pasivamente las falsas creencias y las opiniones externas, con objeto de abrirse su propio *camino* hacia la Verdad.

Esto no quiere decir que uno tiene que despojarse en absoluto de todo lo que le pertenece y ha adquirido como resultado de sus esfuerzos y premio de sus labores, sino únicamente que debe cesar de dar a estas cosas aquella importancia primaria que puede hacerle esclavo o servidor de las mismas, y poner siempre en primer lugar, por encima de toda consideración material o utilitaria, la fidelidad a los Principios y las razones espirituales. Este despojo tiene por objeto conducirnos a *ser libres* de aquellos lazos que de otra manera nos impedirían todo progreso adelante. Se trata, por consiguiente, en esencia, del despejo de todo *apego* a las consideraciones y lazos exteriores, con el

objeto de que podamos enlazarnos con nuestra íntima Realidad Interior, y abrirnos para su siempre más libre, plena y perfecta expresión.

"LIBRE Y DE BUENAS COSTUMBRES"

Ser "libre y de buenas costumbres" es la condición preliminar que se pide al profano para poder ser admitido en nuestra Orden, condición necesaria de todo progreso moral como espiritual, de todo adelanto en el sendero de la Verdadera Luz, o sea de la Verdad y de la Virtud.

Libre de los prejuicio y de los errores, de los vicios y de las pasiones que embrutecen al hombre y hacen de él un esclavo de la fatalidad; de *buenas costumbres* por haber orientado su vida hacia lo más justo, hacia lo más elevado e ideal. Estas dos condiciones hacen latente en cada hombre la cualidad de masón y la posibilidad de hacerse o "ser hecho" tal, en cuanto, en su plenitud, lo caracteriza esa misma cualidad. Pues, en la medida de su *libertad interior* y de la *orientación ideal* de su vida, el hombre es y "se hace" un *verdadero masón,* un Obrero de la Inteligencia Constructora del Universo.

El *despojo de los metales* es así el despojo voluntario del alma, de sus cualidades inferiores, de sus vicios y pasiones, de los apegos materiales que enturbian la pura luz del Espíritu; el abandono de las cualidades y adquisiciones que brillan con luz ilusoria en la inteligencia e impiden la visión de la *Luz Masónica,* la Realidad que sostiene el Universo y lo construye incesantemente.

El intelectual debe igualmente *despojarse* de sus creencias y prejuicios, para que se abra delante de sus ojos el Camino de la Luz y de la Verdad, en donde se prepara a poner los pies –las creencias y prejuicios científicos y filosóficos, no menos que las supersticiones y prejuicios religiosos y vulgares.

Como el masón debe aprender a *pensar por sí mismo,* llegando al convencimiento y al conocimiento directo de la Verdad, de nada le sirven las *creencias* y prejuicios que constituyen la moneda corriente del mundo, las adquisiciones materiales, con las cuales nunca se paga o se compra la Verdad, a la cual el masón debe llegar con esfuerzo individual.

SIGNIFICADO DEL CUARTO

El cuarto de reflexión, como su nombre lo indica, representa antes que todo aquel estado de aislamiento del mundo exterior que es necesario para la *concentración* o reflexión íntimas, con las cuales nace el pensamiento independiente y se encuentra la Verdad: aquel *mundo interior* donde deben dirigirse nuestros esfuerzos y nuestros análisis para llegar, con la abstracción, a conocer el *mundo trascendente* de la Realidad. Es el *gnothi seautón* o "conócete a ti mismo" de los iniciados griegos e indos, como único medio directo e individual para poder llegar a conocer el Gran Misterio que nos circunda y envuelve nuestro mismo ser.

Esto y el color negro del cuarto nos llevan a la mente la antigua fórmula alquímica y hermética del Vitriolo: *Visita interiora Térrea, Rectificando Invenies Occultum Lapidem,* "Visita el interior de la tierra: *rectificando* encontrarás la piedra escondida" . es decir: desciende a las profundidades de la tierra, bajo la superficie de la apariencia exterior que esconde la *realidad interior* de las cosas y la revela; *rectificando* tu punto de vista y tu visión mental con la escuadra de la razón y el discernimiento espiritual, encontrarás aquella *piedra oculta o filosofal* que constituye el Secreto de los Sabios y la verdadera Sabiduría.

La representación de la Verdad final y fundamental en una piedra no presenta nada de extraño cuando se piensa que de constituir la base sobre la cual descansa el edificio de nuestros conocimientos, que se hará la Iglesia o Templo de nuestras aspiraciones, y el *criterio* o medida sobre la cual, y a cuya imagen, deben encuadrarse o *rectificarse* todos nuestros pensamientos.

Los huesos e imágenes de la muerte que se hallan representados en las paredes del cuarto, además de indicar la *muerte* simbólica que se le pide al iniciado para su nuevo nacimiento, muestran los fragmentos esparcidos y desunidos de la Realidad *muerta* y *dividida* en la apariencia exterior, cuya Vida y Unidad debe él buscar y encontrar interiormente, reconociéndola por debajo y dentro de la apariencia.

EL GRANO DE TRIGO

El cuarto de reflexión constituye la *prueba de la tierra* -la primera de las cuatro pruebas simbólicas de los elementos- y; por su analogía, nos lleva a los Misterios de Eleusis, en los cuales el iniciado estaba simbolizado en el *grano de trigo* echado y sepultado en el suelo, para que germinara y se abriera, con su propio esfuerzo, un camino hacia la luz.

La semilla, en la cual se halla en estado latente o potencial toda la planta, representa muy bien las *posibilidades latentes* en el individuo que deben despertarse y manifestarse a la luz del día, en el mundo de los efectos. Todo ser humano es, efectivamente, un *potencial espiritual o divino,* idéntico al potencial latente en la semilla, que debe ser desarrollado o *educido* a su más plena y perfecta expresión, y este desarrollo es comparable en todos sentidos al desarrollo natural y progresivo de una planta.

Así como la semilla, para poder germinar y producir la planta, debe ser echada en el suelo, en donde muere como *semilla*, mientras el *germen* de la planta futura empieza a crecer, así también el hombre, para manifestar las posibilidades espirituales que se encuentran en él en estado latente, debe aprender a *concentrarse* en el silencio del alma, aislándose de todas las influencias exteriores, y morir para sus defectos e imperfecciones a fin de que el germen de la Vida Nueva pueda crecer y manifestarse.

Dado que el Germen espiritual, la Divina Semilla de nuestro ser, es inmortal e incorruptible, esta *muerte* –como toda forma de muerte, desde un punto de vista más profundo- es simplemente el *despojo* de una forma imperfecta y la *superación* de un estado de imperfección, que fueron en el pasado el escalón indispensable de nuestro progreso, pero que en la actualidad se han hecho una limitación, y al mismo tiempo la necesidad, la oportunidad y la base, para un nuevo paso adelante.

Esa imperfección o limitación que debe ser superada –los límites estrechos en los que se halla encerrado nuestro pensamiento y nuestro ser espiritual por los errores y falsas creencias asimiladas en la educación y en la vida profana- es lo que simboliza la *cáscara* de la semilla, producida por ésta como protección necesaria en el período de su crecimiento, y enteramente análogo a la *cáscara* mental de nuestro propio carácter y personalidad.

EL PAN Y EL AGUA

Esa semilla, que debe morir en la tierra para producir la nueva vida de la planta, cuya *perfección* encierra en estado potencial, ha muerto efectivamente en el *pan* que se encuentra sobre la mesa del cuarto de reflexión, para simbolizarla. Dicho pan representa además la sustancia que constituye el medio con el cual la vida se manifiesta en todas sus formas, la *materia prima* continuamente

transmutada por la actividad vital, en la que fluye constantemente el mecanismo incesante de la renovación orgánica, pasando de uno a otro estado, de una a otra forma de existencia.

Junto con el pan, hállase un vaso de *agua*, o sea aquel elemento húmedo –otro aspecto de la misma Sustancia Madre- que es factor y condición indispensable de crecimiento, germinación, maduración, reproducción y regeneración. Como Venus Anadiomena, también la Vida únicamente puede nacer en el seno de las aguas, que se hace *Venus Genitrix,* la Madre Universal, mientras la tierra mitológicamente simbolizada por Gea y Deméter (a la que estaban consagrados los Misterios de Eleusis) se convierte en *nodriza*.

Estas dos formas complementarias de la Sustancia Una obran constantemente la una sobre la otra, como podemos observar en todos los procesos biológicos; en su estado primero, el pan representa el carbono que, bajo la forma de ácido carbónico, se halla en la atmósfera, y que la vida vegetal transmuta en los hidrocarbonatos, sustancias fundamentales que constituyen todas las partes de la planta, de las que nacen después las proteínas. Todas estas producciones, necesitan como base el *elemento húmedo,* que puede compararse a la Matriz –Templo y Taller de toda la actividad orgánica.

Finalmente, el *pan* y el *agua* que hacen moralmente hincapié en la sobriedad y sencillez indispensables para la vida del iniciado y, junto con el despojo de los metales, demuestra su discernimiento, que le hace buscar únicamente lo *esencial* –los Valores *verdaderos* de la existencia, que sólo puede darnos paz, felicidad y satisfacción, haciéndose factores de nuestro progreso interior en Sabiduría y Virtud-, eliminando todas las superfluidades y complicaciones de la vida profana, en cuya búsqueda el hombre ordinario pierde sus mejores energías.

SAL Y AZUFRE

Una vasija de sal y una de azufre se hallan además sobre la mesa, junto con el pan y el agua. Aunque la primera sea habitualmente conocida como condimento, su asociación simbólica con el segundo no deja de parecer algo extraña y misteriosa. ¿Qué significan, pues, estos dos nuevos elementos, esta nueva pareja hermética que se une a la anterior?

Se trata de un nuevo tema de meditación que se presenta al candidato, sobre los medios y elementos con los cuales debe prepararse para una nueva Vida *alumbrada* por la Verdad y hecha *activa y fecunda* con la práctica de la Virtud, a la que se refieren el Azufre y la Sal en su acepción más elevada.

Como tal, indica el primero la Energía Activa, que se hace la Fuerza Universal, el principio creador y la electricidad vital que producen y animan todo crecimiento, expansión, independencia e irradiación. Mientras la segunda es el *principio atractivo* que constituye el magnetismo vital, la fuerza conservadora y fecunda que inclina a la estabilidad y produce toda maduración, la capacidad asimilativa que tiende hacia la cristalización, el principio de resistencia y la reacción centrípeta que se opone a la acción activa de la fuerza centrífuga.

Así pues, de la misma manera que en el pan y el agua hemos visto los dos aspectos de la Sustancia cósmica y vital, en estos dos nuevos elementos tenemos los dos aspectos o polaridades de la Energía Universal, dirigido el primero de *adentro hacia fuera,* apareciendo exteriormente como derecho (o dextroso), y el segundo de *afuera hacia adentro,* manifestándose como izquierdo (o sinistrorso).

Son, respectivamente, *rajas y tamas* –los dos primeros *gunas* (o cualidades esenciales) de la filosofía india-, y el impulso activo que produce todo cambio y variación, y engendra en el hombre el entusiasmo y el amor a la actividad, el deseo y la pasión; y la tendencia pasiva hacia la inercia y estabilidad es enemiga de todo cambio y variación, produciendo en nuestro carácter firmeza y persistencia, y con su dominio en la mente, la ignorancia, la inconsciencia y el sentido de la materialidad, que nos atan a las necesidades y preocupaciones exteriores y los instintos destinados para proteger la vida en sus primeras etapas.

El primero nos impulsa constantemente hacia arriba y hacia delante, nos anima y nos ahínca en todos nuestros pasos, nos da el ardor, la iniciativa, el espíritu de conquista, la voluntad y capacidad de satisfacer nuestros deseos y conseguir el objeto de nuestras aspiraciones; pero nos da también la inquietud, la inconstancia y el amor de los cambios y novedades, la impulsividad que nos inclina hacia acciones inconsideradas, haciéndonos recoger frutos maduros y perder los mejores y más deseables resultados de nuestros esfuerzos.

El segundo es aquel que nos refrena y desalienta; nos hace recoger en nosotros mismos, nos da el temor y la reflexión, nos hace abrazar y *establecer* igualmente en el error y en la verdad, en los hábitos viciosos y virtuosos; nos hace fieles y perseverantes, firmes en nuestra voluntad y tenaces en nuestros esfuerzos; nos da la capacidad de *atraer* aquello para lo cual estamos interiormente *sintonizados* con nuestros deseos, pensamientos, convicciones y aspiraciones. Nos da la desilusión y el discernimiento, nos aleja de los cambios y de toda acción irreflexiva, pero también de todo progreso, esfuerzo y superación.

Son las dos *columnas* o tendencias que se hallan constantemente a nuestro lado, en cada uno de nuestros pasos sobre el camino de la existencia, y nuestra felicidad, paz y progreso efectivo estriban en nuestra capacidad de mantener en cada momento un justo y perfecto equilibrio entre estas tendencias opuestas, conservándonos a *igual distancia* de la una como de la otra, sin dejar que ninguna de las dos adquiera un predominio indebido sobre nosotros, sino que obren en perfecta armonía y nos dé cada cual sus mejores cualidades: *el ardor irreflexivo y la paciencia iluminada*, el entusiasmo perseverante y la serenidad inalterable, el esfuerzo vigilante y la firmeza incansable, que también simbolizan, sobre la pared del cuarto, el *gallo* y la *clepsidra*.

EL MERCURIO VITAL

La acción e interacción entre estas dos opuestas tendencias es, pues, destinada para *producir* en nosotros, activándolo desde el estado latente en que se encuentra dentro de nuestro Germen Espiritual, el *mercurio vital* o principio de la Inteligencia y Sabiduría, que corresponde al *satva* de la filosofía hindú: el *ritmo* de la naturaleza, producido por la Ley de Armonía y Equilibrio.

El *pensamiento* en todos sus aspectos nace, pues, naturalmente, en el individuo, de la acción y relación entre sus tendencias activas y pasivas, entre el amor y el odio, la atracción y la repulsión, la simpatía y la antipatía, el deseo y el temor. Crece y adquiere siempre mayor fuerza, independencia y vigor cuando luchan entre sí el instinto y la razón, la voluntad y la pasión, el entusiasmo y la desilusión. Se eleva y florece, siempre más libre, claro y luminoso, según aprende a seguir sus ideales y aspiraciones más elevadas, y según éstas logran sobreponerse a su ignorancia, errores y temores, así como a las demás tendencias pasionales e instintivas.

En otras palabras, el pensamiento nace, crece, se eleva y sublima, logrando alcanzar horizontes siempre más altos, amplios e iluminados, según predomine en la mente y en toda la personalidad el elemento o vibración *sátvica*, el principio del equilibrio y de la armonía, que produce la Música de las Esferas y engendra toda creación y concepción caracterizada por su genialidad y hermosura.

Pues este *mercurio sublimado* es el único que puede percibir la Verdadera Luz, que se hace con su reflejo mental *luz creadora*, simbolizada por la Venus Celestial, antigua divinidad de la Luz, y por ende de la Belleza que la acompaña.

El fuego *rajásico*, encendido en el hombre, primero por los deseos y la pasión, y luego por la voluntad, el entusiasmo y sus más nobles aspiraciones (que constituyen el *azufre* en sus diferentes aspectos), obrando sobre la sustancia *tamásica* de los instintos, temores y tendencias conservadoras (la *sal* de la reflexión), que constituye la materia prima de nuestro carácter, hace fermentar, hervir y sublimar esta masa heterogénea en el crisol de la vida individual, produciendo finalmente ese mercurio refinado o elemento sátvico, o sea la Sabiduría, nacida de la transmutación –por medio de la sublimación y refinamiento- de la ignorancia, del error, del temor y de la ilusión.

EL TESTAMENTO

El nuevo nacimiento o *regeneración ideal* que indica, en todos sus aspectos, el cuarto de reflexión, tiene finalmente su sello y se concreta en un *testamento*, que es fundamentalmente una *atestación o reconocimiento* de sus "deberes", o sea de su tríplice relación constructiva, con el *principio interior* (individual y universal) de la vida, consigo mismo como *expresión individual* de la Vida Una, y con sus semejantes, como *expresión exterior* de la Vida Cósmica.

Se trata de un *testamento iniciático*, muy diferente del testamento ordinario o profano, en cuanto éste es una preparación para la muerte, mientras el testamento simbólico que se le pide al recipiendario, antes de ser admitido a las pruebas, es una *preparación para la vida* –para la vida nueva del Espíritu a la cual tiene que renacer.

Muerte y renacimiento son, en realidad, dos aspectos íntimamente enlazados e inseparables de todo cambio que se verifica en la forma y expresión, interior y exterior, de la Vida Eterna del Ser. En la economía cósmica, e igualmente en la vida individual, la *muerte*, cesación o destrucción de un aspecto determinado de la existencia subjetiva y objetiva, se acompaña constantemente con una forma de *nacimiento.* Así pues, sólo en apariencia los consideramos como opuestos de la vida, o como su principio y fin, mientras indican, simplemente, un cambio o transformación, y el medio en el cual se efectúa un progreso siempre necesario, aunque la destrucción de la forma no sea siempre su condición indispensable.

Como emblema de la muerte del hombre profano, indispensable para el nacimiento del iniciado, el testamento que hace el candidato es un testamento del cual *él mismo* será llamado a convertirse después en el ejecutor, un Programa de Vida que deberá realizar con una comprensión más luminosa de sus relaciones con todas las cosas.

La primera relación o "deber" del testamento es la del propio individuo con el Principio Universal de la Vida, una relación que tiene que *reconocerse y establecerse interiormente,* y no sobre la base de creencias o prejuicios, ya sean positivos o negativos. No se le pregunta al candidato si cree o no en Dios, ni cuál sea su credo religioso o filosófico; para la Masonería todas las "creencias" son equivalentes, como otras tantas máscaras de la Verdad que se encuentra detrás o bajo de la superficie de ellas y sólo a la cual aspira a conducirnos.

Lo que sí es de importancia vital es *nuestra íntima y directa relación* con el Principio de la Vida (cualquiera sea el nombre que se le dé exteriormente y el concepto mental que cada cual pueda haberse formado o formarse del mismo), una relación que se establece en la conciencia, por encima del plano de la inteligencia o mentalidad ordinaria, siendo sólo directamente en ella donde puede manifestarse aquella Luz "que ilumina a todo hombre que viene a este mundo".

La conciencia de esta relación, que es Unidad e Individualidad, se traduce en el sentido de la primera pregunta del testamento: "¿Cuáles son vuestros deberes hacia Dios?". La segunda: "¿Cuáles son vuestros deberes hacia vos mismo?", es la consecuencia de la primera. Habiéndose reconocido, en lo íntimo de su propio ser, en aquella soledad de la conciencia que está simbolizada por el cuarto de reflexión como una manifestación o *expresión individual* del Principio Universal de la Vida, el candidato está llamado a reconocer cómo su vida exterior se halla íntimamente relacionada con lo que él mismo es interiormente, y cómo con la comprensión de esta relación tiene en sí el poder de dominarla y dirigirla *constructivamente.*

El hombre es, como manifestación concreta, *lo que él mismo se ha hecho y se hace constantemente, con sus pensamientos conscientes y subconscientes, su manera de ser y su actividad.* Y su primer deber para consigo mismo es *hacerse* y llegar a ser una siempre más perfecta expresión del Principio de Vida que en él busca y encuentra una especial, diferente y necesaria manifestación, *deduciendo* o sacando a la luz del día las posibilidades latentes del Espíritu, aquella Perfección que existe inmanente, pero se manifiesta en el tiempo y en el espacio, en la medida del íntimo reconocimiento individual.

En cuanto a los deberes hacia la humanidad, representan un sucesivo reconocimiento íntimo que es complemento necesario de los dos primeros: habiéndose reconocido como manifestación individual del Principio Único de la Vida, y sabiendo que él es por fuera lo que es y se hace por dentro, debe acostumbrarse a ver en todos los seres *otras tantas manifestaciones del mismo Principio;* de este reconocimiento brota como consecuencia necesaria cuál ha de ser su deber o relación hacia la humanidad, que no puede ser otra cosa que la *fraternidad.*

La comprensión de esta triple relación es el principio de la iniciación, el *inicio* efectivo de una nueva vida, el testamento o don que se lega a sí mismo, preparándose para ejecutarlo: la preparación necesaria para los *viajes* o etapas sucesivas de progreso que le esperan.



PREPARACIÓN

Antes de ser admitido en el Templo, es necesaria una preparación física correspondiente a la preparación moral que el candidato hizo en el cuarto de reflexión: *los ojos deben ser vendados, se le pone una cuerda al cuello y se le hace descubrir el pecho del lado izquierdo, la rodilla derecha y el pie izquierdo.*

¿Qué significa esta preparación?

La venda que le cubre los ojos no es simplemente el símbolo del estado de ignorancia o ceguera, de su incapacidad para percibir la verdadera Luz. Como *preparación* para ser admitido en el Templo, es evidentemente una continuación de la oscuridad del cuarto de reflexión, una *ceguera voluntaria,* un aislamiento de las influencias del mundo exterior y de la luz ilusoria de los sentidos como *medio* para llegar a la *percepción espiritual* de la Verdad.

La *cuerda* que le ciñe el cuello nos recuerda el cordón de los frailes, así como el cordón umbilical que une el feto a la madre en el período de su vida intrauterina. Además de indicar el estado de esclavitud a sus pasiones, errores y prejuicios, en que el hombre se encuentra en las tinieblas, en el mundo profano, el *yugo de la fatalidad* que pesa sobre él, muestra su deseo, voluntad y capacidad de librarse de este yugo y de esta esclavitud, aceptando voluntariamente las pruebas de la vida y *cooperando* con su disciplina. De esta manera, los mismos obstáculos, dificultades y contrariedades se convierten en gradas y medios de progreso.

Finalmente, el *triángulo de desnudez,* que constituye el tercer elemento de esta simbólica preparación, es un nuevo despojo voluntario de todo lo que no es estrictamente necesario y constituiría un obstáculo al progreso ulterior –el despojo de todo *convencionalismo* que impida la sincera manifestación de sus sentimientos y de sus aspiraciones más profundas (desnudez de la tetilla izquierda); del *orgullo intelectual*, que impide el reconocimiento de la Verdad (desnudez de la rodilla derecha); de la *insensibilidad moral,* que impide la práctica de la Virtud (desnudez del pie izquierdo).

La perfecta *sinceridad* de las aspiraciones es, pues, la primera condición de todo progreso; pero se necesita con ella un bien entendido espíritu de *humildad* (que no debe confundirse con un falso desprecio de sí mismo, ni con la ignorancia de las divinas posibilidades que se encuentran en nosotros) dado que nuestro progreso debe desarrollarse en un plano superior a la ilusión de la personalidad. Con la primera de estas dos cualidades abrimos nuestro corazón y con la segunda nuestra inteligencia al sentimiento y a la percepción de aquella Realidad que Jesús llamó el Reino de los Cielos, meta de toda iniciación.

En cuanto a la desnudez del pie izquierdo –el instrumento del andar, que abre nuestra marcha hacia delante- indica la facultad del *discernimiento* que debemos usar en cada paso en nuestro camino y que nos permite reconocer la verdadera naturaleza de los obstáculos y pruebas del sendero con que podemos tropezar.

Con esta preparación el candidato se halla en condiciones de llamar a la puerta del Templo, *de pedir, buscar y encontrar* la Luz de la Verdad.

LA PUERTA DEL TEMPLO

La *puerta* ha sido desde las épocas más antiguas el símbolo natural de todo *paso o ingreso,* y en lo particular de toda *iniciación.* Además, la puerta ya es por sí misma un Templo (un Templo rudimentario) y el ternario de sus dos columnas con el arquitrabe constituye el elemento fundamental de toda construcción arquitectónica. Así pues, el momento de franquear la Puerta del Templo, después de la doble preparación moral y física de que acabamos de hablar, es uno de los más importantes de la ceremonia de la iniciación.

El candidato es introducido, después de tres fuertes golpes, golpes desordenados que revelan una mano todavía inexperta o *profana.* Por esta razón sus golpes producen *alarma* en el interior del Templo, alarma que se repite por tres veces, como eco a los mismos. Estos se relacionan con las

palabras evangélicas: *buscad y encontraréis* (la Verdad), *pedid y se os dará* (la Luz), *tocad y se os abrirá* (la Puerta del Templo).

Al ser recibido en el Templo, con los ojos vendados, sólo siente sobre su pecho desnudo la punta de un arma cortante. Esto sirve únicamente para hacerle entender que, aunque *no vea,* puede *sentir,* y el sentimiento de la Verdad será el Guía que lo conducirá en su progreso y en sus esfuerzos hacia la Luz.

El *Guía* Interior, que conduce individualmente a todo ser que se hace receptivo a su influencia en el Camino de la Verdad y de la Vida, se halla materializado exteriormente por el *Experto* (o sea quien, por haberlo ya recorrido, conoce bien el Camino y puede así servir de guía al inexperto), sin el cual le sería imposible al candidato llenar debidamente las condiciones que se le piden para su admisión. Es el Guía quien contesta por él a la pregunta. "¿Quién es el temeraria que se atreve a perturbar nuestros pacíficos trabajos y trata de *forzar* la Puerta del Templo?"; contestando que "es un profano deseoso de conocer la Luz verdadera de la Masonería que solicita humildemente por haber nacido libre y de buenas costumbres".

Del significado iniciático de esta doble condición ya hemos tratado con ocasión del despojo de los metales. Este requisito es de fundamental importancia, por cuanto en virtud del mismo se le abre *la primera puerta* del Templo, así como *las tres puertas* simbólicas, representadas por las tres Luces, después de cada uno de los viajes.

La punta de la espada, apoyada sobre el corazón, es el símbolo de la Verdad, por medio de su intuición que llega o se manifiesta directamente en lo íntimo de nuestro ser, *al ingresar en el Templo,* es decir en un particular estado de devoción receptiva, habiéndonos aislado de las influencias exteriores y cerrado nuestros ojos a la vista profana, a la consideración ordinaria, puramente objetiva, de las cosas.

Aunque no vemos, *sentimos;* aunque no sepamos explicarnos el por qué y la razón de los hechos, percibimos intuitivamente *algo* que reconocemos directamente como Verdad y que se manifiesta en nuestra conciencia en forma repentina y violenta de la cual la espada apoyada sobre nuestro pecho constituye un símbolo muy expresivo.

INTERROGATORIO DEL CANDIDATO

El interrogatorio a que se somete al candidato en su primer ingreso en el Templo es en cierta manera la continuación y la expresión de sus meditaciones en el cuarto de reflexión.

Las preguntas que se le hacen versan primero sobre sus mismas contestaciones a las preguntas del testamento, pidiéndosele las necesarias aclaraciones sobre los conceptos allí expresados, acerca de cómo entiende su *relación,* y por ende sus *deberes,* "hacia Dios, hacia sí mismo y hacia la humanidad".

Una vez aclarado este punto y como necesaria consecuencia de comprensión de esta relación y de estos deberes (cuyo reconocimiento hace el masón, en cuanto pone al hombre en armonía con el Principio Constructivo o Ley Evolutiva del Universo) se le pide que exprese sus ideas, sobre el *vicio* y la *virtud.*

Un claro discernimiento entre el vicio y la virtud es lo que *hace operativo* el reconocimiento de los deberes y conduce al hombre a progresar sobre el sendero de la Libertad. El *vicio* es, pues, como lo dice la misma etimología de la palabra, un "vínculo, lazo o ligamen", una cadena que esclaviza al

hombre e impide o dificulta su progreso, reduciendo o atrofiando sus esfuerzos para la expresión de sus posibilidades más elevadas.

El hombre esclavo del vicio nunca puede ser un verdadero masón, por cuanto le hace falta el requisito esencial: ser *libre y de buenas costumbres,* con lo cual puede hacerse *virtuoso.*

Así como en la idea de *vicio* está implícita la de *esclavitud*, sujeción, pasividad y debilidad, siendo lo inferior lo que domina y limita lo superior, así en la idea de *virtud* está implícita la de "fuerza", que hace del *humanus* (el hijo de *Humus o Bhumi,* la tierra) un *vir o vira*, es decir, un "héroe", un Hércules, en el sentido moral y etimológico del hombre que por medio de sus "esfuerzos personales" o *fatigas* domina y supera sus propias debilidades.

Establecer el dominio de lo superior sobre lo inferior, de lo espiritual sobre lo material, de lo ideal sobre las imperfecciones manifiestas, he aquí el programa de todo verdadero masón, de todo iniciado en la Verdad y en la Virtud. Por esta razón, una clara definición de este punto es preliminar necesario para la efectividad de todo *progreso* ulterior.

LOS VIAJES

Toda posibilidad de progreso, tanto interior como exterior, estriba en el reconocimiento de un camino como algo que está delante de nosotros y en el discernimiento de una determinada *dirección,* hacia una meta que percibimos con mayor o menor claridad.

Nuestros pies físicos, así como nuestros pensamientos, que, de una manera análoga, paso por paso, parecen dirigirse en cierto sentido, marchan precisamente, en forma espontánea y automática, en aquella exacta dirección en la cual se fija nuestra mirada, o bien nuestra visión interior. Si nuestra mirada y nuestra visión se fijan en algún obstáculo, dificultad, contrariedad y condición indeseables, en el temor o presentimiento de algo desagradable, no debemos, pues, maravillarnos de que vayamos a dar directa y precisamente con ese obstáculo, o con el objeto de nuestros temores.

Además, una recepción o visión oscura e indefinida dificulta nuestra marcha y hace nuestros pasos inciertos y vacilantes, por lo que tropezamos continuamente con los obstáculos que aparecen en el camino, mientras cuando vemos delante de nosotros con toda claridad y discernimos perfectamente nuestra senda, nuestra marcha es fácil, rápida, directa y segura, y superamos fácilmente todos los obstáculos que podamos encontrar.

Lo mismo sucede con nuestra marcha intelectual hacia la Verdad y con la marcha moral hacia un ideal de perfección, que se nos revela siempre con mayor claridad según nos adelantemos en la senda que debe conducirnos a su realización. Y a la misma Ley obedecen nuestros esfuerzos dirigidos hacia un particular objeto, hacia el que tienden y en el que se concentran nuestros deseos y aspiraciones: la marcha es más fácil, rápida y directa según aprendemos a concentrar en ese objeto las mejores energías de nuestro pensamiento y, sobre todo, a *contemplarlo, verlo y discernirlo con perfecta claridad.*

La concentración de nuestras energías interiores hacia una meta determinada es, en todo caso, la base indispensable de todo esfuerzo que podamos hacer y de todo paso que podamos dar en esa dirección.

La ceremonia de recepción del candidato en el primer grado consiste esencialmente en tres *viajes* que sintetizan admirablemente todo su progreso masónico en los tres grados. Cada viaje representa así un nuevo estado, un período distinto y una nueva etapa de su progreso.

EL PRIMER VIAJE

El primer viaje se presenta lleno de dificultades, de ardides y peligros, y se cumple en medio de los ruidos más fuertes y variados, que representan el desencadenamiento de las tempestades y de los vientos, símbolos de las falsas creencias, opiniones y corrientes contrarias del mundo, con las que hay que enfrentarse. Es la *prueba del aire* de las antiguas iniciaciones, como lo demuestra la *purificación por el aire* que corona este viaje.

La *dirección* de este viaje, como de los sucesivos, es la que indica silenciosamente el guía invisible que lo conduce, y que él tiene que seguir con docilidad y confianza. Esa docilidad (palabra derivada de *gocere,* “enseñar”), que a su vez tiene evidente analogía con *ducere,* “conducir”) es la que lo hace receptivo y lo pone en condición de aprender. Y, en cuanto al guía, representa, como ya hemos indicado, el *sentido íntimo* de lo justo, de lo bueno y de lo verdadero, pues es el guía invisible y silencioso de todo hombre el único que puede realmente conducirnos por el sendero del progreso.

Esa dirección es de *Occidente a Oriente por el lado del Norte.* ¿Qué significan estos puntos cardinales?

Aquí abarcamos una de las fases más profundas e instructivas del secreto masónico: de la mística doctrina que se esconde y se revela en su simbolismo.

DESDE EL OCCIDENTE AL ORIENTE

El *Occidente* es el lado o aspecto del mundo en donde el sol se pone, es decir en donde la Luz que lo ilumina declina, se oculta y deviene invisible, aunque haga entrever su presencia, en el último destello del ocaso, antes de dejar el mundo sumergido en las oscuras tinieblas de la noche: es, por lo tanto, una imagen muy expresiva del *mundo sensible*, de la realidad visible que constituye el aspecto material, fenoménico u objetivo del Universo, en el cual la *verdadera luz* que lo ilumina, la Esencia o Realidad invisible que lo sostiene, se ha ocultado en la apariencia, bajo el velamen comparativamente ilusorio de la realidad exterior.

Lo Real no es lo que *aparece,* sino lo que se esconde y revela tras de la apariencia. Reconocer esa Realidad constituye la sustancia de toda iniciación, que consiste esencialmente en *ingresar* en su percepción intuitiva, en adquirir conciencia de la misma con un progresivo y siempre más perfecto discernimiento entre lo que *es* y lo que *parece*. Es la Doctrina Iniciática de todos los tiempos: la Realidad se oculta en la apariencia, en la cual se halla, como Isis, *velada y revelada*, develándose únicamente para el iniciado que ha llegado individualmente, por sus propios esfuerzos, al estado de conciencia en que se hace manifiesta su naturaleza esencial.

En cuanto a la Esencia o Realidad íntima, Inmanente y Trascendente, es la que se halla representada simbólicamente por el lado opuesto, el *Oriente,* el aspecto del mundo de donde nos viene, nace y mana la Luz: en donde la realidad aparece y brilla por su propio resplandor; esclareciendo y haciendo huir las tinieblas de la noche.

Partiendo del Occidente, o del conocimiento objetivo de la realidad exterior, el hombre se encamina por la fría oscuridad del Septentrión –la razón pura- en busca de aquella Realidad que constituye la esencia más permanente y profunda del Universo, y que no puede encontrarse sino caminando *hacia el Oriente*, desde los efectos a las Causas, desde los fenómenos a los noúmenos, Leyes y Principios que los rigen.

Esta búsqueda en una oscuridad inicial, que se irá después esclareciendo, según se adelanta en el camino, está representada por la región fría y tenebrosa del Norte, que tiene que ser atravesada con paso firme y perseverante, sin dejarse asustar o desviar por las dificultades u obstáculos que se encuentren en el sendero que conduce "de la Ilusión a la Realidad".

DESDE EL ORIENTE AL OCCIDENTE

Pero, en el curso de este primer viaje no puede *detenerse* el candidato en el Oriente, sino que tiene que *regresar* inmediatamente al Occidente, pasando esta vez por el camino más luminoso y agradable del Mediodía. Esto quiere decir que una vez llegado a una primera percepción, a la primera vislumbre de la Realidad profunda de las cosas, no debe el candidato detenerse en ella, sino que tiene que proseguir su camino, volviendo otra vez al Occidente de la apariencia sensible, pero con la conciencia iluminada por el reflejo de esta adquisición, estado que simboliza el Mediodía.

O sea que, una vez llegado al conocimiento rudimentario de las *causas* que rigen los efectos del mundo visible, y de las Leyes y Principios que gobiernan el mundo, debe completar el esfuerzo *inductivo*, que lo ha hecho llegar a este conocimiento, con un análogo esfuerzo *deductivo*, en el cual encuentra la oportunidad y se le impone la necesidad para una aplicación fecunda y constructiva de los conocimientos adquiridos.

Como la deducción no es siempre más fácil que la inducción, el camino de regreso no está menos sembrado de obstáculos y de dificultades. Sin embargo la certidumbre ya adquirida en su paso por el Oriente le permite enfrentarse con más serenidad con las creencias, opiniones y prejuicios del mundo, que ya no tienen poder para hacerlo desviar de su camino. Es ésta la purificación por el aire que tiene que sufrir, al llegar al término de este primer viaje, cerca del sitial del Segundo Vigilante.

También simboliza este viaje las pruebas de la vida con la que uno tiene que enfrentarse constantemente en sus primeros esfuerzos desde lo material hacia lo Ideal, dominando sus instintos, pasiones y deseos, así como las circunstancias contrarias que lo confrontan, por medio del discernimiento de la realidad profunda de la vida y del íntimo propósito de todas sus experiencias, buscando la Verdad y sirviéndose de la misma *como remedio* para todos sus males, según lo enseñan Pitágoras en sus Versos Aureos:

"Pero existe una estirpe divina entre los mortales,
De la cual si llegas a ser partícipe,
Conocerás las cosas que te enseño.
Y sirviéndote de ellas como remedio
¡De muchos males, harás libre tu alma!

EL SEGUNDO VIAJE

El segundo viaje se diferencia del primero por su mayor facilidad: han desaparecido los obstáculos y los ruidos violentos han dejado su lugar al tañido argentino de las espadas que los presentes hacen entrechocar.

Esta mayor facilidad es consecuencia directa de los esfuerzos hechos en el primer viaje: en la medida en que aprendemos a superar los obstáculos que se encuentran en nuestro camino, éstos progresivamente desaparecen, pues ya no tienen razón de existir, una vez desarrollada en nosotros, con las cualidades que nos hacían falta, la *capacidad* de superarlos.

El choque de las espadas es el emblema de las *luchas* que se desarrollan alrededor del candidato, así como de la lucha individual que él debe emprender con sus propias pasiones, pensamientos, hábitos y tendencias negativas; todo pensamiento debe ser *rectificado,* todo error resuelto y convertido en Verdad. Indica sobre todo *la negación del error* (aunque tenga la fuerza del aparente evidencia exterior), en la luz de la Superior Realidad, de la que se han advertido las primeras vislumbres.

A esta hora incesante de *transmutación,* a esta progresiva catarsis de la naturaleza inferior, que requiere una constante atención y vigilancia, quiere aludir el segundo viaje, que representa simbólicamente la *prueba del agua,* es decir, aquella especie de bautismo filosófico que consiste en limpiar o libertar el alma de sus errores, vicios e imperfecciones que constituyen la *raíz* o causa interior de todo mal o dificultad exterior.

El primer viaje representa los primeros esfuerzos en la búsqueda de la Luz o de la Verdad, los primeros pasos desde las sombras de la Ilusión hacia la Realidad íntima y profunda que es representa, en su regreso, el esfuerzo individual que cada cual tiene que hacer para encaminar y encauzar su vida en armonía con sus Ideales y con sus aspiraciones más elevadas, en vez de seguir pasivamente la rutina de sus hábitos, instintos y tendencias negativos.

Como complemento de estos primeros esfuerzos, el segundo viaje indica la *perseverancia* en esta obra metódica de purificación del alma, que la hará digna de recibir o abrirse a sus posibilidades más elevadas, el *bautismo del agua,* o sea la negación de lo negativo (siendo el agua el elemento negativo por excelencia) que debe preceder al *bautismo del fuego* o del espíritu, o sea la afirmación de lo positivo que llevará consigo un más perfecto establecimiento en la Verdad.

La *purificación* por el agua, con la que se termina este segundo viaje, es esencialmente una purificación de la imaginación y de la mente de sus errores y de sus defectos, constituyendo una fase importante de aquella Gran Obra de redención y regeneración individual que la iniciación masónica nos muestra con su particular simbolismo.

EL TERCER VIAJE

Representando el segundo viaje principalmente la *virtud negativa,* que consiste en purificar el alma de sus pasiones, errores y defectos, más que fin para sí mismo constituye la necesaria preparación para la etapa sucesiva que nos indica el tercer viaje.

Este se cumple con una facilidad todavía mayor que los precedentes, habiendo desaparecido por completo los obstáculos y los ruidos; sólo se oyen los acordes de una música cadenciosa y profunda que parece salir del silencio mismo.

Habiendo el iniciado dominado y purificado la parte negativa de su naturaleza, que es la *causa* de los ruidos y de las dificultades exteriores, es natural que éstas hayan desaparecido por completo. Ahora debe familiarizarse con la energía positiva del *fuego,* es decir, con el Potencial Infinito del Espíritu que se halla en sí mismo, cuya más perfecta manifestación se ha hecho posible por la precedente purificación.

Este *descenso del espíritu,* que constituye la prueba y la purificación por el fuego, elimina, por medio de una plena conciencia de la Verdad, todo residuo de impureza, toda traza de los errores e ilusiones que dominaron precedentemente en el alma. Cuando la Luz de la Verdad aparece en toda su plenitud, toda tiniebla, todo error, toda duda e imperfección, automáticamente desaparecen.

El iniciado se prepara y aprende, por medio de este tercer viaje, a *caminar en el fuego,* es decir, en el más profundo y sutil elemento de las cosas, del cual todas nacen y en el cual se disuelven, donde cesa por completo el poder de la ilusión y la Realidad se manifiesta como es.

El mismo fuego representa, por un lado la *esencia espiritual* o Principio Universal del Ser, con la cual establece un contacto por medio del discernimiento de la Verdad, y por el otro la *energía primordial*, que constituye el Poder de la suprema Esencia. Esta Divina Energía se halla representada, en el simbolismo helénico, por Proserpina, la Reina del Hades, hija de Deméter –la cualidad productora de la Esencia Primera- que se halla escondida en los "infiernos", o sea en las místicas profundidades de las cosas.

Habiendo realizado, en las profundidades de su propio ser, este íntimo contacto con la *esencia fundamental* que es al mismo tiempo Verdad, Poder y Virtud, el iniciado anda ahora con paso firme y seguro, sin que nada tenga el poder de modificar su actitud o hacerlo desviar. Esta serenidad imperturbable, que tiene en sí misma su razón de ser y su raíz, y en la cual el alma descansa para siempre al abrigo de todas las influencias, tempestades y luchas exteriores, permaneciendo absolutamente firme en sus esfuerzos y en sus propósitos, hace patente que la prueba simbolizada por el tercer viaje ha sido superada por llevar ahora el iniciado, encendido dentro de sí mismo, *algo* que es como una llama que nunca se apaga: aquel entusiasmo vehemente y persistente que brota de la misma raíz del ser y es la base de toda realización exterior.

Con este fuego, cuya esencia es Amor infinito, libre de todo deseo, impulso o motivo personal, tiene el iniciado el poder de obrar en torno de él los milagros y las cosas más inesperadas, siendo, como Fe Iluminada y sincera, una Fuerza Ilimitada, por haber franqueado y tener el poder de superar todos los límites de la Ilusión.

EL CÁLIZ MISTERIOSO

El iniciado que ha afrontado las pruebas simbolizadas por los tres viajes y ha sufrido la triple purificación de los elementos se ha libertado de todas las escorias de su naturaleza inferior y tiene ahora el deber y el privilegio de manifestar lo más alto y *divino* de su ser.

Este deber y este privilegio, que hacen de él ya potencialmente *un masón,* han de ser sellados con una primera obligación (o reconocimiento de deberes) que precede al juramento propiamente dicho, y consiste en hacerle beber en un cáliz de agua que de dulce se convierte en amarga.

En esta triple obligación, que puede considerarse como una confirmación del testamento, aprende y reconoce las condiciones en las cuales será recibido masón: el *secreto* sobre lo que hay de más sagrado; la *solidaridad* y devoción hacia sus hermanos; y la *fidelidad* a la Orden, con la observancia de sus Reglas y Leyes tradicionales.

El *cáliz de la amargura* nos describe muy eficazmente las desilusiones que encuentra quien desciende de las regiones puramente ideales, del Oriente simbólico, para enfrentarse con las realidades materiales. La *dulzura* inefable de los sublimes conocimientos que se han adquirido, de los planes o programas de actividad que se han formulado en la mente, no puede menos de cambiarse en la *amargura* que nace cuando todo parece ir en contra de nuestros proyectos y de nuestras aspiraciones.

Entonces no debemos maravillarnos si, en un momento de debilidad, el alma cede momentáneamente bajo el peso abrumador de esta apariencia y brota de lo profundo del corazón el grito: *"Padre, si es posible, ¡aleja de mí ese cáliz!"*.

Pero el cáliz no puede alejarse, ya que debe ser apurado hasta la última gota. El contacto con la realidad exterior no puede evitarse, y en este contacto debe demostrarse prácticamente el valor de sus adquisiciones ideales y su firmeza en la Verdad en la cual se ha establecido: la realidad exterior debe ser *transmutada* por la simple influencia silenciosa de su íntima conciencia, fija en la visión de una Realidad de orden superior o *trascendente*.

En otras palabras, el iniciado que ha sido purificado por los tres elementos debe haberse convertido y obrar como un verdadero *filósofo,* y por ende, *ser* la piedra filosofal que todo lo transmuta por la simple influencia de su presencia, con su actitud interior. Así pues, lejos de evitar y alejar de sí la poción amarga que le es ofrecida por la ignorancia de los hombres, debe llevarla a los labios serenamente, como si fuera la más dulce y confortable de las bebidas. Entonces es cuando se cumple el milagro: *la amargura se convierte en dulzura,* y la visión espiritual triunfa sobre las sombras de la ilusión que se desvanecen.

LA SANGRE

Antes de sellar definitivamente, por medio de un solemne juramento, la admisión del recipiendario en la Orden, se acostumbra someterlo a algunas pruebas que demuestren su fuerza de ánimo, y su rectitud y firmeza de propósitos.

Una de estas pruebas es la *sangría;* se le dice que, como la Sociedad de la cual anhela formar parte le podrá pedir que vierta su sangre hasta la última gota, para la defensa de esa Causa Sagrada o de la vida de sus hermanos, tiene que dar la prueba de estar dispuesto para ello, *firmando con su sangre su juramento.*

Este argumento de la sangre nos recuerda muchas religiones antiguas que dan un singular valor a la firma hecha con la misma, de manera que el pacto signado con ella no puede romperse ni aún con la muerte. Entre otros, citamos el *Fausto,* de Goethe, donde Mefistófeles le pide a Fausto sellar con su sangre el trágico pacto por el cual se obliga a servirlo, a cambio de su alma. Y habiéndole preguntado éste por qué razón quería que dicho pacto fuera firmado con sangre, le contesta Mefistófeles enigmáticamente que *la sangre es un jugo de virtud particular*.

Efectivamente, la sangre es la expresión orgánica más directa de la vida individual, o del Ego de la persona y por ende de lo que hay en nosotros de más propio y genuino. La permanencia de la vida en el organismo está caracterizada por el estado de fluidez de la sangre, que circula y anima todas las partes del cuerpo, cesando la vida cuando la sangre deja de circular; y así puede considerarse cuando se coagula.

El hecho de “estar dispuesto a firmar con la sangre” el juramento masónico significa, pues, que uno debe estar dispuesto a adherirse con todo su ser, y de una manera permanente e inviolable, a los Principios e Ideales de la Orden, haciendo de los mismos *carne de su carne, sangre de su sangre y vida de su vida.*

Así pues, la calidad de masón, que se confiere *simbólicamente* con la iniciación, y que individualmente se adquiere realizando o haciendo efectiva dicha iniciación, debe considerarse como *permanente e imborrable:* su transitoriedad no probaría sino el hecho de que nunca ha sido efectiva. En otras palabras, no puede uno “ser y dejar de ser” masón a voluntad, sino que, una vez que se ha hecho verdaderamente tal, lo será para siempre; quien cree poder cesar de considerarse masón es porque *nunca lo ha sido,* en el sentido iniciático de la palabra, a pesar de que haya podido

tener el deseo de serlo y se le haya otorgado exteriormente el título, dándosele así la *oportunidad* (nada más y nada menos que la oportunidad) de convertirse en *verdadero masón.*

LA "MARCA" DEL MASÓN

Otra prueba análoga a la de la sangre, que insiste sobre el carácter permanente de la calidad de masón, es la invitación que se le hace al candidato de que permita que se deje imprimir *con el fuego*, en alguna parte del cuerpo, "la marca gloriosa de un sello que se encuentra en todas las Logias del Universo" y por medio de la cual se reconocen los masones.

Esta marca o estigma verdaderamente *glorioso* (pero que nunca se aplicó materialmente por la simple razón de que la Masonería quiere hacer a los hombres libres y no esclavos) se graba *con el fuego ardiente* del entusiasmo y de la fe sincera en el corazón de todo masón, y es otro símbolo de lo que el masón tiene que ser y en lo que debe convertirse en cuanto dicha cualidad debe *imprimirse* en su corazón y *expresarse* en todo su ser.

Las cualidades o emblemas que se aplican con el fuego, y por cuyo medio los masones se *reconocen* entre sí, son evidentemente el *compás* de la razón que caracteriza el reconocimiento de la Realidad Espiritual (que es el *Centro* simbólico de todo ser y de toda cosa) y su relación con la vida exterior (la *circunferencia* o apariencia de las cosas), y la *escuadra* del juicio, con la cual el masón *rectifica* sus pensamientos, aspiraciones y deseos, en armonía con el Plan del Gran Arquitecto, con cuyo Plan debe esforzarse en *cooperar conscientemente.*

Finalmente, y para dar una prueba tangible de sus buenas disposiciones, se le invita a ingresar en la *cadena de unión* de los masones, mediante una oferta voluntaria, con la cual manifiesta y reconoce su deber de *solidaridad* con los que se hallan momentáneamente faltos de recursos y de medios suficientes para vivir. Todos nos debemos y todos podemos sernos útiles recíprocamente: el egoísta es un ser inconsciente que no conoce el lazo que nos une y el deber que tenemos de cooperar *con todas nuestras fuerzas* para lograr el Bien común. Y el masón nunca puede ser un egoísta ignorante de su relación y deberes para con los demás.

EL JURAMENTO

El candidato se halla ahora dispuesto para cumplir con la formalidad del *juramento,* u obligación solemne que se le hace prestar delante del ara de su propia conciencia, arrodillado de la rodilla izquierda, y con la rodilla derecha en escuadra, en signo de humildad, respeto y devoción; con la mano derecha sobre la Biblia, que representa la palabra Divina o la Verdad Revelada por la tradición, y en la izquierda un compás, cuyas puntas apoya sobre el pecho desnudo, símbolo de la plenitud de la conciencia y del perfecto entendimiento de su corazón.

El juramento se hace "en presencia del Gran Arquitecto del Universo y de los hermanos reunidos en la Logia". El reconocimiento de la *presencia del G.'.A.'.* es, pues, su primera condición: el juramento u obligación se contrae individualmente en presencia del Ideal y de las aspiraciones más elevadas de cada uno de nosotros en aquel Principio impersonal que constituye el primer molde, rige el curso y es el Divino Arquitecto de nuestras vidas.

Los hermanos reunidos alrededor del aspirante, con sus espadas juntas, formando una *bóveda de acero* sobre su cabeza, sin que él pueda darse cuenta todavía, con sus propios ojos, de su presencia, son el símbolo de aquellas *presencias* o inteligencias invisibles que se hallan constantemente alrededor de nosotros, sin que nos demos cuenta de ello; mudos testigos de nuestros actos, que nos

vigilan, nos protegen y nos ayudan para llevar a cabo nuestros propósitos y nuestras aspiraciones más elevadas.

La obligación se contrae *libre y espontáneamente*, “con pleno y profundo convencimiento del alma”. He aquí una condición fundamental de su significado y de su validez: no se trata, pues, de una obligación obtenida con lisonjas, promesas o amenazas, con la que uno se liga en contra de su propia voluntad o de sus deseos y aspiraciones, y pueda de tal manera ser constreñido a hacer algo que le repugne, como en cualquier *sociedad secreta* cuya orientación sea diferente de la genuina Tradición Iniciática.

Esto es lo que caracteriza a la Masonería y la diferencia netamente de otras sociedades de diversas finalidades que tengan el secreto como *medio o instrumento* de su actividad. Sus elevados Principios y la lealtad y fidelidad a los mismos que se pide a sus iniciados, a los que quiere hacer *hombres libres* en el sentido más pleno y profundo de la palabra, la ponen para siempre por encima de las críticas interesadas y malévolas que se le han hecho, bajo el pretexto del secreto en el cual se desarrollan sus actividades.

El masón contrae la obligación que lo liga a la Orden por las más elevadas aspiraciones de su alma, con la más plena, libre y espontánea voluntad, y hasta el último momento se lo deja en libertad de retirarse, si así lo prefiere.

LAS TRES OBLIGACIONES

La primera de las obligaciones que contrae con el juramento se refiere a los secretos de la Orden. El recipiendario se obliga a “no revelar a ninguno que no sea un bueno y legítimo masón”. Es la obligación de la discreción en lo que se refiere a toda enseñanza esotérica, para que la misma sea útil y provechosa, por lo cual dicha enseñanza puede darse únicamente a quien esté debidamente preparado para recibirla, es decir, capacitado para entenderla en su real sentido.

Esta obligación está en perfecto acuerdo con las palabras de Jesús: “No deis las cosas sagradas a los perros y no echéis vuestras perlas a los puercos”, y de Buddha: “No turbe el sabio la mente del hombre de inteligencia tarda”, como también en el dicho hermético: “Los labios de la Sabiduría están mudos fuera de los oídos de la comprensión”.

El término *perro* en las palabras de Jesús no significa nada injurioso, siendo una palabra muy usada en Oriente en el sentido de profano o “extraño”; y en cuanto a las *perlas*, nos presenta una imagen muy expresiva de los fragmentos de Sabiduría que el iniciado tiene que reunir cuidadosamente, en el místico silencio del alma, en vez de “echarlos” al mundo de las pasiones, donde ninguno sabría comprenderlos.

La segunda obligación es la promesa de “no escribir”, grabar o formar algún signo por el cual puedan conocerse la *Palabra Sagrada* y los medios de comunicar y conocerse entre los masones. Esta obligación, en su sentido exotérico, está destinada a proteger la *unidad e inviolabilidad* de la Orden, y por ende la continuidad de la Tradición que por medio de ella se trasmite simbólicamente.

Esotéricamente la *palabra sagrada* se refiere más particularmente al místico Verbo o Ideal Divino que cada cual recibe en lo íntimo de su ser para *expresarlo* en actividad constructiva –actividad que será el medio con el cual se le reconocerá exteriormente *como masón* por todos “los buenos y legítimos masones”. Esta *palabra* no debe darse a conocer exteriormente a ninguno, pues perdería su eficacia, así como la semilla pierde su valor vital si se la aparta de la tierra en donde debe germinar.

La tercera obligación es el reconocimiento de los deberes de solidaridad que lo unen con los demás masones por el mismo hecho de haber adquirido la conciencia de su relación para con ellos, que es la *fraternidad.* Debe, pues, considerarlos a todos *como hermanos* y sentirse ligados a ellos por aquella *fraternidad espiritual* que brota de la comunidad de ideales, tendencias y aspiraciones, que es más fuerte y profunda que cualquier otra fraternidad puramente carnal o exterior.

Así se compromete a ayudarlos y socorrerlos hasta donde alcancen sus fuerzas, tanto moral como materialmente. Esto no quiere decir que deba hacerlo con perjuicio de otros, amparando injusticias y acciones deshonestas, sino que debe cumplir para con ellos el primer deber de *humanidad,* haciendo en toda circunstancia todo lo que el amor fraternal y su propio *sentido del bien* le sugieran, y evitando todo cuanto pueda perjudicarles directa o indirectamente.

Antes de faltar a este juramento, el masón prefiere "tener la garganta cortada y la lengua arrancada de raíz", lo que quiere decir *perder el poder de la palabra,* cuya eficacia constructiva y regeneradora depende del *secreto* y de la *veneración* con los cuales se custodia en religioso silencio exterior, para que pueda libremente manifestarse en el interior.

Es el castigo *simbólico* que el indiscreto recibe doquiera naturalmente, como *consecuencia* necesaria de sus propias acciones, cuando haga uso indebido, egoísta o ligero de lo que le ha sido confiado. Comunicando lo que no hubiera debido comunicar pierde o retarda su propia capacidad de expresarlo, así como la capacidad de llegar a una justa y perfecta comprensión de las cosas. El indiscreto y el infiel nunca pueden establecerse en la Verdad, que se envuelve en sus velos más impenetrables y se aleja para siempre de ellos.

Así la lengua se halla efectivamente *arrancada de su raíz,* que no puede ser otra cosa sino la misma Verdad.

LA LUZ

El juramento u obligación que acaba de contraer ante todos y fundamentalmente consigo mismo, como el propósito que lleva a cabo en el testamento, en su vida profana, y con el cual las resoluciones iniciales del mismo testamento se hallan solemnemente *confirmadas y selladas,* hace al recipiendario digno de *ver la luz,* cayéndosele por completo de los ojos la venda de ilusión que le impedía ver la Realidad en sí.

Y *la luz* se le da simbólicamente por dos veces, después de haberlo hecho salir momentáneamente del Templo para que recomponga las irregularidades simbólicas de su vestido.

Habiéndose declarado dispuesto a confirmar su juramento –a falta de lo cual siempre se le concede la facultad de retirarse- cae de sus ojos la venda con la cual hasta ahora había podido ser admitido en el Templo, y ve alrededor de sí, en la semioscuridad del lugar en que se encuentra, a todos los hermanos de pie con la cabeza envuelta en un capuchón negro, y en la mano izquierda una espada dirigida a su pecho.

Estas *espadas* no son, empero, una amenaza: partiendo de la mano izquierda, o sea del lado del corazón, son el símbolo de los pensamientos de todos los presentes, todavía *desconocidos* para él (y por esta razón *velados),* que convergen con benevolencia hacia el neófito y de la concordia de sentimientos con los cuales se lo recibe.

Haciéndole notar que estos hermanos, testigos silenciosos de sus obligaciones (e imagen de las fuerzas silenciosas que nos rodean), están dispuestos a ayudarlo y socorrerlo en el caso de que

cumpla con sus obligaciones, así como a castigarlo como es debido en caso de trasgresión, se le ofrece por última vez la oportunidad de retirarse, y bajo la seguridad de que el juramento pronunciado no le da ninguna inquietud, se le concede *la plena luz:* los hermanos presentes se descubren, bajando sus espadas y quedando en orden, mientras el Templo se ilumina con toda claridad.

Las espadas son el símbolo de todas las *fuerzas desconocidas* que en la vida constantemente favorecen y ayudan a quien permanece constantemente fiel a sus ideales y obligaciones, a pesar de la situación difícil y de las condiciones en apariencia contradictorias en que se encuentre, mientras se convierten en otros tantos flagelos, remordimientos y castigos para quien cede y se asusta, renunciando y faltando al cumplimiento de ellas.

La vida se hace siempre más dura, difícil e insatisfactoria para los que *renuncian* a sus ideales y a sus más elevadas aspiraciones, para los que ceden a la contrariedad aparente de los hombres y de las cosas y se dejan desalentar por su frialdad y falta de cooperación. Nunca y por ninguna razón debe uno renunciar a la *expresión* de su propio Ser más elevado y del Divino deseo que constituye el anhelo de su corazón: son éstos para él, además de un privilegio, una obligación y un deber cuyo perfecto cumplimiento le asegura la investidura de su Primogenitura. Si bien debe uno *saber esperar* con firmeza y confianza, sin que su entusiasmo se entibie o se enfríe, permaneciendo siempre fiel en lo íntimo de su corazón a lo que en él representa el reflejo del propio Verbo Divino y su más elevada visión de la Realidad.

Con esta firme actitud de su conciencia, delante de las pruebas contrarias de la vida, *se hace la luz* gradualmente, en su mundo exterior; las adversidades y los mismos enemigos *se descubren,* y aparecen ahora como “amigos”, habiendo depuesto la *máscara,* o apariencia hostil, que escondían sus semblantes, y toda sombra pavorosa se desvanece de su existencia: es *la plena luz* que pasa libremente desde el interior, y se derrama sobre el mundo externo, una vez que hemos sabido resistir con Fe inalterable, fidelidad y persistencia todas las contrariedades que se nos han presentado.

La luz ha sido siempre considerada como el símbolo más apropiado de la Divinidad y de la Realidad. El mismo San Juan, el apóstol iniciado, nos dice en su primera epístola: “Dios es Luz y en él no hay tinieblas”. *Conocer la luz* es, pues, conocer la Verdad y comunicarse con la misma Divinidad, que es Bien Omnipresente, y hacernos otros tantos Centros o Canales, por medio de los cuales esa Luz se manifiesta en nuestra vida y alrededor de nosotros.

La Luz que el iniciado recibe, como *premio y consecuencia* de sus esfuerzos, es un símbolo de trascendental importancia en todas sus acepciones: *la capacidad* de ver la luz e ingresar en su percepción constituye, pues, toda la esencia y la finalidad de la iniciación.

Restituido a la visión exterior de las cosas, con quitársele la venda que le cubría los ojos, después de haber sido iniciado en la *visión interior* de la conciencia, el candidato experimenta al principio una profunda decepción, en cuanto la realidad exterior se aparece en su aspecto más sombrío y negativo. Pero, aprendiendo a combinar la visión de los sentidos con la íntima visión de la Realidad, adquiere también la capacidad de manifestar y ver exteriormente la Luz de la cual ha adquirido la percepción interior, y la *ilusión* de lo aparente pierde todo el poder para él.

CONSAGRACIÓN

Conducido nuevamente al ara, delante de la cual debe, como antes, disponerse en actitud de acuerdo con la importancia del acto que está por verificarse, se le hacen confirmar nuevamente, al

recipiendario, sus obligaciones, después de lo cual el Ven.·. M.·., con la *espada flamígera* apoyada sobre la cabeza del recipiendario, pronuncia la fórmula de la consagración, acompañada por los *golpes misteriosos* del grado. Hecho esto, lo hace levantar y lo abraza, dándole por primera vez el título de *hermano,* y le ciñe el mandil diciendo:

"Recibid este mandil, distintivo del Masón, más honroso que todas las decoraciones humanas, porque simboliza el trabajo, que es el primer deber del hombre y la fuente de todos los bienes, el que os da derecho a sentaros entre nosotros, y sin el cual nunca debéis estar en la Logia".



La *espada flamígera,* emblema del Magisterio, y el *mandil de piel,* que caracteriza a todo masón, son dos símbolos que merecen toda nuestra consideración.

Encontramos tanto éste como aquélla en los versículos 21 y 24 del tercer capítulo del Génesis, en donde se nos dice que el Eterno hizo *túnicas de piel* para Adán y su mujer y los vistió. Y, después de haber echado fuera al hombre del Jardín del Edén "para que trabajase la tierra", puso en el Oriente del mismo Jardín del Edén a unos querubines, que lucían doquiera una *espada flamígera,* "para custodiar el Camino del Árbol de la Vida".

Es evidente que las túnicas de piel a las que aquí se hace mención simbolizan el cuerpo físico del hombre, del cual se reviste la conciencia individualizada (Adán) y su reflejo personal (su mujer) al ser enviados desde el estado de beatitud edénica (el mundo mental o interior) sobre la tierra (o realidad objetiva) *para trabajarla,* o expresar en ella sus cualidades divinas.

En cuanto a la espada flamígera, que se encuentra con los querubines (ángeles o Mensajeros del Divino en el hombre) al Oriente u *origen* del Mundo Mental o interior de la conciencia, es un símbolo manifiesto del Poder Divino, "que es poder creador" *latente* en todo ser humano, y que es privilegio del Magisterio realizar o recuperar, manifestando así las más elevadas posibilidades de la vida, cuyo Camino *abre* y custodia.

El mandil que recibe, y con el cual se reviste todo masón, es un emblema del mismo cuerpo físico con el cual venimos *para trabajar sobre la tierra,* y con el objeto de adquirir aquellas experiencias que nos transformarán en *artistas* verdaderos y acabarán por darnos el *magisterio* o dominio completo sobre nuestro mundo.

La percepción de este mandil, o *túnica de piel,* como simple vestido o envoltorio exterior, así como de la esencia misma de nuestro ser, es consecuencia de la visión espiritual que hemos conseguido con nuestra búsqueda de la Luz, desde el Occidente de los sentidos al Oriente de la Realidad. Pero esto tampoco debe conducirnos a despreciarlo, por ser parte integrante y necesaria a la perfecta manifestación del hombre en la vida terrestre, mediante la cual ha de ir depurándose y escalando grados en pos de una existencia divina.

LOS GUANTES

Con el mandil se le daban una vez, y se le dan todavía en algunos países, al recién iniciado, *dos pares de guantes,* uno para él y otro para que haga don de él *a la mujer más amada.*

Los guantes blancos son un símbolo evidente de la pureza de las intenciones que debe siempre observar el masón en sus acciones: *hacer el Bien por el Bien mismo,* esforzándose en toda actividad o trabajo, haciendo lo mejor que pueda para la Gloria del G.·.A.·., o sea para la expresión de lo Divino, en vez de dejarse guiar por consideraciones de conveniencia y utilidad material o mirar principalmente el fruto o beneficio directo de la acción. He aquí el significado de los guantes blancos que se le ofrecen, y que él debe cuidar bien de no ensuciar y manchar con el egoísmo y con la esclavitud a las pasiones que embrutecen al hombre.

Con el otro par de guantes, “para la mujer más amada”, la Masonería quiere mostrar cómo su influencia moralizadora, iniciática y regeneradora , debe extenderse también a la mujer, aunque ésta no sea directamente admitida en sus trabajos. Con estos guantes, la mujer que cada recién iniciado reputa más digna de poseerlos ingresa *espiritualmente* en la Cadena de Solidaridad Ideal y Constructiva que la Masonería forma en todo el mundo, como *compañera* del hombre, sin necesidad de pasar por las pruebas de la iniciación.

Así pues, a pesar de que algunos quieran franquearle y otros le nieguen el ingreso en nuestros Templos, la debatida cuestión de la admisión de la mujer en la Masonería se halla ya potencialmente resuelta en su favor, en cuanto por las cualidades que la hacen estimar, queda admitida en esta forma, y adoptada espiritualmente en el seno de la Institución.

En vez de los guantes se usa entregar, en algunos países, *un martillo y un cincel,* símbolos del trabajo que el Aprendiz debe ejecutar sobre sí mismo, despojando las asperezas de la *piedra bruta* que representa su personalidad, y una *regla* “para que nunca se separe de la línea recta del deber”. Estos símbolos son en parte equivalentes y no se necesita discutir el valor de unos preferentemente a los otros: lo esencial es reconocerlos *como símbolos* y poner en práctica su enseñanza alegórica.

LA PALABRA

Habiendo sido consagrado masón, el neófito está ahora en condiciones de que se le comuniquen los signos, marcha y batería del grado, así como *la palabra sagrada* y la manera de darla, junto con los medios de reconocimiento, que constituyen el fundamento de su instrucción.

Estudiaremos en otra parte el significado y el valor de los signos y de la marcha, en cuanto se refieren especialmente a la aplicación de la Doctrina Masónica, contentándose por ahora con ver lo que representa la Palabra para el iniciado que ha recibido la Luz.

El primer versículo del Evangelio de San Juan, sobre el cual se ponen los instrumentos emblemáticos de la Masonería al abrirse los trabajos, nos da la clave del significado de la Palabra en general para el masón. Constituyendo este versículo el fundamento de toda actividad o labor masónica, debemos darnos cuenta de su significado, antes de ver la exacta interpretación en lo particular de la palabra sagrada del Aprendiz.

La afirmación *En el Principio era el Verbo* (o sea la *Palabra)* es eminentemente iniciática, es decir, tal que no puede entenderse sin *ingresar* en el sentido interior de las cosas. Es la comprobación de la Verdad de que *todo se manifiesta desde un Principio Interior o espiritual* llamado Verbo o

Palabra, o sea *afirmación creadora* de su realidad, que lo manifiesta y lo hace *existir* desde el estado de Realidad Inmanente, latente o potencial.

Diciendo "en el Principio era el Verbo" reconocemos el *origen espiritual* de todo lo que vemos, o se presenta de alguna manera delante de nuestros sentidos. De todo sin distinción podemos decir que *en el principio* (o en su origen) era o fue un Verbo, Palabra, Pensamiento o afirmación creadora que la originó. Y como el Verbo, Palabra o Pensamiento no puede ser sino una manifestación de la conciencia, toda cosa exterior tiene un origen interior en el ser en donde tuvo nacimiento primero *como Causa,* cuyo efecto estamos percibiendo.

Y esto debe aplicarse tanto a la creación o formación del Universo desde su Primer Principio (que es Ser, y como tal fundamento de todo lo que *existe,* espacio y tiempo incluidos) como a la particular creación o formación del ser del hombre y de su vida manifestada; todo lo que en ésta aparece hubo de tener su origen en un *verbo* (pensamiento, deseo, aspiración, afirmación o estado de conciencia que es la causa sutil de su existencia, como efecto visible).

Es, pues, de importancia trascendente lo que el hombre *dice, piensa o afirma* aún sólo dentro de sí mismo: con este solo hecho participa consciente o inconscientemente del Poder Creador Universal del Verbo y de su actividad constructiva. Y es privilegio y prerrogativa del masón hacerlo *consciente y sabiamente,* mientras el profano lo hace inconsciente y locamente.

Aprender el *recto uso* de la Palabra y disciplinarse en el mismo: he aquí la tarea fundamental que le incumbe al masón. Con esta disciplina hace su actividad *constructiva* y en armonía con los *planes* del G.·.A.·., es decir, con los Principios Universales de la Verdad.

Hay, pues, una *palabra sagrada,* distinta de todas las palabras profanas que son nuestros errores, pensamientos negativos y juicios formados sobre la apariencia exterior de las cosas; la palabra sagrada es el Verbo, es decir, lo que de más elevado y conforme a la Realidad podemos pensar o imaginar, una manifestación de la Luz que desde el interior nos alumbra, cuya naturaleza es idéntica a esa Luz. Es nuestro Ideal y nuestro concepto de lo que hay de más Justo, Bueno, Hermoso, Grande, Noble y Verdadero; conformando nuestras palabras a este Verbo, pronunciamos la "Palabra sagrada" y decretamos su establecimiento. Pues, como se dijo: "Así mismo decretarás una cosa, y ésta será *establecida en ti,* y sobre tus caminos resplandecerá la Luz" (Job, 22-28).

SIGNIFICADO DE LA PALABRA

La palabra Sagrada, dada por el Ven.·.M.·. que se sienta *al Oriente* simboliza la Palabra Sagrada dada individualmente, a cada uno de nosotros, por el Espíritu de Verdad que igualmente se sienta o mora al Oriente u *origen* de nuestro ser. También representa la *instrucción* que se da o debería darse en la Logia (o lugar donde se manifiesta el Logos o Palabra) y que siempre debe partir *del Oriente* para ser efectiva; es decir, de lo que cada cual puede pensar individualmente de más noble y elevado. Debe ser Luz inspiradora y vida, como lo es la luz del Sol que surge del Oriente material, alumbrando y vivificando nuestro planeta.

A semejanza de la Palabra Sagrada del Aprendiz, que se formula al oído, letra por letra, así debe darse la instrucción masónica: se le da a cada cual un primer rudimento; *la primera letra* de la Verdad, para que meditando y estudiando sobre ella, llegue con su propio esfuerzo a conocer y formular la segunda, que lo hará digno de recibir útil y provechosamente la tercera. De esta manera ha sido y fue comunicada la Doctrina Iniciática en todos los tiempos, siendo el mismo simbolismo masónico *la primera letra* de la mística Palabra Sagrada de la Verdad.

El significado particular de la Palabra Sagrada del Aprendiz es: “EN ÉL LA FUERZA”. Esto quiere decir que el Aprendiz reconoce *por medio de la palabra sagrada*, o sea el Verbo Divino en él, que *la fuerza verdadera* no se halla en el exterior, en el mundo de los efectos, sino *interiormente*, en la Realidad que constituye el Principio Inmanente y Trascendente de todo lo existente.

Esta transformación completa del punto de vista de la conciencia –que distingue al iniciado del profano- no puede ser sino el coronamiento y la consecuencia de su iniciación: es preciso, pues, *ingresar interiormente* en la percepción de la Realidad, para reconocer que la Fuerza está en ella, y no en las cosas aparentes que vemos, estableciéndonos firmemente en este reconocimiento fundamental, como *columna* del simbólico Templo que levantamos y basando sobre este reconocimiento *íntimo y secreto* todas nuestras acciones.

El análisis de la Palabra, en las tres letras hebraicas de que se compone, nos da una guía para realizar el sentido profundo que toman las tres letras en su combinación.

La primera letra se refiere, como es evidente, al cuerpo físico y al *mundo objetivo* que constituyen la morada o habitación del hombre. Estudiando la primera letra, el hombre aprende a conocer la realidad exterior y el mundo de los efectos, y meditando sobre la íntima esencia de esto llegará a reconocer la realidad interior que se esconde tras esta apariencia, representada por la segunda letra que tiene que ser individualmente *encontrada* o descubierta.

Esta representa la *conciencia o mundo interior* que cada uno de nosotros halla en sí mismo, el Mundo Mental, en el cual se expresa individualmente el Ser, produciendo así la causa de todo efecto visible. El descubrimiento o reconocimiento individual de esta segunda letra pone al iniciado en aptitud para comunicársele o recibir la tercera.

El significado de esta última debe relacionarse con lo que ya hemos visto hablando del simbólico instrumento, del cual la misma letra nos presenta admirablemente la forma. Se refiere a las posibilidades del Mundo Divino o Trascendente que se encuentran en el hombre en estado latente, y que pueden manifestarse como un *rayo*, o como el brillo de una espada, ante el ojo de nuestra conciencia, que constituye el punto central o eje de nuestro propio mundo interior, “la luz que ilumina la morada del hombre”.

RESTITUCIÓN DE LOS METALES

La ceremonia iniciática finaliza en el mismo punto en que tuvo su principio: habiéndose hecho sentar al recién iniciado en el lugar que le corresponde, es decir, en el primer puesto al Oriente de la Columna del Norte, para que pueda proceder de allí en el simbólico camino que, *en sentido inverso* a la dirección de sus viajes, le hará realizar en la Logia su progreso masónico; después de la proclamación y del reconocimiento de todos sus hermanos, se le restituyen los *metales*, cuidadosamente guardados, de los cuales había sido despojado al entrar en el cuarto de reflexión.

Es claro que la restitución tiene también un significado simbólico: después de haber aprendido a *pensar por sí mismo*, con el esfuerzo alegórico de los tres viajes; después de haber visto la luz y recibido la Palabra de la Verdad, puede recibir nuevamente las posesiones intelectuales y materiales de que antes tuvo que despojarse para poder emprender el Camino de la Verdad.

Ahora tiene el deber de hacer de las mismas aquel *uso sabio* para el cual solamente se le restituye su posesión, pues todo indistintamente nos ha sido dado y se nos da *para su uso*. No existe posesión de ningún género que podamos retener para siempre: ni nuestras propias creaciones intelectuales, ni tampoco los átomos de que se compone nuestro cuerpo, que están sujetos a un cambio incesante.

Debemos, pues, convertirnos en *canales* sabios y provechosos de todo lo que pasa por nuestras manos, transmitiéndolo como lo hemos recibido, en beneficio de los demás: esto nos lo enseñará el primer uso que hará el recién iniciado de los metales que le han sido devueltos, dando su primera contribución a la Solidaridad Masónica.

PARTE TERCERA

FILOSOFÍA INICIÁTICA DEL GRADO DE APRENDIZ

LA INSTRUCCIÓN SIMBÓLICA

La Palabra Sagrada que se le da al nuevo iniciado después de su consagración y admisión definitiva en la Orden es, como lo hemos visto, un símbolo de *instrucción verbal* sobre los Principios de la Verdad que cada Aprendiz tiene el derecho de esperar de los que se hallan más adelantados que él en el Sendero de la Iniciación.

Siendo la Masonería, en su verdadera esencia tradicional y universal, una Escuela Iniciática, o sea una Academia destinada al Aprendizaje, al Ejercicio y al Magisterio de la Verdad y de la Virtud, es natural que esta instrucción deba ser esperada por parte de los menos adelantados y deba darse por los que se hallan capacitados. Esta *comunión espiritual* de estudios y aspiraciones es la razón por la cual existen las Logias y otras agrupaciones masónicas.

La instrucción debe darse *como se da la palabra:* "al oído", o en *secreto entendimiento* y "letra por letra", es decir, partiendo de los primeros elementos y con la activa cooperación del discípulo, cuyo progreso no depende de lo que reciba, sino de lo que *encuentre por sí mismo,* con sus propios esfuerzos, por el *uso* que hace de la primera instrucción recibida como medio e instrumento para descubrir la Verdad.

Este *método* caracteriza y distingue la *instrucción iniciática* de la *instrucción profana.* Mientras el objeto de esta última es simplemente el de comunicar determinados conceptos o conocimientos, preocupándose menos de la opinión que el discípulo pueda formarse sobre los mismos, que de su capacidad para repetirlos tal como le han sido comunicados. Para la instrucción iniciática esto representa únicamente el *punto de partida;* y *lo esencial* es la opinión que cada cual se forma por sus propios esfuerzos y razonamientos sobre lo que ha recibido.

A una primera comprensión elemental de los Principios o rudimentos de Verdad, que representan la opinión y el resultado del esfuerzo personal del Instructor –la *primera letra* de la palabra de la Sabiduría- debe seguir un período silencioso de estudio y reflexión individual, en el cual el discípulo aprende a *pensar por sí mismo,* avanzando con sus propios esfuerzos por el Camino que se le ha indicado. Este estudio y esta reflexión hallan su maduración en el descubrimiento de la *segunda letra,* que es la que el discípulo debe dar al Instructor, en respuesta de la primera, con objeto de que se le juzgue digno y capacitado de recibir la *tercera,* que es de un género enteramente diferente de las dos primeras.

EL TRIPLE SENTIDO

Las tres letras de la Palabra simbolizan efectivamente el *triple sentido* –exotérico, esotérico y trascendente- de toda expresión simbólica o verbal de la Verdad.

El primer sentido es aquel que corresponde con la presentación *exterior* de determinada enseñanza o Doctrina. En la Masonería esta presentación consiste en símbolos, ceremonias y alegorías que caracterizan a la Orden; en la religión constituye los dogmas, ceremonias y obligaciones exteriores; en la Ciencia está representada por la observación analítica que nos familiariza con las propiedades exteriores de las cosas; en el Arte indica aquel conjunto de reglas y cánones que forman la veste exterior y la *técnica* del artista. Esta es *la letra* que de ordinario se escribe.

Únicamente por medio del esfuerzo personal, con el estudio, la reflexión y la aplicación individual, puede uno llegar al sentido *esotérico* de la verdad, a la Doctrina Interior que se oculta en el simbolismo y en las formas externas. Esta Doctrina Interior es el verdadero *secreto masónico:* el místico o *secreto* entendimiento de la Verdad presentada exteriormente en las alegorías de la construcción y de sus instrumentos. Esta segunda letra no puede, por lo tanto, escribirse, y tampoco la siguiente, que únicamente puede recibirse por el hecho de poseer la segunda.

Así como el masón debe llegar *por sus propios esfuerzos* al conocimiento de la Doctrina Iniciática que hará de él un verdadero filósofo, el mismo camino se halla abierto en el campo de la religión para el metafísico que busca el sentido profundo de los dogmas y símbolos religiosos y el valor operativo de sus ceremonias, cuando se entiendan en su significado espiritual. Así igualmente el sincero y ardiente buscador de la Verdad no se circunscribirá a la observación exterior de los fenómenos y de las leyes que gobiernan su causalidad inmediata, sino que se esforzará en reconocer y encontrar los Principios que los rigen y a los cuales obedecen. Y el artista no será digno de tal nombre hasta que el arte, del que ha aprendido el dominio puramente técnico o formal, no sea capaz de expresar su propia vida y sus sentimientos interiores.

Por consiguiente, en cualquier campo de la vida, tiene uno que progresar constantemente desde un primer conocimiento de lo concreto al *reconocimiento* de lo más hondo que lo inicia *subjetivamente* en la realidad de la cosa conocida. Este paso, simbolizado en la Masonería en el traspaso de la primera a la segunda letra de la Verdad, o del primero al segundo grado de la iniciación, es una preparación necesaria para llegar a la *tercera letra* o tercer sentido de la Verdad, que corresponde al tercer grado de la Iniciación, al Magisterio que da la capacidad de *hablar* o realizar lo que se ha entendido individualmente.

LOS TRES AÑOS

Los *tres años* del Aprendiz y los *tres pasos* de su marcha, en recuerdo de los *tres viajes* de la iniciación, son evidentemente el símbolo del triple período que marcará las etapas de su estudio y de su progreso.

Estos tres períodos se refieren particularmente a las *tres artes* fundamentales (la Gramática, la Lógica y la Retórica) a cuyo estudio debe aplicarse, aunque deba contentarse con dominar únicamente la primera, por ser la perfección en la segunda y en la tercera, respectivamente, el objeto de los Compañeros y Maestros.

La primera entre las siete “artes liberales” –la Gramática- se refiere al *conocimiento de las letras* (en griego *grámmata:* “signos, caracteres o letras”), es decir, de los Principios o elementos simbólicos con los cuales se representa la Verdad. En este estudio es principalmente donde debe demostrarse la capacidad del Aprendiz, que todavía “no sabe ni leer ni escribir” el Lenguaje de la Verdad, sino que se ejercita en el uno como en el otro, *deletreando* o estudiando una por una las *letras* o Principios Elementales a los cuales pueden reducirse y en los cuales puede trazarse el origen de todas las cosas.

También tiene evidente referencia los tres años del Aprendiz con el conocimiento de los tres primeros “números” o Principios Matemáticos del Universo: el número *uno*, o sea la Unidad de Todo; el número *dos*, o sea la Dualidad de la Manifestación, y el número *tres*, o sea el Ternario de la Perfección.

Este *conocimiento filosófico* de los tres números, sobre el cual hablaremos a continuación, es algo de verdadera y fundamental importancia, en cuanto compendia y sintetiza en sí todo el

conocimiento relativo al Misterio Supremo de las cosas. Pitágoras lo expresó admirablemente en las palabras: *la Unidad es la Ley de Dios* (o sea el Primer Principio, la Causa Inmanente y Preantinómica), el *número* (nacido por la multiplicación de la Unidad, por medio de la Dualidad) *es la Ley del Universo, la Evolución* (expresión del Ternario) *es la Ley de la Naturaleza.*

O, según las palabras de Ramaseum de Tebas: *Todo está contenido y se conserva en el Uno, todo se modifica y se transforma por tres: la Mónada ha creado la Díada, la Díada ha producido la Tríada, y la Tríada brilla en el Universo entero.*

LA UNIDAD DEL TODO

La Primera Ley o Principio, cuyo reconocimiento caracteriza y distingue constantemente al verdadero filósofo iniciado, es la de la Unidad del Todo o, como lo decían los antiguos: *En to Pan* - "Uno el Todo". *Todo es Uno* en su Realidad, en su Esencia y Sustancia íntima y fundamental; todo *viene* de la Unidad; todo *está contenido* y sustentado por la Unidad; todo se conserva, vive, es y existe en la Unidad; todo se disuelve y desaparece en la Unidad.

La Unidad está simbolizada naturalmente por el *punto,* origen de la línea recta, del círculo y de toda figura geométrica (el punto superior que, reflejándose en su aspecto dual, representado por los dos puntos inferiores, forma los tres puntos .·. que caracterizan a los masones).

El Punto, en cuanto simboliza la Unidad, es un *centro,* el Centro de Todo, el Centro Omnipresente, en el cual se hallan contenidos, en su totalidad y unidad, el *espacio,* el *tiempo* y todas las cosas existentes. No hay *lugar* en donde no se encuentre y que no sea una manifestación o aspecto parcial de esta Sublime Unidad que constituye la Eternidad y el Reino de lo Absoluto.

Este Todo es evidentemente el *ser,* es decir, *lo que es Ego sum qui sum;* he aquí la definición de la Realidad que constituye el Gran Todo, la Esencia y Sustancia de toda cosa, potencialmente contenido en todo "ser" y parcialmente manifiesta en toda existencia, y en el cual *vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser*.

El conocimiento del Uno (un conocimiento que para ser tal debe superar la ilusión de la *dualidad,* entre "sujeto conocedor" y "objeto conocido", que es la base de todo conocimiento ordinario) es el objeto supremo de toda filosofía y de toda religión: todo conocimiento relativo que se funde en este reconocimiento de la Unidad del Primer Principio tiene su base en la Realidad; toda ciencia o conocimiento que lo descuide no es verdadera ciencia ni verdadero conocimiento, dado que descansa fundamentalmente en la ilusión.

Conocer la Unidad del Todo es, pues, conocer la Realidad, "lo que es" verdaderamente; y no reconocerla, o admitir implícitamente que puede haber *dos* principios fundamentales y antinómicos, o que no hay *unidad e identidad fundamentales* entre dos cosas u objetos en apariencia distintos, significa vivir todavía en el Reino de la Ilusión o en la apariencia de las cosas y no saber discernir entre lo real y lo ilusorio.

La Luz Masónica consiste en este *discernimiento* fundamental, que nos hace progresar constantemente en inteligencia desde el Occidente, que es el Reino de la Ilusión, de la Multiplicidad y de la Apariencia, hacia el Oriente, que es el Reino de lo Real, de la Unidad y del Ser. En el Occidente vemos al Uno manifestado *en diversidad* de seres y cosas distintas, sin aparente lazo o relación entre ellos; mientras que en el Oriente reconocemos *la Unidad en la multiplicidad* (Unidad esencial, sustancial e inmanente, en una multiplicidad aparente, contingente y transitoria) y el *lazo* o relación interior que *unifica* la multiplicidad externa.

Cada punto del espacio es un *centro* y un aspecto del Ser, un Centro o aspecto de esta Unidad, de la que tiende a reproducir en sí mismo las infinitas potencialidades: así pues, en lo infinitamente pequeño está contenido el Misterio del Todo y del Infinito, y en cada aspecto del Ser hay indistintamente todas las posibilidades del Ser y de la Unidad.

LA LÍNEA RECTA

La *línea recta,* producida por el movimiento del punto desde el uno al otro extremo (representados por los dos infinitos), es el emblema de la *vida individualizada,* nacida de la Unidad del Ser, así como de todo movimiento o paso del punto en una infinita sucesión de *puntos,* que caracterizan el Espacio, o de la Eternidad en la infinita sucesión de *momentos* que forman el Tiempo, tal como lo concebimos ordinariamente.

Así como en mecánica la línea recta representa una fuerza y la dirección en que aquélla se aplica, en Masonería representa el *progreso rectilíneo,* que es la resultante de la fuerza individual que se encierra potencialmente en el punto o Centro de nuestro ser aplicada en aquella justa dirección que da como producto natural la *evolución* o "desarrollo progresivo y progresista" de las potencialidades *latentes* en virtudes o poderes *activos.*

Este progreso individual, simbolizado por la línea recta, se halla muy bien representado por la *plomada,* que muestra el *esfuerzo vertical* de cada ser y de toda la Vida en su conjunto, *desde abajo hacia arriba,* desde la gravedad de los instintos y de las tendencias materiales y esclavizadoras, a la atracción de un Poder, de una Ley o Ideal superior, que es la luz del sol para la vegetación y los seres orgánicos, y la Luz interior de la conciencia para el hombre y los seres conscientes. Y este *esfuerzo vertical* es condición necesaria para toda finalidad o efecto *constructivo.*

Así como sin la plomada no sería posible disponer *verticalmente* las piedras en la posición más adecuada para la estabilidad y el progreso de una determinada construcción, tampoco sería posible el progreso individual del hombre si todos sus pensamientos, aspiraciones y acciones no se modelaran sobre una misma línea recta, en sentido opuesto a la gravedad de las tendencias inferiores, y elevándose gradualmente hasta la percepción de sus posibilidades superiores.

Finalmente, la línea recta representa una relación ininterrumpida entre los dos infinitos que marcan sus límites extremos, es decir, entre los dos aspectos antinómicos y complementarios de la Unidad Madre, y nos hace ver una vez más la unidad *fundamental* de la Dualidad *Aparente* en el mundo manifestado.

LA DUALIDAD DE LA MANIFESTACIÓN

Aunque todo sea *uno* en esencia y realidad, todo se manifiesta y aparece como *dos.* Unidad y Dualidad están así íntimamente entrelazadas, indicando la primera el Reino de lo Absoluto, y la segunda *su expresión* aparente y relativa, sin que haya ninguna separación verdadera entre estos dos aspectos (o distintas percepciones) de la misma Realidad.

Así como la Unidad caracteriza al Ser (en el cual no puede haber ninguna diferencia o antinomia), así igualmente la Dualidad expresa la existencia en sus múltiples formas, *entretejidas,* por así decirlo, *en los pares de opuestos,* que constituyen el sello que marca el mundo de los efectos y la Ley que gobierna toda manifestación.

La dualidad empieza en el dominio mismo de la conciencia, con la distinción entre "yo" y "aquello", entre sujeto y objeto (sujeto conocedor y objeto conocido), constituyendo así el fundamento de todo nuestro conocimiento y experiencia, tanto inferior como exterior. No debe, pues, maravillarnos que, estando el sentimiento de la dualidad tan fuertemente arraigado en la ilusión de nuestra personalidad, nos sea difícil sustraernos de la misma y llegar así a la perfecta conciencia de la Unidad trascendente del Todo, en la cual la ilusión de la dualidad –que forma la base de nuestro pensamiento ordinario- está *superada* por completo.

Tenemos *dos ojos* para ver, a los cuales corresponden *dos* oídos y *dos* distintos hemisferios cerebrales, como instrumentos orgánicos de nuestra inteligencia, y *dos* manos y *dos* pies, instrumentos de nuestra voluntad. Y como nuestro pensamiento ordinario se basa sobre lo que vemos y oímos, es evidente que nuestra visión exterior de las cosas deba ser invariablemente "marcada" por esta *dualidad,* místicamente simbolizada por el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, comiendo de cuyo fruto se pierde momentáneamente la conciencia de la Unidad, que sin embargo constituye nuestra Sabiduría instintiva y primordial (anterior a la *caída* en el dominio dual de la conciencia material).

Solamente cuando aprendemos, por medio del *discernimiento* y de la abstracción filosófica, a *unificar* los dos aspectos de nuestra visión exterior por medio del ojo *simple* de nuestra conciencia interna, llegamos al conocimiento de la Realidad (que es conocimiento de la Unidad), y la ilusión de la Dualidad y de la Multiplicidad pierde enteramente el poder que ejerció sobre nosotros.

Entonces el "yo" se identifica con "aquello", el sujeto con el objeto, el *conocedor* con lo *conocido,* y se desgarra para siempre el velo detrás del cual Isis (el Misterio Supremo de la Naturaleza) se esconde a la vista profana. Pero, mientras tanto, el Velo de la Ilusión permanece tendido *entre las dos columnas,* y la ciencia ordinaria –la ciencia que se basa sobre la observación y la experiencia que nos vienen de la ilusión de los sentidos- es impotente para levantarlo.

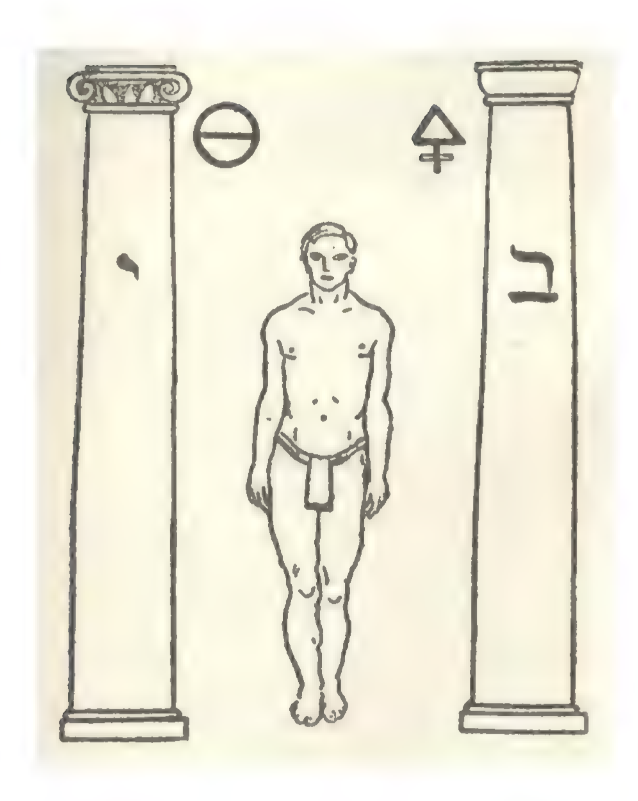
LAS DOS COLUMNAS

Las dos columnas que se encuentran *al occidente y a la entrada* del Templo de la Sabiduría son el símbolo del aspecto dual de toda nuestra experiencia en el mundo objetivo o Reino de la Sensación.

Representan los dos principios complementarios, *humanizados* en nuestros dos ojos, en la dualidad manifiesta en casi todos nuestros órganos, en los dos lados, derecho e izquierdo, de nuestro organismo, y en los dos sexos que integran la especie humana y se reflejan en todos los reinos de la vida y de la naturaleza.

Cósmica corresponden a los dos Principios de la Actividad y de la Inercia, de la Energía y de la Materia, de la Esencia y de la Sustancia, representados por el *azufre* y la *sal* en el cuarto de reflexión y, metafísicamente, por los dos aspectos masculino y femenino de la Divinidad, que como Padre y Madre celestes, como *dioses y diosas,* y en sus aspectos particulares, se encuentran prácticamente en todas las religiones.

El reconocimiento individual de la Divinidad, bajo el aspecto de Padre o de Madre, parece haber sido instintivo doquiera que la religión ha sido verdaderamente *vivida.* Siempre ha sido más fácil establecer aquella individual relación con la Divinidad, revelada por la primera pregunta del testamento masónico, considerándola como el Principio de Vida, *activa y constantemente en nosotros,* más bien que como un Principio Abstracto, alejado de nuestra percepción y experiencia directa, que hace exclamar a las almas más sencillas, como a la Magdalena: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo pusieron".



El Principio de Vida es, pues, en nosotros, nuestro Padre y nuestra Madre, y el Padre-Madre del Universo y de todos los seres. Algunas religiones dan más importancia a uno o a otro de estos dos aspectos, en realidad complementarios e *inseparables* de la Única Realidad. No es éste el lugar apropiado para hacer un estudio más detallado sobre este interesantísimo tema, y sólo nos contentamos con transcribir, sobre el valor preferente de uno u otro concepto, las palabras de un culto y sabio orientalista contemporáneo: "El Padre y la Madre no riñen entre sí (por la adoración o *reconocimiento interior* del uno o de la otra), aunque sus *hijos* puedan hacerlo".

ESPACIO Y TIEMPO

Por lo que se refiere al dominio de lo manifestado, o Macrocosmo, las mismas dos columnas pueden considerarse como símbolos del *espacio* y del *tiempo,* o sea de las dos realidades fundamentales sobre las cuales parece haber sido fundado y descansar el Universo que conocemos.

Espacio y Tiempo, lo mismo que la Energía y Materia, son las realidades últimas que admite la ciencia positiva como condiciones indispensables de toda existencia física, haciendo abstracción de las cuales nada de lo que existe y se percibe objetivamente pudiera ser concebido. Y aunque en la teoría einsteiniana se unifiquen (haciendo del tiempo una cuarta dimensión del espacio) y se trate de poner en evidencia su *relatividad,* siguen constituyendo los cimientos inalterables, el marco primordial y el presupuesto *relativamente* invariable de nuestro (-) Templo Cósmico.

Como *dualidad* no son, en realidad, otra cosa, sino dos aspectos complementarios de un Principio Único, al que *revelan* objetivamente, y del que expresan respectivamente la Inmanencia y la Transición: el Espacio es, pues, en el fondo, sólo un *aspecto* relativo del Ser, que todo contiene y comprende, por el hecho de que todo *es;* y el Tiempo es otro aspecto de esa Suprema Realidad, considerada como dinámico manantial del Gran Flujo cósmico.

Y si queremos considerar al Tiempo y al Espacio como un solo elemento *contenedor,* por así decirlo, de toda manifestación objetiva, tendremos en el Tiempo-Espacio una de las dos columnas de la Dualidad básica del Templo de la Naturaleza, siendo la integral Energía-Materia la otra

columna o elemento que constituye la suma de todas las fuerzas o apariencias que obran, se asientan o establecen dentro del primer elemento.

De cualquier manera consideremos el universo y sus elementos formadores, no nos será posible evitar un concepto fundamentalmente *dual* de esos primeros elementos: podemos reducir el Tiempo al Espacio, considerándolo como un aspecto de éste, y la Materia a la Energía (o recíprocamente), pero, si queremos llegar a la *unidad,* hemos de trascenderlos a ambos, y ningún otro elemento pudiera constituir la síntesis suprema fuera del mismo Ser que todo lo es, y constituye la Unidad de Todo.

Dado que el *aspecto dual* del Universo y del mismo Primer Principio que lo origina se encuentra con las dos columnas *al Occidente y al ingreso* del Místico Templo de la verdadera Ciencia, es natural que este aspecto deba ser superado. Y, efectivamente, al Oriente las dos columnas (representadas por el Sol y la Luna) se unifican en el Delta, del cual hablaremos más adelante, así como el *azufre* y la *sal* se sintetizan en el *mercurio,* que reintegra en la conciencia del hombre la Unidad de la Vida, dividida en la manifestación.

EL ÁNGULO

El ángulo, en el cual dos líneas distintas parten de un único punto originario, divergiendo al prolongarse, según más se alejan de su origen, representa otra imagen característica de la *dualidad,* proveniente de una unidad preantinómica e inmanente, en la cual tiene su origen y su raíz.

El punto central en el cual se juntan y del que parten las dos líneas divergentes corresponde al Oriente, o Mundo de la Realidad, en el cual todo permanece en estado de Unidad Indiferenciada e Indivisible; la parte opuesta corresponde al Occidente, el dominio de la realidad sensible, en la cual la misma Realidad Trascendente aparece dividida o separada en los dos Principios simbolizados por las dos columnas.

Mientras la manifestación procede constantemente del Oriente al Occidente, o sea del dominio de la Realidad al de la apariencia, de la Esencia a la Sustancia, del Ser a la Forma y del Espíritu a la materia, el conocimiento o progreso iniciático, representado por la Luz Masónica, procede en sentido contrario, *desde el Occidente al Oriente,* o sea desde los extremos del ángulo hacia su *origen.* (Véase aquí el estrecho parentesco entre las palabras *oriente y ori-gen,* derivadas las dos del verbo latino *orior,* "surgir, manar, levantarse").

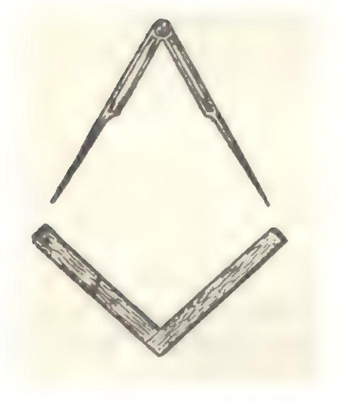


ESCUADRA Y COMPÁS

La *escuadra* y el *compás,* separadamente, o bien unidos en la forma conocida y usada como símbolo masónico, nos presentan dos distintos *ángulos,* móvil el uno y con vértice hacia arriba y hacia el Oriente; fijo y octogonal el otro, con el vértice dirigido hacia abajo o hacia Occidente.

El ángulo recto, formado por la escuadra, es el emblema de la fijeza, estabilidad y aparente inexorabilidad de las Leyes Físicas que gobiernan el Reino del Occidente o de la Materia. Los dos principios o *lados* que concurren a definirlo se encuentran siempre a la misma distancia angular de 90 grados, que corresponde a la cuarta parte de la circunferencia (que, de por sí, representa la Unidad dentro del ciclo de la *continuidad)* y al ángulo del cuadrado. La escuadra es, pues, otro símbolo de la *crucifixión* de la cual debe libertarse *rectificando* y dirigiendo *hacia el centro* todos sus esfuerzos.

El ángulo recto es también el símbolo de la lucha, de los contrastes y de las oposiciones que reinan en el mundo sensible, de todas las desarmonías exteriores, que deben enfrentarse y resolverse en la Armonía que viene del reconocimiento de la *unidad interior.* Y el compás es el símbolo de este reconocimiento y de esta armonía, que debe juntarse con la escuadra y dominar el mundo objetivo por medio de la comprensión de una Ley y de una Realidad Superior; por medio de su ángulo de 60 grados, en el cual se halla ordinariamente dispuesto (el ángulo del triángulo equilátero), muestra el *ternario superior* que debe dominar sobre el *cuaternario inferior,* o sea el perfecto dominio del Cielo sobre la Tierra.



CIELO Y TIERRA

El *cielo* y la *tierra,* indicados emblemáticamente por la escuadra y el compás, y entrelazados de la misma manera el uno con el otro, por ser *aspectos* respectivamente *superior* e *inferior* de una misma cosa, no representan más que el Oriente y el Occidente, con los cuales ya nos hemos familiarizado interpretando el valor esotérico de la Ceremonia de Iniciación.

El Cielo, o sea el Mundo de la Realidad Trascendente, se presenta a nuestra conciencia por medio del uso del *compás* o de la facultad comprensiva y comparativa de la mente que conduce al estudio de las analogías, a la inducción y generalización de las ideas, con las cuales se llega progresivamente desde lo relativo a lo absoluto.

La Tierra, o sea el Mundo de la Apariencia o Realidad Objetiva, se nos presenta igualmente por medio de la *escuadra de la razón,* o inteligencia concreta y racional, que marca los límites fijados por sus leyes, por medio de la lógica y del juicio, con un determinismo del cual aparentemente no podemos escapar.

Sin embargo, el Camino de la Libertad se encuentra *aquí mismo,* por medio del *uso* de estas leyes en su aspecto progresista y constructivo según nuestras *aspiraciones verticales,* indicadas por la plomada.

Aquí cabe citar otra vez el axioma hermético que hemos indicado a propósito del “cuarto de reflexión”: *visita interiora térrea: rectificando invenies occultum lapidem.* Debemos ingresar *dentro* de la realidad del propio mundo objetivo, y no contentarnos con su estudio o examen

puramente exterior: entonces, *rectificando* constantemente nuestra visión y los esfuerzos de nuestra inteligencia (como lo muestra la cuidadosa rectitud de los tres pasos de la *marcha* del aprendiz) llegaremos al uso del compás junto con la escuadra, o sea el conocimiento de la Verdad que nos libra de la Ilusión.

LAS LÍNEAS PARALELAS

Así como el punto con su movimiento directo engendra una línea recta, así también los dos puntos, moviéndose en una misma dirección rectilínea, producen las dos paralelas, otro símbolo característico de la dualidad, o sea de los dos principios cuya actividad procede *paralela y complementariamente*, a imagen de los pares de ruedas que sostienen un vehículo y de los rieles sobre los que se apoyan.

Veremos nuevamente este símbolo de las paralelas, y otros de los cuales hemos aquí tratado sumariamente, en el grado de Maestro, limitándonos por ahora a decir algo más sobre lo que puede significar para el Aprendiz.

Dos paralelas son efectivamente los dos Caminos del Norte y del Sur, que se recorren en los viajes de ida y regreso entre el Occidente y el Oriente, y corresponden a las dos columnas en las cuales se sientan respectivamente los Aprendices y los Compañeros. Y el cuadrilongo que constituye el Templo Masónico está comprendido entre esas dos paralelas, delimitadas respectivamente en sus extremos oriental y occidental.

A cada viaje de ida o *progreso* desde el Occidente al Oriente, corresponde, pues, un igual viaje de vuelta o *regreso,* desde el Oriente al Occidente, *paralelo* éste al primero, pero dirigido en sentido inverso.

Los dos caminos paralelos de que acabamos de hablar no existen tan sólo simbólicamente dentro del cuadrilongo de la Logia, sino que también se pueden observar de muchas maneras sobre nuestro planeta. Por ejemplo, como corrientes magnéticas, que van respectivamente del Oriente hacia el Occidente y recíprocamente, producidas por el movimiento de la tierra dentro del campo magnético determinado por la radiación solar, a las que se deben las desviaciones de la brújula.

Así obran todas las fuerzas del Universo, según la Ley de la Dualidad, *paralelamente, pero en sentido inverso* la una con relación a la otra, prevaleciendo por un lado el movimiento *centrífugo* o de extensión desde el interior a lo exterior, y por el otro el movimiento *centrípeto* de construcción, desde el exterior al interior. Este origina la *gravedad,* aquél la *gravitación,* dos formas distintas de la Fuerza o Principio de Atracción.

Lo que es activo *interiormente* es pasivo *exteriormente,* y viceversa. Así debe entenderse el valor de las columnas, a menudo confundido y malinterpretado por la falta de comprensión de esta Ley de Compensación, a consecuencia de la cual ambos principios (activo y pasivo) se hallan presentes en cada uno de los dos aspectos, pero obrando en sentido inverso el uno con relación al otro.

LOS PARES DE OPUESTOS

La actividad en dos *corrientes* o sentidos inversos de los dos Principios, parangonable al flujo y al reflujo de las mareas, original los pares de opuestos que se observan doquiera en el mundo fenoménico o *exterior,* como en el de la experiencia psicológica o *interior*.

Así la luz, emanación activa y positiva, efecto del movimiento centrífugo o expansivo, se opone a las tinieblas, que pueden considerarse como falta de luz o luz negativa, efecto de un movimiento centrípeto o de absorción, desde lo exterior a lo interior. La primera tiene, pues, una correspondencia moral con la Sabiduría, el Amor y el Altruismo, que es deseo de *dar;* la segunda se relaciona con la Ignorancia, la Pasión y el Egoísmo, que es deseo y voluntad de *recibir*.

Lo mismo puede decirse del calor y del frío: el primero hace dilatar los cuerpos y los conduce a superar sus limitaciones moleculares, desde el estado sólido al líquido, de éste al gaseoso, y del gaseoso al estado radiante, libertando a los átomos progresivamente de la esclavitud dentro de las moléculas, así como de la Ley de Gravedad; mientras el segundo, haciendo volver al estado líquido los gases y solidificando los líquidos, los sujeta siempre más estrechamente a una forma definida, limitando sus posibilidades de movimiento.

En el campo moral el calor tiene una evidente analogía con el *entusiasmo,* o llama interior que nos inflama para cualquier intento que sea expresión de nuestro ser y de nuestros íntimos deseos; mientras el frío está constituido por las consideraciones materiales y el poder de la ilusión que limitan, paralizan, esclavizan y entorpecen nuestros esfuerzos.

Lo mismo puede decirse, en el plano físico, de la electricidad positiva y negativa, de las acciones y reacciones moleculares, de las dos propiedades opuestas de la actividad y de la inercia, de la afinidad química que obra en ambos sentidos, y de los diferentes tropismos visibles tanto en el mundo orgánico como en el inorgánico. Y en el mundo moral de los diferentes impulsos que nos animan, de nuestros pensamientos e inclinaciones positivos y negativos, y que nos hacen, respectivamente, activos y pasivos.

El Bien y el Mal, la Belleza y la Fealdad, la Vida y la Muerte, la Fortuna y la Desgracia, la Verdad y el Error, el Vicio y la Virtud; he aquí otros tantos pares de opuestos que dominan en el mundo relativo, siendo *relativos* desde el punto de vista de la conciencia en que se consideran, existiendo cada uno de ellos únicamente *en relación* con el otro, y disolviéndose todos en la diáfana perfección del Absoluto.

Estos pares de opuestos están simbolizados por los *cuadros blancos y negros* del pavimento en mosaico que parte de las dos columnas. El eterno conflicto, que parece constituir la misma esencia de la vida, ha sido simbolizado por las diferentes religiones en la lucha entre los dos Principios del Bien y del Mal: el Dios Blanco y el Dios Negro, el Principio de la Vida y el de la Actividad, Brahma el Creador y Shiva el Destructor, Ormuz el Principio de la Luz y Arimán el Principio de las Tinieblas, Zeus y Cronos o Júpiter y Saturno, Jehová y Shaitán, Osiris y Tifón entre los egipcios, Baal y Moloc entre los fenicios.

Dioses blancos y dioses negros, o ángeles y demonios, existen prácticamente en todas las religiones, símbolos evidentes del *impulso evolutivo* y *progresista* de las aspiraciones superiores del hombre y de la *inercia o gravedad* de los instintos y tendencias inferiores. Así pues, el Armageddon o batalla celeste entre los espíritus de la Luz y los espíritus de las tiniebla, o sea entre las Fuerzas Evolutivas y Libertadoras y las Fuerzas Evolutivas y Esclavizadoras, es una realidad psicológica universal de todos los tiempos.

Pero no menos cierto que las dos fuerzas opuestas, los dos principios que constantemente trabados en una lucha encarnizada, son dos distintos aspectos o manifestaciones de una sola y misma Realidad, cuyo reconocimiento nos hace superar el punto de vista de la lucha y del conflicto, y nos establece en el *punto central* de la Armonía que hace de todo *una Cosa única.*

Diabolus est inversus Dei: no es una realidad en sí misma, sino el aspecto o contraparte negativa de la manifestación positiva de la única Realidad. El conflicto entre el Bien y el Mal y el poder de éste sobre nosotros cesan cuando reconocemos a aquello como la única Realidad y el único Poder, y vemos en esto tan sólo una apariencia ilusoria desprovista de realidad y poder verdaderos.

EL TERNARIO

Todo par de elementos o principios opuestos y complementarios encuentra un tercer elemento, el *intermediario equilibrante* o Principio de Armonía, reflejo en el mundo de lo relativo de la Unidad Preantinómica originaria.

Así cesa el conflicto de los dos opuestos y la Dualidad se hace fecunda y se resuelve en impulso evolutivo, *constructivo y progresista.*

El Padre y la Madre engendran al Hijo, Osiris e Isis engendran a Horus, y el Azufre y la Sal producen el Mercurio; Vishnú, el Conservador, se establece entre Brahma el Creador y Shiva el Destructor; el Arquitrabe se levanta sobre las dos columnas y origina la Puerta; el Hombre, o sea la Criatura Perfecta, nace de la unión del Cielo con la Tierra, realizando la mística unión y la expresión de lo Superior con lo Inferior.

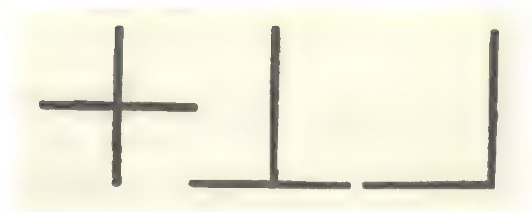
$$2 + 1 = 3$$

Todo Ternario resulta de una Dualidad, a la cual se le agrega una nueva Unidad del mismo género, que puede considerarse como la resultante de la unión de los elementos constitutivos del Binario o Dualidad.



Así, por ejemplo, toda vez que nos esforzamos en *unir* los dos lados o líneas divergentes del ángulo por medio de una nueva línea horizontal, obtenemos como resultado *un triángulo,* es decir, la primera y más sencilla de las figuras geométricas.

En el campo de las ideas, la Verdad se encuentra una vez examinada la *tesis* y la *antítesis,* el *pro* y el *contra* sobre un asunto determinado, que nos conduce a la *solución* del problema que nos ocupa, con la *síntesis* de los argumentos favorables y de los contrarios.



La *escuadra,* que es uno de los símbolos fundamentales de nuestra Institución, nace de la unión de la perpendicular con el nivel. Lo mismo puede decirse del Mallete, que no es otra cosa sino la Tau de los antiguos iniciados, y lo mismo igualmente de la *cruz* formada por la unión de una línea vertical con la horizontal.

En los tres casos, la vertical es el símbolo del Principio Activo *o masculino*, que corresponde al azufre de los alquimistas y puede considerarse como el Padre del Universo; la horizontal representa análogamente el Principio Pasivo o *femenino,* la sal de los alquimistas, o sea la Madre del Universo. Y la unión de los dos forma un nuevo elemento o Principio que hace fecundas y constructivas las posibilidades de los dos primeros, realizando la Armonía y originando el Ritmo y el Movimiento.

Esto resulta evidente por la *svástica,* o cruz en movimiento, símbolo antiquísimo como universal, que representa la Vida que anima a los cuatro elementos, nacidos por la unión de los dos elementos primordiales en la cruz. La Vida representada por la svástica es el mismo *mercurio* de los filósofos, o sea el Hijo del Padre y de la Madre celestes.



Otros significados del Tau y de la Cruz pertenecen a grados diferentes del de Aprendiz, y de ellos hablaremos en su lugar.

LOS TRES PUNTOS

Los *tres puntos* masónicos constituyen el más simple y característico emblema del Ternario. Eligiendo este símbolo juntamente con la escuadra y el compás, como distintivo de la Orden, los Fundadores de la misma dieron prueba de una perspicacia y sabiduría que quien conoce el valor oculto de las cosas nunca puede negarles.

Estos tres puntos sintetizan admirablemente el Misterio de la Unidad, de la Dualidad y de la Trinidad, o sea el Misterio del Origen de todas las cosas y de todos los seres.

●

● ●

Encontramos estos tres puntos, armónicamente juntos y diferenciados en una Unidad Oriental y una Dualidad Occidental, en las tres Luces del Ara, en torno del Libro de la Tradición que llega a través de los siglos la Eterna Verdad, y de los *instrumentos* que se necesitan para comprenderla y aplicarla.

El punto superior representa, como es evidente, la Unidad Fundamental o Primer Principio Preantinómico, Originario e Inmanente, del cual todo tuvo nacimiento. Es el Absoluto, el *Ain-Soph* cabalístico, que existe “en principio”, y en el vual existen en *principio* todas las cosas.
Brahma, Vishnú y Shiva, el Creador, el Conservador y el Destructor del Universo; Osiris, Isis y Horus, o sea el Padre, la Madre y el Hijo, forman *en Él* una sola persona y un solo ser, una única indivisible Realidad. Es SAT “lo que es” el fundamental Principio *inmanente y trascendente* de toda existencia, el Fulcro Central Inmóvil que es Origen y Principio de la Creación.

Los dos puntos inferiores son, igualmente, una imagen de la Dualidad; los mismos dos Principios que representan las dos columnas, de cuya unión y de cuyas múltiples acciones y reacciones aparece producida la *multiplicidad fenoménica* del Universo. Cada uno de ellos es un distinto aspecto de la Unidad Primordial Originaria, que permanece *indivisa e indivisible* en su dúplice aparente manifestación: el uno existe en cuanto existe el otro, y los dos se resuelven en el Principio Fundamental del cual tuvieron nacimiento. Y efectivamente, si hacemos acercar los dos puntos inferiores, con movimiento igual, al punto superior, se aproximan igualmente el uno al otro, y cuando se juntan con éste, también se juntan mutuamente.

Si trazamos dos líneas entre el punto superior y los dos puntos inferiores, obtenemos el *ángulo* que expresa, con sus dos lados emanados de un único vértice, esta misma dualidad de los dos Principios, emanaciones o aspectos de un solo Principio Originario.

Y si trazamos otra línea que una los dos puntos inferiores, obtenemos el *triángulo,* cuya base, uniendo a los dos elementos, representa el tercero, que reproduce en sí, en el mundo de lo relativo, *un nuevo aspecto* contingente de la Unidad Preantinómica Absoluta.

Así los tres puntos muestran aisladamente los tres Principios que constituyen la Unidad Originaria y la Dualidad de la manifestación. Y la *Unión* de los tres puntos, por medio de tres líneas, evidencia los tres Elementos primordiales –el *azufre,* la *sal* y el *mercurio,* o el Padre, la Madre y el Hijo- que hacen fecunda y constructiva la actividad de los tres Principios.

Mientras el punto superior corresponde al Oriente y al Mundo absoluto de la Realidad (y, en la Logia, al Delta, emblema de la Unidad triunitaria), los dos puntos inferiores corresponden al Occidente, o sea al Mundo Relativo, que es el dominio de la apariencia, y en la Logia a las dos columnas emblemáticas de la Dualidad.

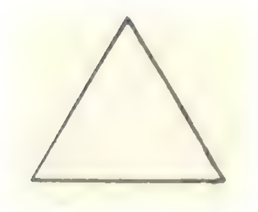
Y el *progreso masónico* se halla también aquí indicado sintéticamente, con el progreso de la inteligencia, que se levanta sobre el dominio de la mente concreta (Reino de la Dualidad y de los pares de opuestos), estableciéndose en el sentimiento y en la conciencia de la Unidad fundamental de todo y de la identidad esencial de todos los seres, por medio de las facultades superiores de la Inteligencia, que se basan sobre la Unidad, de la misma manera que la mente concreta basa su lógica y sus juicios en el sentido de la Dualidad.

EL TRIÁNGULO

El triángulo, la figura geométrica resultante de la unión de tres puntos por medio de tres líneas rectas, y más particularmente el *triángulo equilátero* o regular, cuyos tres lados y ángulos son iguales, ha sido siempre considerado como un símbolo de Perfección, Armonía y Sabiduría, y, por ende, de lo celestial y Divino.

Un triángulo equilátero es, en esencia, el Delta Luminoso que se encuentra al oriente en todas las Logias Masónicas. El ojo que se halla en su centro es el símbolo de la conciencia del ser que es el primero y fundamental atributo de la Realidad.

Nada mejor que este símbolo puede expresar la Realidad y su manifestación ternaria en los tres lados que lo constituyen y nada más apropiado para ponerse en aquel simbólico Oriente, en el cual únicamente la Realidad puede ser encontrada.



Desde el triángulo, que forma el Delta propiamente dicho, irradian en sus tres lados otros tantos grupos de rayos que se terminan en una corona de nubes.

Los *rayos* simbolizan la *fuerza expansiva* del Ser, que desde un punto central infinitesimal se extiende y llena el espacio infinito. Y las nubes indican la *fuerza centrípeta,* que se produce como *reflujo* natural de la primera, con movimiento de contracción que engendra la *condensación* de las fuerzas irradiadas.



Desde el Principio o Unitario del Ser (representado por el Delta) se manifiesta, pues, una doble corriente positiva y negativa, formada por los dos Principios, cuya actividad está relacionada y regulada por el *ritmo* que los une, como *intermediario* equilibrante.

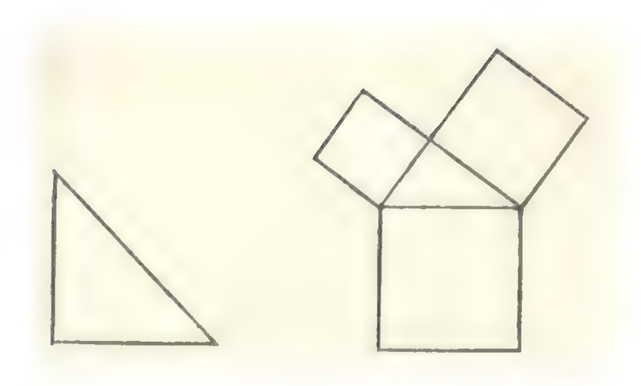
TEOREMA DE PITÁGORAS

Otro triángulo que tiene una especial importancia en el simbolismo masónico es el *triángulo rectángulo,* representado por la *escuadra,* instrumento de *medida y rectificación* del mundo concreto o de la realidad visible. Mientras el triángulo equilátero muestra más bien el esfuerzo de nuestra inteligencia para relacionarse con los Principios y el Mundo de las causas, la escuadra indica la inteligencia racional que se limita al estudio de los fenómenos y del Mundo de los Efectos, representando la *norma* [1] o regla que debe guiarnos para proceder *rectamente* en el estudio y en la acción.

La importancia del triángulo rectángulo se evidencia en el famoso teorema de Pitágoras, cuyo valor no se limita a la geometría ordinaria, y como tal se le encuentra entre los símbolos masónicos.

El estudio de la trigonometría nos hace ver la importancia excepcional del triángulo en general, en relación con las demás figuras geométricas (todas pueden reducirse o descomponerse en triángulos), y la aplicación universal de sus propiedades.

[1] En latín *norma* significa "escuadra".



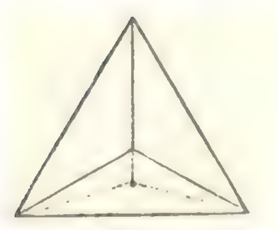
El mismo cuadrilongo que constituye la Logia se resuelve diagonalmente en dos triángulos rectángulos, y otro triángulo rectángulo debería resultar de la unión de los tres lugares que corresponden a las tres Luces en su justa y exacta posición.

Tampoco debe olvidarse la propiedad característica de los triángulos, cuyos tres ángulos forman siempre dos ángulos rectos, es decir, el ángulo cuyos dos lados se continúan *en línea recta,* siendo así aquella figura geométrica la expresión ternaria circunstanciada de las infinitas posibilidades representadas por la línea recta, que es un punto *en movimiento* en el infinito.

TETRADA Y TETRAEDRO

Cuatro triángulos unidos por sus tres lados, de manera que cada uno de ellos esté, por cada uno de sus lados, en unión con los tres restantes, forman las cuatro caras del *tetraedro* o pirámide triangular, el primero y fundamental entre los cinco sólidos regulares[1].

Cuatro caras y cuatro vértices –respectivamente triangulares y triedros- concurren a formarlo y muestran cómo el *ternario* se resuelve y concreta, dentro de las tres dimensiones espaciales, en un *cuaternario,* originando aquella Tétrada "Manantial Perenne de la Naturaleza", de la cual habla Pitágoras.



En el tetraedro, los tres principios o elementos (Azufre, Sal y Mercurio, o Padre, Madre e Hijo), provenientes de la Unidad Primordial (el *vértice superior* del tetraedro) y representados por las tres caras, se juntan íntimamente entre sí, formando un *ángulo triedro,* cuya delimitación inferior, por medio de la intersección de un plano, forma un nuevo triángulo, *manifestación* en el mundo de la materia de los tres principios.

Si nos ponemos del lado de este último triángulo, y buscamos en él *el reflejo* del Vértice Originario, la Unidad Madre, que se halla del otro lado, obtendremos otra vez la imagen del *Delta,* siendo el *punto* reflejado por el vértice el *ojo sagrado* de éste.

Y si nos fijamos en las cuatro líneas que unen los cuatro vértices en el *centro* de la figura, obtendremos una *estrella de cuatro puntas,* una dirigida hacia arriba, hacia el origen, y las restantes

[1] Dado que los otros cuatro sólidos regulares pueden precisamente resolverse en tetraedros.

hacia abajo, hacia la Manifestación, otra imagen de la relación del Principio Único Originario con el ternario que lo expresa en el mundo sensible.

TRINIDADES Y TRILOGÍAS

El estudio del número *tres* no sería completo sin un examen de las diferentes *trinidades y trilogías,* de orden filosófico, religioso y moral, que se le relacionan.

Encontramos trinidades y trilogías en todas las religiones y en todas las filosofías, en todos los pueblos: bajo diferentes nombres se halla una misma realidad, un mismo reconocimiento diferentemente expresado. La trinidad más simple y fundamental de Padre-Madre-Hijo se encuentra en la religión egipcia con los nombres de Osiris-Isis-Horus, en la brahmánica como Nara-Nâri-Virâj, o Shiva-Shakti-Bindu, en Caldea como Anu-Nuah-Bel y otras trinidades equivalentes. En el cristianismo, la Madre desaparece teóricamente para dar lugar al Espíritu Santo, pero se conserva prácticamente en el culto de la “Madre de Dios” (sea cual fuere la definición teológica particular de este culto), parangonable en todo a la adoración que se tributaba a Isis en Egipto y a la que hoy se tributa a la diosa Kali o Shakti (el aspecto femenino o poder de Shiva) en la India.

Filosóficamente, el Azufre, la Sal y el Mercurio, como Principios constitutivos del Universo o Fuerzas Creadoras primordiales (análogas a Padre-Madre-Hijo), encuentran una perfecta correspondencia en los tres *gunas* Rajas-Tamas-Sattva, o sea Actividad-Inercia-Ritmos, correspondientes el primero a la *fuerza centrífuga* o Principio de Expansión, el segundo a la *fuerza centrípeta* o Principio de Contracción, y el tercero a la *fuerza equilibrante* o Principio del Ritmo ondulatorio.

Brahma, Vishnú y Shiva, de la trinidad brahmánica, deben entenderse como correspondientes a los tres siendo Vishnú, como conservador, el principio *equilibrante* entre los dos opuestos; Brahma como Creador, la fuerza *expansiva;* y Shiva como Destructor, la fuerza de *contracción* que vuelve en sí misma.

También en la filosofía índica encontramos la definición del Ser Supremo como Sat-Chit-Ananda, o sea: Ser o Realidad, Conciencia-Inteligencia, Paz-Beatitud, *Sat,* el Principio del Ser, se hace en el hombre el *yo* o conciencia individualizada; *Chit* se hace *chitta,* la mente o inteligencia; *Ananda,* que en el Ser Absoluto es “satisfacción en sí mismo”, se convierte en la facultad humana de la Voluntad, que impulsa el deseo hacia su satisfacción. Estos tres principios corresponden también a los tres atributos divinos de la Omnipresencia, Omnisciencia y Omnipotencia.

Otro género de trinidad resulta de la *polarización* entre el Cielo y la Tierra, o sea entre lo Superior y lo Inferior, el Oriente y el Occidente. Entre ellos nace la *conciencia individualizada,* tipificada por el Hombre, que sirve de intermediario entre los dos y mutuamente los relaciona. Se origina así la distinción entre los *tres mundos:* el objetivo o *exterior,* el subjetivo o *interior,* el divino o *trascendente,* y las tres partes del hombre Espíritu-Alma-Cuerpo, siendo este último el punto de *contacto* entre el mundo exterior y el interior, y el primero entre el mundo manifestado y el trascendente.

En el campo masónico la trinidad está formada por los tres instrumentos de medida que corresponden a las tres Luces: la Plomada o *perpendicular,* el Nivel u *horizontal* y la *Escuadra,* que como hemos visto tiene un valor análogo a la *tau* y a la *cruz.* La primera es el principio activo que nos impulsa a progresar, según nuestras *aspiraciones verticales;* la segunda el principio pasivo de resistencia y persistencia que nos *establece equilibradamente* en nuestras aspiraciones y las hace

madurar y fructificar; y la tercera la *norma* o *regla* que hace nuestras acciones conforme a la Verdad y la Virtud.

Las tres columnas simbólicas que *sostienen* la Logia, representadas igualmente por las tres Luces: Sabiduría, Fuerza y Belleza, constituyen otra interesante trilogía. La Sabiduría, que corresponde al Ven.·. M.·., es la *facultad inventiva,* o sea la Inteligencia Creadora, que concibe y manifiesta interiormente el Plan del Gran Arquitecto; la Fuerza, que corresponde al Pr.·.Vig.·., es la *facultad volitiva,* que se esfuerza en realizar lo que la primera concibe; y la Belleza, representada por el Seg.·.Vig.·., es la *facultad imaginativa*, que adorna y perfecciona la obra realizada por las dos primeras.

También corresponden, respectivamente, la Sabiduría a la mente *superconsciente,* la Fuerza a la mente *consciente* y la Belleza a la mente *subconsciente.*

TRINIDADES MITOLÓGICAS

En la mitología helénica, como en la oriental y en la egipcia, las trinidades juegan también un papel de primera importancia.

Fundamental entre ellas es la *trinidad cosmogónica,* formada por Urano, símbolo del Ser que se manifiesta como *espacio*, o sea la "extensión" que hace objetiva su Omnipresencia; Urano engendra a Cronos o Saturno, que representa al mismo Ser como *cambio y movimiento,* dentro de la eternidad, que produce en nosotros la idea de tiempo o "sucesión", en la cual todas las cosas son producidas y desaparecen; y Saturno engendra a Júpiter o Zeus, que representa al Ser como *voluntad y energía,* que parece dominar sobre los principios que lo han producido.

A esta trinidad se acompaña la femenina, constituida por las *cualidades* de estos tres aspectos del Ser y Realidad fundamental: Gea, la capacidad productiva o *geométrica* inherente en el espacio; Rea, el flujo o *corriente* del tiempo; y Hera o Juno, el *poder* que expresa la Voluntad creadora.

Otra trinidad se halla formada por los tres aspectos de Júpiter, dos de los cuales están representados por sus dos hermanos, que con él comparten la soberanía universal: Neptuno, o Zeus, *marino* que domina sobre las aguas; y Plutón, el Júpiter *subterráneo* que asienta sus reales en las profundidades de las cosas –los dos compañeros del Señor del Cielo y de la Tierra-, que tiene establecido su imperio sobre el dominio de las fuerzas titánicas. Paralela a esta segunda trinidad masculina es la que forman sus tres cualidades: Juno, la Reina del Mundo Ideal de las causas; Anfitrite, la Reina de las profundidades marinas, en donde se encierran las posibilidades latentes de la vida, y Proserpina, la diosa del mundo desconocido que se encuentra en las propias entrañas del mundo visible.

También Hécate, como divinidad de la Luz que nos viene de las lejanías de la Realidad Trascendente, es tríplice, siendo representada por tres diosas: la primera lleva en su cabeza una media luna y una antorcha en la mano, símbolo de la *luz sensible* del mundo físico; la segunda, con gorro frigio y frente radiante, símbolo de la *luz intelectual*, lleva en la mano el cuchillo del análisis y penetración, y la serpiente de la lógica que se insinúa en las relaciones entre las cosas; y la tercera, cuyos atributos son la cuerda y la llave, es el símbolo de la *luz trascendente* que se descubre con la iniciación, y nos da la clave del significado profundo o razón más verdadera de las cosas, así como el "lazo" que interiormente las une.

Una trinidad femenina, muy conocida y familiar es la que forman las tres Gracias, o sean los tres aspectos de la misma Luz que se revela en el ser y en la vida del hombre: Aglaya, la *luciente,* la luz espiritual que ilumina la inteligencia, y nos da esa felicidad y contento profundos, que tienen el

poder de irradiarse fuera de nosotros, como una bendición, en nuestros pensamientos, palabras y acciones. A ella se le debe la inspiración de toda obra de arte o creación intelectual, que tiene el poder de elevar al hombre a un plano superior.

Eufrosina, el *gozo* del alma, o sea la luz que penetra en nuestro corazón y produce en nosotros toda forma de íntimo contento y satisfacción, la felicidad que reside dentro de nuestro ser, independientemente de las condiciones externas.

Talia, la *florida,* o sea la felicidad exterior que se manifiesta en todas las cosas hermosas, y en la misma hermosura de la vida, con sus bienes, placeres y cosas deseables.

Menos conocida es la trinidad de las *Horas,* o "tiempos" que presiden a toda actividad, así como a las divisiones del año y del día: el *comienzo* o germinación, que preside a la primavera; la *continuación* o maduración de todo esfuerzo, que preside al verano; el *término* de la obra, en la que se recogen sus frutos, que preside el otoño. También representan la Causa, el Medio y el Efecto, los tres períodos iniciáticos de preparación, iluminación y perfección, las tres divisiones de la vida diaria en el tiempo dedicado al *descanso,* al *trabajo* y a la *recreación.*

OTRAS TRINIDADES

La Trinidad de las Horas nos lleva naturalmente a la de las Parcas o Moiras, hijas de la Noche, o de la *contingencia material:* Cloto, la *hilandera,* de la que se origina el hilo de la existencia, representando todo aquello que se halla *potencialmente* en la misma, relacionándonos con el lugar o condición "de donde venimos"; Lachesis, por cuyas manos pasa todo tramo del hilo de la vida, presidiendo al desarrollo actual y causal de los acontecimientos, en los que debe demostrarse "quienes somos"; y Atropos, en cuyas manos se entrega todo aquello que nos ha sucedido y el resultado de nuestras acciones, como *semillas* de lo que nos espera, determinando "adónde vamos". Esta última es quien tiene que cortar, con sus fatídicas tijeras, el hilo de la vida cuando haya llegado a su madurez, y las violaciones de la Ley no permitan su ulterior extensión.

Las tres Furias o Euménides son, puede decirse, la antítesis de las Gracias, o sus contrapartes negativas: Alecto, la que nunca descansa, produciendo el furor *rajásico,* la inquietud y la pasión vengativa; Tisífone, el odio ciego o *tamásico,* los errores y el remordimiento del alma que acompaña al homicida; y Megara, el demonio de la envidia *sátvica,* que cuando gobierna al hombre se aleja constantemente de la posesión y fruición de sus bienes.

Las tres Gracias o Gorgonas, Medusa, Steno y Eríagle, son emblemáticas de las fuerzas misteriosas que duermen en nuestro ser subconsciente: nuestras propias tendencias negativas, temores, ansiedades e ilusiones a las que como Perseo hemos de vencer con no escucharlas ni mirarlas, cortándoles la terrífica cabeza con la *espada* de la Sabiduría, para que de su sangre surja Pegaso, el genio alado del pensamiento intuitivo, que nos lleve a las regiones celestiales de la pura Verdad.

Pasando del dominio de la mitología al de la naturaleza, encontramos otra trinidad en los tres reinos, *mineral, vegetal* y *animal,* que representan tres grados de evolución de la *forma,* de la *vida* y de la *conciencia.* En los minerales, la forma *geométrica* se acompaña con la vida inorgánica y la conciencia oscurecida en una comparativa inconsciencia. En los vegetales, la forma se aleja de esa rigidez geométrica y se hace plástica y responsiva obedeciendo a la vida *orgánica,* que manifiesta una conciencia todavía rudimental. En los animales, finalmente, prevalece y surge en posición de dominio el principio de la *conciencia,* que se expresa como *sensación, acción* y *reacción,* y la forma y la vida se adaptan para esa expresión.

También podemos decir, en relación con las tres *gunas,* o cualidades universales de la materia, que en los minerales prevalece el principio de la inercia (Tamas o Sal), en los animales el principio opuesto de la actividad (Rajas o Azufre), y en los vegetales el principio rítmico del equilibrio (Sattva o Mercurio). El primero tiende a la *cristalización,* el segundo al *movimiento* y el tercero a la *armonía*.

Las tres dimensiones del espacio y los tres aspectos del tiempo constituyen otros dos ternarios por medio de los cuales la Omnipresencia Eterna del Ser Absoluto se hace manifiesta en la relatividad del mundo como *ritmo evolutivo* y perpetuo *devenir*.

La *longitud,* que se mide por medio de la Regla, representa el camino de la vida y el progreso en la dirección que hemos elegido; la *anchura,* que se relaciona con la anterior por medio de la Escuadra, corresponde con la amplitud de nuestra visión y la extensión de nuestros esfuerzos y actividades; la *altura,* a la que se llega por medio del Compás y de la Plomada, se determina individualmente según la profundidad de las convicciones y conocimientos, y la elevación de los ideales.

El *pasado,* que corresponde con los cimientos del edificio de la existencia y las raíces del ser, tiene importancia para nosotros en cuanto nos enfrenta con el problema de los orígenes, y constituye nuestra *herencia* espiritual y material; el *presente* es aquel que nos relaciona con nuestros deberes y responsabilidades, así como con la obra o actividad que constituye nuestra constante oportunidad actual; el *porvenir,* meta de nuestros esfuerzos y aspiraciones, es aquel que nos relaciona con nuestro Destino, dándonos el poder de superar la *fatalidad* (que es la herencia de nuestro pasado), y conduciéndonos hacia un término siempre más elevado que siempre retrocede y se acerca.

LIBERTAD – IGUALDAD - FRATERNIDAD

El conocido trinomio masónico Libertad-Igualdad-Fraternidad tiene desde el punto de vista iniciático un significado algo distinto de lo que pueden serlo sus interpretaciones político-profanas.

La libertad del iniciado no es, pues, precisamente, aquella que pueden conceder o limitar las leyes de la sociedad, y no debe particularmente confundirse con la *licencia* de entregarse al vicio y a la pasión, que siempre llevan el desorden a la vida, y le hacen a uno realmente *esclavo* de sus debilidades, hábitos y tendencias negativas, y sobre todo de sus errores.

La Libertad, en sentido iniciático, es una adquisición individual, *interior,* fundamentalmente independiente de la libertad externa que pueden otorgarnos las leyes y las circunstancias de la vida. Es la libertad que se adquiere *buscando la Verdad* y es forzándose sobre el camino de la Virtud, o sea libertándose del error y de la ilusión, y dominando las tendencias viciosas, hábitos negativos y pasiones destructivas.

Es la Libertad que encontramos, y que siempre nos es dado conservar cuando obramos de acuerdo con nuestros principios, ideales y convicciones íntimos, buscando lo que sea mejor *en sí y por sí,* más bien que buscando nuestra guía inspiradora en las apariencias y conveniencias externas, modificando y reglando según éstas nuestra línea de conducta y nuestras acciones. Es, en otras palabras, lo que obtenemos por medio del uso de la Regla y de la Plomada, siguiendo el camino derecho del Progreso y del Deber.

La *igualdad* iniciática de la misma manera descansa sobre la conciencia de la *identidad fundamental* de todos los seres, de todas las manifestaciones del Espíritu o Suprema Realidad, por encima y por detrás de todas las diferencias externas de dirección y grado de desarrollo. Esta igualdad, que se realiza por medio de la Escuadra y del Nivel, es la que nos proporciona una *justa y*

recta norma de conducta con todos nuestros semejantes, y nos asigna y nos hace ocupar el lugar que nos pertenece en el edificio de la sociedad, y en cualquier otro edificio particular al cual hayamos sido llamados para trabajar.

Interiormente la Igualdad es la capacidad de sentirnos *iguales* en todas las circunstancias y condiciones externas, y en todo puesto o lugar que podamos temporalmente ocupar: es la igualdad que debemos tratar de cultivar en nuestros sentimientos hacia los demás, independientemente de sus palabras y acciones para con nosotros, y con una igual serenidad en las condiciones favorables como en las adversas, en la fortuna y en la desgracia, en el éxito y en el fracaso, en la pérdida y en la ganancia, o sea delante de todos los pares de opuestos, los cuadros *blancos y negros* de la existencia sobre los que igualmente debemos progresar, apoyando nuestros pies.

En cuanto a la *fraternidad,* debe considerarse como la suma y el complemento de la *libertad individual* y de la *igualdad espiritual,* de las que constituye la adaptación práctica, siendo como la *base* del triángulo formado por esas dos líneas divergentes. La Fraternidad es, pues, *tolerancia* con relación a la libertad, y *comprensión* con relación a la igualdad, manifiesta en desigualdad. Y es, además, la relación que la Masonería establece entre sus miembros, como núcleo y ejemplo de la que debería existir entre todos los hombres.

Prácticamente la Fraternidad puede, sin embargo, establecer sus lazos únicamente entre los que *se sienten* HH.·., o sea efectivamente *hijos* de un mismo Padre, el Principio Universal de la Vida o Ser Supremo, y de una misma Madre, la Naturaleza, que a todos igualmente nos ha producido, nos sostiene y nos alimenta. Con ese reconocimiento la Fraternidad se hace efectiva, y según se generalice, llegará a extenderse sobre la tierra y ser, como debería y como debe, la relación normal entre todos los hombres y los pueblos.

Todos los hombres pueden ser *hermanos* según conocen y realizan en lo íntimo de sus corazones *la Verdad* de la Fraternidad; es decir, de su común relación con el Principio de la Vida, por un lado, y por el otro con el medio que los hospeda. Caerán entonces las barreras ilusorias que actualmente dividen a los hombres, según cae la venda que cubre sus ojos, y la Masonería habrá esparcido efectivamente su Luz sobre toda la tierra.

LAS LETRAS DEL ALFABETO

El estudio, el conocimiento de los tres primeros números, debe ser integrado y completado por el de las cinco primeras *letras,* que son las que especialmente se refieren al grado de Aprendiz. Este estudio es aquella *gramática*[1] simbólica con la cual debe familiarizarse el adepto del primer grado.

Una vez conocidas las letras, le será posible combinarlas y relacionarlas mutuamente, por medio de la Lógica, y así *leer* las palabras que resulten de su combinación. Y con la experiencia adquirida en el estudio de la Lógica, adiestrarse en la Retórica, es decir, en el uso constructivo del Verbo Creador.

La primera letra del alfabeto muestra en su forma grecolatina los dos principios o Fuerzas Primordiales que parten del punto originario y forman el *ángulo:* la dualidad que expresa la Unidad y produce la manifestación ternaria; el *triángulo* que nace del ángulo, por medio de una línea horizontal –el tercer Principio o elemento- que une sus dos lados.

[1] Gramática, del griego *gramma*, “letra, signo, incisión”.

Como *primera letra,* así como por el simbolismo evidenciado en su forma, nos muestra el *origen* de todo y su progresiva manifestación: la *involución* o *revelación* del Espíritu en el reino de la forma y de la materia.

La forma hebraica de esta misma letra (cuyo nombre es *alef,* que significa "buey" y que tiene el valor numérico de uno) nos presenta en la línea oblicua central el primer Principio Unitario del que se manifiestan las dos Fuerzas o Principios, respectivamente *ascendente y descendente,* o sea centrífuga y centrípeta, masculina y femenina, representadas por las dos columnas. Es en sí mismo un signo de *equilibrio,* en cuanto muestra el dominio de los opuestos y la Armonía producida por su actividad coordenada. En su conjunto indica la *triunidad,* es decir la Trinidad manifestada por la Unidad.

La Letra *B* es una clara expresión de la *dualidad* de los dos Principios que evidencian la Ley de Polaridad; muestra la *relación* entre lo Superior y lo Inferior –el Cielo y la Tierra-, una relación dúplice: curvada y bien distinta en sus dos aspectos en el lado derecho (que corresponde a la *involución* o *revelación* del Espíritu en la materia), y derecha del otro lado (al lado *ascendente* que corresponde a la *evolución* del Espíritu expresado en la Materia). El lado derecho muestra el dominio del hombre, y la doble línea curva, el de la naturaleza.

La forma hebraica de esta letra (cuyo nombre *beth* significa "casa" y que tiene el valor numérico *dos*) patentiza igualmente esta relación entre lo Superior y lo Inferior –el Cielo y la Tierra-, relación descendente por un lado y abierta por el otro, símbolo de las *posibilidades ascendentes* que se hallan abiertas para el hombre, mediante el establecimiento de su relación con el Principio de la Vida.

Ya hemos hablado del significado de esta letra, en relación con las demás que forman la Palabra Sagrada.



La forma de la letra *C* es originariamente la de una *escuadra*, y como tal se presenta en los alfabetos fenicio, etrusco y griego (en donde tiene el nombre de *gamma* y el sonido de la letra G). Como tal, su significado primitivo es el del instrumento masónico de la *rectitud.* En cuanto a su forma latina, muestra un *arco* que podemos considerar emblemático de la tensión de las energías individuales para alcanzar un hito u objeto determinado. También representa el ciclo *descendente* de la involución, que debe completarse con la obra individual de ascensión evolutiva.

En el alfabeto hebraico esta letra toma el nombre de *guimel* (camello) y tiene el valor numérico *tres.* Se refiere al progreso vertical individual del hombre *de abajo arriba,* como lo muestra la pequeña línea ascendente que forma el pie de la figura.

El *camello,* conocido por su torpeza como por su docilidad y resistencia, muestra el cuerpo del hombre, que de obstáculo debe transformarse en instrumento dócil y resistente para la expresión de las posibilidades superiores de la vida. Este simbolismo encuentra en cierta manera una correspondencia en la forma egipcia de dicha letra, que representa el *mandil,* símbolo de la piel o cuerpo físico del hombre.

La letra *D* está representada por un triángulo en los alfabetos del cual derivó su forma latina. Este triángulo es el mismo *delta,* y con ese nombre se la conoce en el alfabeto griego.

Si bien difiere la forma (parecida a la precedente letra del alfabeto griego), su nombre en el alfabeto hebraico es el mismo de *daleth,* significando "puerta", con el valor numérico *cuatro.* Muestra efectivamente uno de los lados o columnas que sostienen el arquitrabe y forman con el mismo la puerta. Representa el ingreso parcial o imperfecto del Aprendiz en la Verdad, habiendo reconocido únicamente uno de sus dos lados o aspectos.

En cuanto a la forma latina, cuyo valor numérico es 500, no nos es difícil ver en ellas igualmente una puerta con el arco; pero puesta horizontalmente.

La letra *E* necesita, para su interpretación, que la confrontemos con la forma fenicia primitiva de la cual deriva, y que damos juntamente con la grecolatina. Finge esta letra la forma de *tres escuadras* que se suceden *en una misma línea,* alusión indudable a los tres pasos de la Marcha del Aprendiz. También indica, en su forma grecolatina, los *tres mundos* o planos de existencia, a través de los cuales se manifiesta un mismo Principio de Vida (la línea vertical).

La letra hebraica *he,* que le corresponde con el valor numérico *cinco* –y cuyo nombre significa "agujero" o "ventanilla"- muestra el *progreso* realizado por las aspiraciones del Aprendiz en relación con la letra precedente, e indica claramente la senda que se le abre para reconocer y manifestar sus potencialidades latentes.

LA LÓGICA Y LA RETÓRICA

El estudio de la Gramática conduce naturalmente al de la Lógica, es decir, a la comprensión del Verbo o *Logos* que constituye la Realidad interior representada por cada símbolo o *letra* de la Verdad, así como a reconocer sus relaciones.

La lógica es, pues, primitivamente, la facultad de relacionar las letras simples para formar e interpretar *palabras* u oraciones, es decir, conjuntos armónicos que tienen un *sentido* definido; y este sentido tiene el mismo Verbo o Logos que se halla en el *principio* de todo: "todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que es hecho fue hecho".

La Gramática, o sea el estudio de los símbolos, es, pues, una introducción al conocimiento o percepción espiritual de la Realidad que es el Verbo. Este conocimiento nos hace entrever la relación lógica entre todas las cosas, y particularmente entre las *causas* y *principios* invisibles y sus *efectos* visibles.

Con la Retórica aprendemos el *uso* de este conocimiento, llevando a la expresión el Verbo o *principio* latente de lo que deseamos. La eficacia y efectividad de esta facultad depende enteramente del proceso realizado en la precedente: debemos aprender a *relacionarnos íntimamente* con el Verbo Creador, para poderlo hablar y verlo después manifestado.

Cuando se entienda el significado esotérico de estas dos Artes, fácilmente comprenderemos cómo el Aprendiz únicamente pueda familiarizarse con sus primeros rudimentos, en cuanto le ayudan a mejor dominar la Gramática. Únicamente al Compañero le será posible medir con su inteligencia los significados de la Lógica, y sólo el Maestro podrá adelantarse con real eficiencia en el dominio de la Retórica.

EL TEMPLO

El Templo es el lugar en donde se desarrollan los trabajos masónicos y se reúne la Logia, manifestación del *Logos* o Palabra que vive en cada uno de sus miembros y encuentra en su conjunto una expresión armónica y completa.

Es al mismo tiempo un lugar de trabajo y de adoración, en cuanto nunca cesa de construirse hasta que se aprovecha; y como esta construcción simbólica necesita ser expresión del Plan del Gran Arquitecto, en el cual la actividad constructiva busca su inspiración, este esfuerzo constante hacia la Verdad y la Virtud es la más efectiva y verdadera *adoración.*

Etimológicamente, la palabra templo se relacioa con el sáscrito *tamas,* "oscuridad", de donde viene también el latín *tenebrae* (por *temebrae),* "tinieblas". Significa, por lo tanto, *lugar oscuro,* y por consiguiente "oculto", aludiendo a la antigua costumbre de hacer los templos en grutas o criptas subterráneas, *fuera de la luz exterior* y al amparo de la indiscreción profana.

Esto nos dice cómo todos los templos debieron de ser, en un principio, antes que todo, lugares de recogimiento y silencio; y a tal objeto aparecen destinados también los templos sucesivos levantados en una forma arquitectónica, pero siempre caracterizados interiormente por esa oscuridad más o menos completa que favorece la concentración del pensamiento y su elevación hacia lo más trascendente, hacia lo que hay de menos conocido y misterioso. También favorece este aislamiento del mundo exterior una atención más exclusiva sobre los ritos y ceremonias que en esos templos –ya sea religiosos como iniciáticos- siempre se han desarrollado.

El Templo masónico es *un cuadrilongo* extendido de Oriente a Occidente, es decir "en la dirección de la Luz". Su anchura es del Norte al Sur (desde la potencialidad latente a la plenitud de lo manifestado), y su altura del Cenit al Nadir. Esto quiere decir que prácticamente no tiene límites y abarca todo el Universo, en el cual se extiende la actividad del Principio Constructivo, que siempre obra *en la dirección de la luz,* como puede observarse en la naturaleza.

Todos los templos antiguos, cualquiera que fuese el uso al que estaban destinados, presentaban esta común característica de la orientación, muchas veces con exactitud asombrosa. Aunque la *orientación* más frecuente sea la que precisamente indica la palabra (en dirección del Oriente), algunos templos presentan la dirección opuesta, estando la puerta del lado del Oriente, para que los primeros rayos del sol caigan en determinado punto, que resplandece repentinamente en la

semioscuridad del lugar. En algunos casos, familiares para los arqueólogos, esta orientación hacia el sol se hace por medio de un corredor estrecho, de manera que los rayos luminosos puedan pasar únicamente en cierto día o época del año (generalmente solsticio y equinoccio). Otros templos están orientados hacia alguna estrella particular de primera magnitud (como Sirio, Canopo, o la Estrella Polar), en ciertos templos egipcios).



En cuanto a las *dimensiones* del Templo, podemos considerarlas hasta cierto punto equivalentes: tanto el Norte y el Cenit, como el Oriente, indican el Mundo Divino de los Principios o dominio de lo Trascendente; mientras el Sur, el Nadir y el Occidente representan, de diferentes maneras, el mundo manifiesto o fenoménico.

La diferencia estriba principalmente en que la dirección del Oriente al Occidente se refiere al Sendero de la vida o Camino de Progreso; la del Norte al Sur, a la Ley de los ciclos, que nos acerca alternativamente al dominio de las Causas y al de los Efectos; y la vertical, al Padre y a la Madre, de los que somos igualmente *hijos,* o sea a las dos gravitaciones, celestial y terrenal, que respectivamente atraen nuestra naturaleza espiritual y material.

También podemos ver en estas tres direcciones dimensionales una alusión a los tres movimientos de la Tierra: de *rotación* (Oriente-Occidente), de *revolución* (Norte y Sur), y de *precesión* (Cenit-Nadir): o sean las *tres dimensiones dinámicas* del mundo en que vivimos.

LAS TRES LUCES

Tres grandes columnas *sostienen* el Templo Masónico (distintas de las dos que se encuentran al Occidente): la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, o sea la Omnisciencia, la Omnipotencia y la Omnipresencia del G.·.A.·., patentizadas como Principios de Verdad, de Actividad y de Amor o Armonía. Estas tres columnas representan al Ven.·. M.·. y al Pr.·. y Seg.·. Vig.·., que se sientan respectivamente al Oriente, al Occidente y al Mediodía, en donde se manifiestan respectivamente las tres cualidades.

El *Delta* luminoso, con el Ojo Divino en el centro, brilla al Oriente por encima del asiento del Ven.’.M.·., símbolo del Primer Principio, que es la Suprema Realidad, en sus dos *lados* o cualidades primordiales que la definen, expresadas en síntesis inimitable en el trinomio vedánico *Sat-Chit-Ananda.*

A los dos lados del Delta, que representa la *verdadera luz* (la Luz de la Realidad trascendente), aparecen el *sol* y la *luna*, los dos luminares visibles, manifestación directa y refleja de esa luz Invisible, que iluminan nuestra tierra y que simbólicamente representan la Luz Intelectual y la Material.

EL PAVIMENTO DE MOSAICO

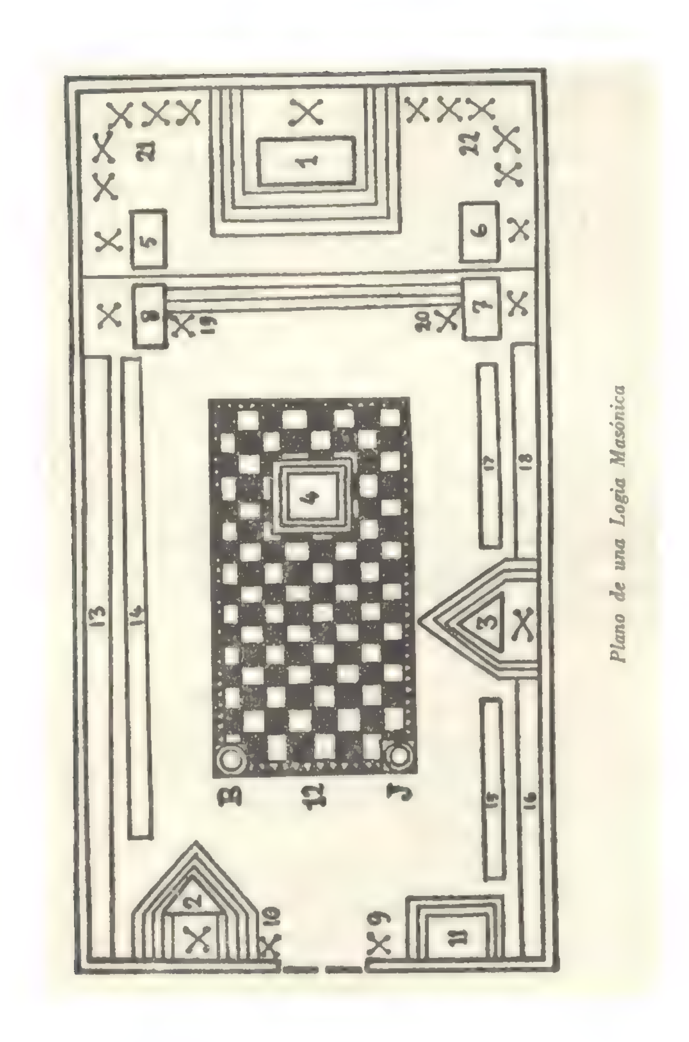
A tres pasos de la puerta, que se encuentra al Occidente, están situadas las dos columnas B.·. y J.·., emblema de los dos principios y de los pares de opuestos que dominan el mundo visible. La actividad combinada de estos dos principios aparece manifiestamente en el *pavimento de mosaico* en cuadros blancos y negros, que se extiende desde la base de las columnas hacia el Oriente, igualmente en forma de cuadrilongo, ocupando el centro del Templo.

El pavimento de mosaico es un hermoso emblema de la *multiplicidad engendrada por la dualidad,* constituida por los pares de opuestos que se encuentran constantemente el uno cerca del otro: el día y la noche, la oscuridad y la luz, el sueño y la vigilia, el dolor y el placer, las honras y las calumnias, el éxito y la desilusión, la dicha y la desdicha, etc. sobre estos *opuestos,* que se hallan sobre todos los caminos y en todas las etapas de nuestra existencia, el iniciado que ha gustado la Copa de Amargura debe marchar con ánimo sereno e igual, sin dejarse exaltar por las condiciones favorables ni reprimir por las apariencias desfavorables.

Por encima de esta visión dualística de la vida formada por pares de opuestos, se levanta el *ara* o Altar (etimológicamente “altura” o *elevación),* símbolo de la elevación de nuestros pensamientos, por medio de la cual percibimos la realidad trascendente que se esconde bajo la apariencia contradictoria, y llegamos a conocer la palabra, o sea la Verdad, que es propósito íntimamente benéfico de toda experiencia, siempre entendida para nuestro progreso y bien más verdaderos.

Las tres luces que se hallan sobre el ara, formando un triángulo equilátero, representan la necesaria correlación, que debe verificarse en nuestra inteligencia, entre la *dualidad occidental* (o fenoménica) de las columnas y la *Unidad Oriental* de la Verdadera Luz, por medio de la cual se realiza el *ternario* de la armonía y del perfecto equilibrio, sobre todos los extremos y las tendencias dualistas.

Entre estas luces tiene su lugar más conveniente el libro *sagrado,* símbolo de la Verdad que se encierra en la tradición, cuando sepamos convenientemente interpretarla por medio de nuestras facultades inteligentes, que representan la *escuadra* y el *compás* que sobreponemos a ese Libro para poderlo realmente comprender y medir en todo su alcance.



Plano de una Logia Masónica

EL CIELO

El techo de la Logia figura un cielo estrellado, imagen del Infinito y de su manifestación activa en infinitos *puntos* o *centros* luminosos, que expresan desde adentro hacia fuera la Luz Latente del Principio Supremo.

Ese *cielo* representa el espacio del que cada punto es igualmente *centro geométrico,* origen y finalidad. Su color azul, en contraste con el rojo del pavimento, es emblemático de las más elevadas vibraciones, tanto individuales como cósmicas, que están por encima de la manifestación sensible, la completan y la coronan.

Podemos ver en él también una imagen de nuestra mente, o mundo causativo interior, que preside a las condiciones de la vida, las aprovecha constructivamente y las transmuta. Y las estrellas nos representan las Ideas Divinas, que nos descubren el mundo de la Realidad y de la Verdad, las ideas salvadoras que nos revelan el Plan del G.·.A.·. y guían en armonía con el mismo nuestros pensamientos y acciones, los *ideales* que nos inspiran y nos orientan en todas las etapas de nuestra existencia.

Debajo del techo, desde la puerta occidental, donde se terminan sus dos extremos, está la mística *cadena de unión,* entrelazada en doce nudos laterales y descansando sobre los capiteles de doce columnas distribuidas así: seis en el lado Norte y seis en el Sur, simbolizando los seis signos ascendentes y los seis signos descendentes del zodíaco.

La cadena es el *lazo interior* que une a todos los masones por encima de sus diferencias personales, haciendo de ellos una sola Familia Universal. Este lazo interior debe ser buscado individualmente,

esforzándose cada cual en manifestar lo más elevado en pensamientos, sentimientos e ideales (los *capiteles* en que descansa). Es también la cadena de *causalidad* que se manifiesta ininterrumpidamente en el mundo de los efectos, en el cual todo pensamiento o acto es *efecto* de una causa antecedente, y *causa* a su vez de un efecto consecuente.

ASIENTOS Y LUGARES

De ambos lados, Norte y Sur, están los asientos, respectivamente, de los Aprendices, de los Compañeros y de los Maestros: los primeros tienen que sentarse en la región menos iluminada por el Sol por ser todavía incapaces de soportar la plena luz del Mediodía, en donde los compañeros y los Maestros, del lado del Occidente y del Oriente, respectivamente, trabajan con provecho, los primeros *ayudando* a los segundos.

La parte oriental del Templo se halla elevada sobre tres gradas, con respecto al piso de la Logia, significándose con ello que no se puede llegar al Mundo de las Causas sino *elevándose* por medio de la abstracción y de la meditación a las regiones superiores del pensamiento, donde aparecen con claridad los Principios originarios que constituyen la Esencia Eterna de las cosas sensibles.

Sobre esta elevación se sientan, respectivamente, al Norte y al Sur, y a la derecha e izquierda del Ven.·.M.·., el Secretario y el Orador, y más abajo, el Hospitalario y el Tesorero, el Portaestandarte y el Maestro de ceremonias. Estos, con los dos Diáconos, los dos Expertos y el Guardatemplo constituyen los *Oficiales* de la Logia, que cooperan con los tres Dignatarios en las diferentes ceremonias que se desarrollan para el orden y armonía de los trabajos.

De acuerdo con la etimología que hemos dado para esa palabra, el templo masónico *no tiene ventanas:* esto significa que no recibe luz de afuera, sino únicamente de *adentro*. Por esta razón tiene que cerrarse *herméticamente* al mundo profano y su puerta está vigilada constantemente por el Guardatemplo, armado de espada, símbolo de la *vigilancia* que constantemente debemos ejercer sobre todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, para hacer de ellos un uso constructivo, y progresar constantemente en el sendero de la Verdad y de la Virtud.

PARTE CUARTA

APLICACIÓN MORAL Y OPERATIVA DE LA DOCTRINA SIMBÓLICA DEL GRADO DE APRENDIZ

TRABAJO DEL APRENDIZ

Desbastar la piedra bruta, acercándola a una forma en relación con su destino: he aquí la tarea o *trabajo* simbólico al que tiene que dedicarse todo Aprendiz para llegar a ser el obrero que posee enteramente su Arte.

En este trabajo simbólico, el Aprendiz es a la vez *obrero, materia prima e instrumento.* Él mismo es la *piedra bruta,* emblemática de su actualmente todavía muy imperfecto desarrollo, a la que tiene que convertir en una forma, o *perfección interior,* que se halla en estado latente dentro de esa imperfección evidente, de manera que pueda tomar y ocupar el *lugar* que le corresponde, de acuerdo con el Plan, en el edificio al que está destinada.

Dado que la Perfección es *infinita,* y en su estado absoluto inasequible, únicamente podemos esperar *acercarnos* a la perfección ideal que nos es dado concebir, en el estado o etapa de progreso en que actualmente nos encontramos. Nuestro progreso se desarrolla, pues, a través de grados sucesivos de perfección relativa, y el propio reconocimiento de nuestra imperfección por un lado (la *piedra bruta),* y el de un ideal que anhelamos, por el otro, son las primeras condiciones indispensables, para que pueda haber un tal esfuerzo o *trabajo.*

El trabajo mismo consiste en *despojar a la piedra de sus asperezas,* poniendo primero en evidencia las caras ocultas en el estado de rudeza de la piedra; luego, rectificando esas caras, alisándolas y quitándoles todas aquellas protuberancias que la alejan de una forma armoniosa como la que es preciso lograr.

Es importante notar que no se trata de acercar la piedra a la forma de un determinado modelo exterior, si bien esto puede servir de incitación e inspiración, sino que el modelo o *perfección ideal* ha de buscarse dentro de la misma piedra, de cuyo fuero íntimo ha de ser manifestada o *educida la forma* propia que a cada piedra idealmente le pertenece. O sea, saliéndonos de la metáfora, se trata de reconocer y manifestar la *perfección* innata del Ser Intimo, de la Idea Divina que mora en cada uno de nosotros, cuya expresión relativa y progresiva es el objeto constante de la existencia.

LOS INSTRUMENTOS DE LA OBRA

Ese trabajo de la piedra, que también históricamente es el *primer trabajo humano,* necesita para su perfección tres instrumentos característicos, que son el *martillo,* el *cincel* y la *escuadra.* Esta nos sirve de medida a fin de asegurarnos de que la obra más propiamente activa de los dos primeros procede con las normas o criterios ideales universalmente reconocidos y aceptados; aquéllos son los medios complementarios con los cuales la perfección concebida o reconocida ha de hacerse efectiva.

La escuadra representa fundamentalmente la facultad del *juicio* que nos permite comprobar la *rectitud* o falta de la misma, o sea la octogonalidad de las seis caras que se trata de labrar, así como de sus aristas y de los ocho ángulos triedros en que se unen, con objeto de que la piedra sea *rectangular,* como ha de serlo toda piedra destinada a formar parte de un edificio.

Por medio de la escuadra es como nuestros esfuerzos para realizar el ideal que nos hemos propuesto pueden ser constantemente comprobados y *rectificados*. De manera que estén realmente encaminados en la dirección del ideal, según lo muestra la simbólica marcha del Aprendiz, que nos enseña la cuidadosa aplicación de ese precioso instrumento sobre cada paso y en cada etapa de nuestra diaria existencia.

En cuanto al *martillo* y el *cincel,* como instrumentos propiamente activos, precisamente representan los *esfuerzos* que, por medio de la *Voluntad* y de la *Inteligencia,* necesitamos hacer para acercarnos a la realización efectiva de esos Ideales, que representan y expresan la perfección latente de nuestro Ser Espiritual. El martillo, que utiliza la fuerza de gravedad de nuestra naturaleza subconsciente, de nuestros instintos, hábitos y tendencias, es, pues, emblemático de la Voluntad, que constituye la primera condición de todo progreso, y es al mismo tiempo el medio indispensable para realizarlo.

Necesitamos *querer* antes de poder *hacer,* y también para hacer y poder hacer, siendo la Voluntad la fuerza primaria de la cual pueden considerarse derivadas todas las demás fuerzas, y por lo tanto aquella que a todas puede dominar, atraer y dirigir.

Debemos, sin embargo, precavernos de los excesos a los que pudiera conducirnos el culto exagerado de la facultad volitiva, dado que los resultados de esta Fuerza *soberana* entre todas las fuerzas cósmicas pueden también ser *destructivos,* cuando no se la aplique y dirija constructivamente por medio del discernimiento que se necesita para su manifestación más armónica, de acuerdo con la Unidad de todo lo existente. Pues así como el martillo empleado sin el auxilio del cincel, que concentra y dirige la fuerza de aquél en armonía con los propósitos de la obra, pudiera fácilmente destruir la piedra en lugar de acercarla a la forma ideal para su destino, así igualmente la Voluntad que no se acompaña con el claro discernimiento de la Verdad no puede nunca manifestar sus efectos más sutiles, benéficos y duraderos.

El *propósito inteligente* que debe dirigir la acción de la voluntad es lo que representa precisamente el cincel, como instrumento complementario del martillo en la Obra masónica. Esa facultad que *determina* la línea de acción de nuestro potencial volitivo no es menos importante que esto, dado que de su *justa aplicación,* alumbrada por la Sabiduría que se manifiesta como discernimiento y visión ideal, dependen enteramente la cualidad y bondad intrínsecas del resultado: una hermosa obra de arte sobre la cual se ha de cernir la admiración de los siglos, o bien la obra tosca y mal formada que revela una imaginación enferma y un discernimiento todavía rudimental.

Para que la acción combinada de ambos instrumentos sea realmente *masónica,* esto es, útil y benéfica para el propósito de la evolución individual y cósmica, tiene que ser constantemente comprobada y dirigida por la Escuadra de la Ley o norma de rectitud, cuyo *ángulo recto* representa la rectitud de nuestra visión, que nos pone en armonía con todos nuestros semejantes y nos hace progresar rectamente en la Senda del Bien.

Esta función eminentemente *directora* de la Escuadra, que representa y expresa la Sabiduría, hace de la misma el símbolo más apropiado del Ven.’.M.’., así como el *martillo,* emblema de la Fuerza, puede atribuirse al Primer Vigilante, y el *cincel,* productor de la Belleza, al Segundo. Y así como la actividad combinada de los tres instrumentos es indispensable para la obra masónica, así igualmente la cooperación más completa de las tres Luces de la Logia es indispensable para que ésta pueda desarrollar una labor realmente fecunda.

EL IDEAL

Los dos Vigilantes representan también, respectivamente, el *nivel* y la *plomada*. Esta última principalmente concierne al Aprendiz, en cuanto muestra la dirección vertical de sus esfuerzos y de sus aspiraciones, para realizar lo que hay de más elevado en su ser y en sus potencialidades latentes.

Este *esfuerzo,* en sentido opuesto a la gravedad de los instintos, es el que caracteriza al masón en su deseo de mejoramiento. Su mira debe, pues, dirigirse constantemente hacia el Ideal más elevado de su alma, para realizarlo en cada pensamiento, palabra y acción.

Así como la planta crece y progresa por medio de sus esfuerzos verticales, así también nosotros, fijando nuestra mirada en el Ideal que nos revela la *verdadera luz,* creceremos en su dirección y llegaremos a encarnarlo, adelantándonos en la senda de nuestro progreso individual.

Este es el uso que debemos hacer de la plomada para levantar el simbólico Templo a la Gloria del Gran Arquitecto, de que proceden nuestras más elevadas aspiraciones: el Templo que construimos o levantamos en nuestro interior con nuestra propia vida, la *actividad constructora* que obra en nosotros según los planes de la Inteligencia Creadora o Principio Evolutivo del Universo, a la cual tenemos el privilegio de *cooperar conscientemente* con nuestro entendimiento y buena voluntad.

El Templo y la *piedra cúbica* son una misma cosa: el Ideal que debemos realizar individualmente y en nuestra vida esforzándonos en superar nuestros defectos y debilidades, y en vencer y dominar nuestros vicios, instintos y pasiones, que son las *asperezas* de la piedra bruta que representa nuestro estado de imperfección.

El *perfeccionamiento de sí mismo:* he aquí la parte esencial y fundamental en la Obra del Aprendiz. Un perfeccionamiento que consiste en *educar,* o sea *educir:* sacar fuera y manifestar a la Luz las gloriosas posibilidades de nuestra Individualidad, despojándonos de los defectos, errores, vicios e ilusiones de la personalidad, el antifaz que esconde nuestra más verdadera naturaleza.

Caminar y esforzarse *hacia la Luz,* buscar la Verdad y establecer en su dominio el Reinado de la Virtud, libertarse progresivamente de todas las sombras que oscurecen y nos impiden la manifestación de esta Luz Interior que debe brillar siempre más clara y firmemente, esclareciendo y destruyendo toda tiniebla, es, en síntesis, la noble tarea de todo verdadero masón.

Una vez que hayamos abierto los ojos a este superior estado de conciencia y que la hayamos directamente reconocido, esta Luz que está en nosotros se manifestará naturalmente alrededor de nosotros en la vida toda, así como en nuestros pensamientos, palabras y acciones.

PENSAMIENTO, PALABRA Y ACCIÓN

Pensar, hablar y obrar, según mejor podamos, de acuerdo con nuestros más íntimos ideales y profundas convicciones, es un trinomio que directamente nos concierne en cada momento de nuestra diaria existencia.

Pensar bien es pensar rectamente, de acuerdo con la escuadra del Juicio, orientando toda nuestra actividad mental hacia lo que en sí sea bueno, bello y verdadero. El pensamiento *recto* es pensamiento *positivo y constructivo,* sentado sobre las fundaciones inviolables de la Verdad y del Bien: los pensamientos negativos y deprimentes y todos los pensamientos inarmónicos que descansan sobre la ilusión deben desecharse de la mente, así como Jesús lo hizo simbólicamente con los *profanadores* del Templo.

Esa misma *escuadra* debe apoyarse, según nos lo indica el signo de Aprendiz, sobre la garganta, para medir todas nuestras palabras, de conformidad con nuestros ideales y sentimientos más elevados, rechazando todas aquellas que no se conformen con esa medida, de manera que nunca se hagan ellas portavoces de nuestras tendencias más bajas y negativas, de nuestros errores y juicios superficiales, de nuestros resentimientos y pasiones mezquinas, o del dominio que la ilusión puede tener todavía sobre nosotros. Debemos, asimismo, evitar toda crítica que no sea realmente *constructiva,* y sobre todo nos permitirnos ninguna expresión que no sea inspirada por una verdadera benevolencia.

El dominio de las palabras es más fácil que el de los pensamientos, y, en la medida de la sinceridad individual, tiende a producirlo. Pero este último es, naturalmente, el más importante dado que nuestras palabras no pueden expresar sino aquello que "se encuentra en nuestro corazón". De aquí cómo a la selección de las palabras deberá seguir la de los pensamientos, según lo indica, como veremos, el signo del Compañero.

De la misma manera, según dominemos nuestras palabras y pensamientos, nos será posible dominar también nuestras acciones. Y así llegaremos al tercer punto: *obrar* bien, o sea acertadamente, y *en nivel* con las leyes morales de equidad y justicia que gobiernan las relaciones armónicas entre los hombres, y *en aplomo* con nuestros mismos principios, ideales y aspiraciones. Este es, pues, el *signo* con el cual se hace universalmente conocer y reconocer el Masón.

EL TOQUE

También el *toque* tiene un sentido profundo, de lo que no se dan cuenta la mayoría de los masones, dado que significa, de una manera general, la *capacidad de reconocer la cualidad real* que se esconde bajo la apariencia exterior de una persona, y, por lo tanto, implica un grado de discernimiento proporcionado al grado de comprensión que hemos individualmente alcanzado.

Mientras el hombre *profano* al conocimiento de la Verdad (que se consigue por medio de la iniciación) basa sus juicios y sus apreciaciones sobre consideraciones puramente exteriores, el *iniciado* se esfuerza en verlo todo a la Luz de lo Real y juzga de una manera bien distinta, por haber adquirido, en un grado proporcionado al de su iniciación, la facultad de ver *las cualidades reales,* íntimas y profundas de las cosas.

En vez de quedarse en la superficie, en la *máscara* que constituye la personalidad, o sea la parte más superficial e ilusoria del hombre, se esfuerza en ver su *individualidad,* o la expresión individualizada del Principio Divino en él, que constituye su Espíritu, el Hombre-Real, Eterno e Inmortal.

Los golpecitos son los toques simbólicos con los cuales la *cualidad de masón* vibrará en respuesta natural y espontáneamente manifestándose como tal. Este reconocimiento prepara el abrazo fraternal en el cual se comunica la Palabra, o sea el Verbo y el Ideal más elevado que se halla presente en sus corazones y que esconden celosamente para el mundo profano de la crítica y de la malevolencia, las "malas hierbas" que sofocarían e impedirían el crecimiento de esos preciosos gérmenes espirituales.

Cada golpe es un esfuerzo para penetrar *debajo de la piel,* o sea bajo la ilusión de la apariencia, hasta encontrar el Ser Real; es la búsqueda individual, para descubrir el Misterio Final dentro de uno mismo y de todas las cosas en las tres etapas que representan las palabras evangélicas: *Buscad y*

encontraréis, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, refiriéndose a la Verdad, a la Luz y a la Puerta del Templo.

Así pues, el toque *manifiesta y reconoce* la cualidad de iniciado en los Misterios de la Construcción, que se desarrollan en el individuo y en todo el Universo. Y expresa también, como consecuencia natural, la *Solicitud fraternal* que el iniciado manifestará en todas sus relaciones con sus semejantes, y particularmente con sus *hermanos.*

LA PALABRA

Así como el toque muestra que el masón debe esforzarse por *penetrar* en la esencia profunda de las cosas en vez de quedarse en la superficie, la Palabra muestra su acto de fe y la actitud interior de su conciencia.

La palabra Sagrada que el aprendiz consigue como premio final de sus esfuerzos, después de haberse sometido a las pruebas de la iniciación, muy lejos de ser una palabra sin sentido, tiene un significado profundo cuya comprensión y aplicación bien vale el esfuerzo que ha sido menester para conseguirla. Es una palabra que se da *secretamente* para que permanezca en el secreto de la conciencia, y el aprendiz haga de ella el uso fecundo que *demuestra* su compensación.

La Palabra Sagrada significa: **EN ÉL LA FUERZA,** y es, por lo tanto, el implícito reconocimiento (consecuencia de la iluminación recibida, como resultado de sus esfuerzos en los viajes del Occidente al Oriente) de que la Fuerza Verdadera y Real no reside en el mundo de la apariencia ni en las cosas materiales, sino en el Mundo Trascendente en el cual se halla el Principio Inmanente de todo.

Este reconocimiento, cuando sea efectivo y profundo convencimiento del alma, debe producir un cambio completo en la actitud de un ser: el *iniciado* se distinguirá así del profano, y, en vez de poner como éste su confianza en las cosas y medios exteriores, la pondrá únicamente en el principio de la Vida, que es el Principio del Bien, cuya *presencia y omnipotencia* ha reconocido dentro de su propio ser.

El conocimiento y el uso de la Palabra Sagrada es, pues, la base de la verdadera *libertad e independencia:* cesando de depender por completo de las cosas externas y del capricho de los hombres, el iniciado se libra de las consideraciones materiales, que atan a todos los que todavía no conocen en dónde se hallan la Fuerza y el Poder Verdaderos, y los hacen más o menos esclavos de estas cosas.

Así aprende el iniciado a *no doblar nunca la rodilla ante los hombres,* por elevados que sean sus puestos y los cargos que puedan tener en la sociedad, y se hace igual a los reyes tratando a todos los hombres sin orgullo ni arrogancia, e igualmente sin miedo y sin temor, o sea simplemente como *hermanos.*

Pero saber *doblarla ante el eterno,* reconociéndolo como la única Realidad y el único Poder, quitándose como Moisés, ante el zarzal ardiente, los zapatos de la ignorancia y presunción, y humillando delante de Él las asperezas de su personalidad, para poder recibir Su Luz y hacerse receptivo a Su Influencia, *en íntima comunión,* en el místico secreto del alma.

EL PRIMER MANDAMIENTO

La Palabra Sagrada del Aprendiz tiene un significado análogo al Primer Mandamiento: *Yo soy el Señor tu Dios: no tendrás otro dios delante de mí.* Aquí también vemos el implícito reconocimiento de una sola Realidad, la Realidad Espiritual de todo; de un solo Principio, Poder y Fuerza: el Principio de la vida, que es el Principio del Bien y el Poder y la Fuerza que en Él únicamente residen.

Y la segunda parte del mandamiento nos muestra cómo en este reconocimiento debemos encontrar el poder soberano que nos asiste y nos hace triunfar sobre toda ilusión o creencia en el poder o en la fuerza de las cosas exteriores. La confianza debe ponerse única y exclusivamente en lo Real, en aquella Realidad de la cual hemos adquirido (como resultado de la iniciación) la *conciencia* y el *contacto interior,* y que es por lo tanto nuestro "Padre o Señor", ya no en los *falsos dioses* de las consideraciones triviales a los que tributan su adoración la mayoría de los hombres.

Este Principio que vive en nosotros es *nuestro Dios,* o sea la Luz que nos ha conducido fuera de Egipto, la ilusión de los sentidos, el país de las tinieblas y de la esclavitud. El *éxodo* de Israel es, pues, una pintoresca imagen de la iniciación, del éxodo individual del pueblo elegido de los iniciados, fuera del dominio o país de la esclavitud, en donde reinan los *falsos dioses,* o sea las ilusiones de los sentidos, para llegar a la Tierra Prometida de la libertad y de la independencia.

LA PRIMERA COLUMNA

La Palabra Sagrada del Aprendiz es también el nombre de la primera de las dos columnas que se hallan a la entrada del simbólico Templo levantado por la iniciación: el Templo de la Verdad y de la Virtud.

Esto quiere decir que su reconocimiento es el Principio Básico (o *columna)* que puede conducirnos a atravesar la Puerta de dicho Templo: sin este reconocimiento nunca podremos esperar ingresar en él; su puerta permanecerá cerrada hasta que no reconozcamos esas dos columnas, de las cuales únicamente la primera compete al grado de Aprendiz.

Esta columna cerca de la cual el Aprendiz recibe su *salario* es pues la Columna de la Fe, columna que él mismo debe levantar en él y hacer de ella un punto de apoyo. Es un *principio* del que nunca debe separarse, en sus pensamientos , palabras y acciones, bajo cuya sola condición podrá actuar de una manera siempre segura y constructiva en todas las circunstancias de su vida.

De cuanto ya hemos dicho se desprende con toda claridad la importancia de la Palabra y de la interpretación de su significado, por ser la inteligencia y el uso de dicha Palabra lo que verdaderamente *hace* al iniciado y al masón. Esta Palabra puede y debe aplicarse indistintamente en todas las condiciones de la existencia, estando en ella el *Poder* de libertarnos del mal y establecernos en el Bien.

Si, por lo tanto, aprendemos a permanecer *fieles* a esta Palabra o íntimo reconocimiento, toda forma de miedo o de temor cesará de dominarnos y de tener poder sobre nosotros: si *la Fuerza es en Él* (que es la Realidad y el Principio del Bien), toda apariencia del mal es sólo una ilusión que tiene poder sobre nosotros mientras nuestra mente reconoce esta ilusión como "realidad", pero que desaparece tan pronto como cesamos de darle en nuestro fuero íntimo *realidad y poder.*

El *temor* es, pues, la única cadena que nos ata al mal y puede darle algún dominio sobre nosotros; si cesamos de temerle y, *con pleno y profundo convencimiento* de nuestra conciencia, le negamos al mal verdadera existencia y realidad, huirá de nosotros como huyen las tinieblas al aparecer la Luz.

Esto explica cómo Daniel, verdadero iniciado y fiel a la Palabra, pudo estar perfectamente tranquilo en medio de los leones hambrientos, y cómo éstos no le hicieron ningún daño.

Esta *columna* de Fe absoluta en el Principio o Realidad cuya existencia y omnipotencia ha reconocido en sí mismo, es la que el Iniciado debe levantar en su interior para que le sirva de base sobre la cual apoyar todos sus esfuerzos, lo mismo de baluarte que de defensa en cualquier circunstancia o peligro.

EL PRINCIPIO DEL BIEN

La palabra reconoce implícitamente el Bien como único Principio, Realidad y Poder, y consecuentemente el Mal como pura ilusión y apariencia que no tiene Realidad ni poder *verdaderos*.

Esta es la enseñanza de todos los *iniciados:* de aquellos que han llegado a penetrar y establecerse con su conciencia por encima del dominio de lo aparente, en donde el Bien y el Mal figuran como poderes iguales, como pares de opuestos irreconciliables que luchan constantemente uno contra otro, y que se alternan como el día y la noche, la luz y las tinieblas, la vida y la muerte.

El iniciado *sabe* que, detrás del mundo de la apariencia, existe una sola y única Realidad, y que esta Realidad es el Bien: Bien Infinito, Omnipresente y Omnipotente; que fuera de esta única y sola Realidad, nada existe y nada puede existir. Que lo que consideramos mal es una sombra inconsistente, una verdadera irrealidad, una pura y sencilla ilusión de nuestros sentidos y de nuestra imaginación, que debe ser *superada* en lo más íntimo de nuestra conciencia para que pueda desaparecer como concreción exterior.

La *primera letra* de la Palabra Sagrada, con la cual es costumbre nombrar la Columna del Norte, nos recuerda este Principio del Bien, en el cual debemos poner toda nuestra confianza, la que nos hará partícipes de sus beneficios, pues un Principio se hace *operativo* únicamente en cuanto es *reconocido,* y vive y reina en nuestra alma.

El hombre esclavo de la ilusión del mal, reconociéndolo como poder y realidad, le da preponderancia en su vida, y sus esfuerzos para combatirlo remachan las cadenas de la esclavitud. Únicamente cuando lo reconoce *como ilusión,* y cesa consecuentemente de tener poder en su conciencia, es cuando en realidad se libera de él.

USO DE LA PALABRA

La Palabra se hace efectiva por medio de su aplicación en oportunas *afirmaciones* y *negaciones* entendidas para conducir nuestro ser interno al reconocimiento o percepción de la Verdad que la misma Palabra quiere revelarnos. Muy explícitas y oportunas son sobre este punto las palabras del más grande Iniciado que conocemos: *Si perseveráis en mi Palabra* (o en la Palabra) *conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres.*

La Palabra debe, pues, afirmarse y repetirse con fidelidad y perseverancia para que pueda conducirnos a la *conciencia de la Verdad* que encierra. Entonces esta Verdad se hará efectiva en nuestra vida, convirtiéndose en *verdadero poder* que nos libertará del error, del mal y de la ilusión.

Además todas nuestras palabras, indistintamente, tienen un poder constructivo o destructivo sobre nuestro ser, nuestro carácter, nuestra vida y nuestras relaciones: las palabras *positivas* tienen un

poder constructivo, las *negativas* destructivo; las primeras unen y atraen, las segundas desunen y alejan. Es, pues, de importancia esencial que elijamos muy cuidadosamente lo que pensamos y lo que decimos, pues detrás de cada palabra o pensamiento está aquel mismo Poder del Verbo que se halla *en el principio* de toda cosa: *Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que es existiría.*

Afirmar el Bien, negar el Mal; afirmar la Verdad, negar el Error; afirmar la Realidad, negar la Ilusión: he aquí en síntesis cómo debe usarse *constructivamente* la Palabra. Como ejemplo damos una afirmación característica que debe leerse y repetirse individualmente, en íntimo secreto, y a semejanza de la cual muchas otras pueden formularse.

Existe una sola Realidad y un solo Poder en el Universo: Dios, el Principio, la Realidad y el Poder del Bien, Omnipresente y Omnipotente.

En consecuencia, nada hay que temer fuera del mismo temor: como no existe ningún Principio del Mal, éste no tiene realidad y poder verdaderos, y es sólo una imagen ilusoria que debe reconocerse *como tal* para que desaparezca.

Existe una sola Realidad y un solo Poder en mi conciencia: Dios, el Principio, la Realidad y el Poder del Bien, la Omnipresencia, Omnisciencia y Omnipotencia del Bien.

Por consiguiente, el mal no puede tener sobre mí y sobre mi vida poder alguno, si yo mismo (dándole vida o combatiéndolo) no le reconozco y confiero temporalmente realidad y poder: es un *dios falso* que se antepone al *Verdadero Dios*, que es Bien Infinito, una sombra ilusoria que impide que resplandezca la Luz de lo Real.

El Espíritu Divino es en mí, Vida Eterna, Perfección Inmortal, Infinita Paz, Infinita Sabiduría, Infinito Poder, Satisfacción de todo justo deseo, Providencia y Manantial de todo lo que necesito y se manifiesta en mi vida: mis ojos abiertos a la Luz de la Realidad ven doquiera Armonía y Buena Voluntad: el Principio Divino que se expresa en todo ser y en toda cosa.

EL PLAN DEL GRAN ARQUITECTO

El masón coopera a la expresión o realización del *plan* del Gran Arquitecto, o Inteligencia Creadora, cuyas obras aparecen doquiera en el Universo. Este *plan* es la Evolución: la Evolución Individual y la Evolución Universal de todos los seres, el *progreso* incesante y la elevación de la conciencia, en constante esfuerzo y en una *superación* igualmente constante de las imitaciones, constituidas por sus realizaciones anteriores.

El Plan del Gran Arquitecto obra *automáticamente* en la vida de los seres inconscientes, que se sienten empujados hacia delante, hasta el momento en que ellos mismos alcanzan el plano o nivel de la *autoconciencia*, que caracteriza el estado humano y diferencia al hombre del animal, que no tiene necesidad de darse cuenta de la *razón* de los impulsos que lo dominan ni de las Fuerzas que lo conducen.

Pero para los seres dotados de autoconciencia y de las facultades del juicio y del libre albedrío (los que *comieron* del simbólico fruto del Árbol del Bien y del Mal), el progreso cesa de ser posible en un estado de mera pasividad, y se necesita *comprensión e inteligente cooperación,* en proporción con el desarrollo de estas dos facultades.

En otras palabras, mientras la Naturaleza, por sus propios esfuerzos, evoluciona como resultado de una actividad de millones de años, a través de los reinos mineral, vegetal y animal, hasta producir su Obra Maestra, el *hombre,* cuyas posibilidades espirituales lo distinguen por completo de los seres inferiores; y para que pueda éste transformarse en un ser todavía más elevado y perfecto, en un *Maestro,* se necesita que el hombre *coopere voluntariamente* con la Obra de la Naturaleza o Plan del Gran Arquitecto.

El masón se distingue así del profano, en cuanto *entiende y realiza* esta cooperación voluntaria y consciente, convirtiéndose en un Obrero *dócil y disciplinado* de la Inteligencia Creadora, esforzándose en seguir el Sendero que conduce al Magisterio, o sea a la perfección de la Magna Obra del Dominio completo de sí mismo y de la *redención o regeneración individual.*

Pero este Magisterio es para el Aprendiz un Ideal necesariamente lejano: él se halla todavía en los primeros pasos del sendero, en sus primeros esfuerzos de tal cooperación voluntaria, con un Plan, una Ley y un Principio Superior que lo conducirán a realizar las más elevadas posibilidades de su ser, y para ello las cualidades que ante todo debe adquirir son precisamente *docilidad y disciplina.*

Es digno de nota que estas dos palabras vengan respectivamente de los dos verbos latinos *docere* y *discere,* que significan “enseñar” y “aprender”. *Dócil* es el adjetivo que denota la disposición para aprender, la actitud o capacidad necesaria para recibir la enseñanza.

Disciplina, en sus dos sentidos de “enseñanza” y “método de reglas a los que uno se sujeta”, viene de *discípulo,* término equivalente al de aprendiz. Por lo tanto, *ser disciplinado* debe considerarse como el requisito fundamental del Aprendizaje, que es la disciplina a la cual el aprendiz o discípulo naturalmente se somete para poder ser *tal.*

La *disciplina* es la parte que al aprendiz compete en el Plan del Gran Arquitecto: la harmonización de todo su ser y de todas sus facultades que lo hará progresar de acuerdo con las Leyes Universales, transformándolo de *piedra bruta* en *piedra labrada,* capaz de ocupar dignamente su lugar y llenar el papel y las obligaciones que le competen.

Esta disciplina es *voluntaria,* y de ninguna manera pudiera ser impuesta de afuera, o por otra parte de otros: es la *disciplina de la libertad* que tiene en la libertad individual su base indispensable, y es al mismo tiempo la que otorga al hombre su más verdadera libertad y la custodia. Y es una *disciplina libertadora,* en cuanto libra a las Fuerzas Espirituales latentes, al “Dios encadenado” que vive y espera en el corazón de todo hombre, y es la fuente de sus más íntimos anhelos, de sus más nobles ideales, de sus más altas aspiraciones.

LA GRAN OBRA

El Plan del Gran Arquitecto está entendido para la realización de una Gran Obra. Esta tiene dos aspectos: *individual* y *universal,* a los cuales el masón está igualmente llamado a cooperar con sus esfuerzos y actividad.

Ya hemos visto que la *autodisciplina* es el medio por el cual el aprendiz se prepara para llegar a comprender y realizar las fases más elevadas de la Gran Obra de Redención y Regeneración Individual, a raíz de la cual el hombre se transformará en un ser que estará en un nivel superior al de la humanidad, en un verdadero *sabio* o Maestro, en un superhombre.

Pero sus esfuerzos no deben dirigirse exclusivamente hacia lo interior, sino que en lo profundo del alma el masón buscará la Luz que guía y alumbra la conciencia, y es al mismo tiempo inspiración

para su actividad exterior, con la que tiene el privilegio de cooperar en el Plan del Gran Arquitecto, en la Gran Obra para el bien y el progreso del mundo y de sus semejantes.

Por modesta que sea la actividad, tarea o trabajo que a cada masón le compete en la vida profana, cesa de ser una carga y se convierte así en una actividad noble y digna en cuanto lo considera como realmente es, es decir, como *su parte* en el gran Plan para la evolución de todos los seres, como su cooperación individual y consciente a la Gran Obra Universal.

No hay, de esta manera, trabajo humilde que no se halle ennoblecido y dignificado. Por otro lado, no hay dificultad o problema superior a nuestras fuerzas que no nos sea dado resolver, cuando nos demos cuenta de que el Plan del Gran Arquitecto es y tiene que ser *perfecto* en todos sus detalles, ninguno de los cuales puede haber olvidado la Inteligencia suprema, que además se halla constantemente con nosotros y al alcance de nuestra inspiración para guiarnos e iluminarnos.

La *dignificación del trabajo* como de toda actividad hecha con la debida disposición de espíritu, es decir, con la mejor inteligencia y buena voluntad de que uno dispone, como *cooperación* a una Gran Obra Universal, dirigida por la Inteligencia Suprema o Gran Arquitecto del Universo, es sin duda uno de los méritos más grandes de la Masonería. Ningún ser humano, cualesquiera que sean sus condiciones y su posición social, tiene el derecho a vivir ocioso, sino que cada cual debe esforzarse en *trabajar constructivamente* en servicio, utilidad o beneficio de sus semejantes. Y debe dedicarse a lo que *sabe y puede hacer mejor,* y al par que sea útil y provechoso al máximo.

La actividad de cada hombre ha de ser pura y simplemente expresión de aquella parte del Plan del Gran Arquitecto que particularmente se le refiere. Esto es, la expresión de su Ideal más elevado de actividad, en relación con sus capacidades actuales, y la que mejor exprese las cualidades, facultades y potencialidades latentes de su ser, que eleve su espíritu y lo haga progresar constantemente.

Por esta razón las profesiones deshonrosas y las que especulan sobre la desgracia de los demás, como las de verdugo, carnicero, usurero, espía, mantenedor de prostíbulos, etc., son indignas de la calidad de masón, mientras las nobles profesiones materiales, por humildes que sean (no olvidando que de una de ellas la Masonería tiene su origen y simbolismo), siempre dignifican su categoría masónica.

En fin, cualquiera que sea su actividad u oficio, el masón deber obrar constantemente en perfecto acuerdo con sus Principios y su Ideal más elevado, anteponiendo las razones y consideraciones espirituales a las materiales, absteniéndose de cuanto no apruebe su conciencia y de lo que no crea perfectamente justo, recto y digno de su cualidad de masón. Pero poniendo cuidado al mismo tiempo de que un juicio superficial no le haga despreciar y considerar como indigno aquello que, en realidad, aporta en su lugar un real beneficio y constituye una actividad útil o necesaria.

A SU “GLORIA”

La Masonería hace constantemente sus trabajos a *la Gloria del G.·.A.·.*. Así también debe hacerlo cada masón, en su actividad individual, sin cuidarse de la comprensión, aprobación o reconocimiento de los hombres y de la compensación de sus esfuerzos, buscando primeramente realizar la Gloria o *expresión* del Principio Divino en él.

Debe tener presente que su obra o trabajo, aunque dirigidos hacia una particular finalidad, no sirven menos para este objeto que para *glorificar* al Dios silencioso que en él mora, lo inspira y lo guía a cada momento, deseoso de encontrar siempre una más plena y perfecta expresión de sí mismo.

Igualmente debe tener presente que este Principio *interior y trascendente,* que es Perfecta Inteligencia y Omnipotencia, es a quien debe *servir* primeramente, cualquiera que sea su directa o indirecta dependencia exterior, y no anteponer la aprobación y satisfacción de ésta a la de Aquél.

Como la palabra "servir" nos lleva naturalmente a hablar del *servicio,* es necesario que digamos algo sobre cómo debe entenderse masónicamente. Todas estas palabras provienen del latín *servus,* que significaba originariamente "esclavo", por ser "salvado" o conservado en vida en lugar de ser matado, como se hacía un tiempo con los prisioneros.

Es claro que el masón, siendo *hombre libre,* nunca debe trabajar con espíritu *servil,* es decir como esclavo. Aunque es cierto que cualquier actividad, desde la más humilde a la más elevada, puede y debe considerarse como un *servicio* hecho en beneficio de los demás (el rey o presidente de una república que entienda perfectamente su deber *sirve* a sus ciudadanos, del mismo modo que lo hace el barrendero), el masón, fiel a sus Principios, tiene el privilegio de *servir con libertad,* es decir, haciéndose guiar constantemente por los motivos más elevados y por consideraciones morales e ideales, más bien que por conveniencias materiales, como lo hace el *esclavo* de éstas, que no cesa de ser tal, aún en su mundana dignidad de rey.

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Sin duda, el primero y fundamental entre los deberes del masón es realizar la calidad de tal, esforzándose en comprender lo que *verdaderamente* significa esta calidad. Si bien es cierto que la iniciación confiere el título de masón, la calidad tiene que ser adquirida individualmente, esforzándose en poner en práctica, como *fórmula operativa,* la iniciación simbólica que ha recibido.

Estudiar el simbolismo masónico y esforzarse para hacer efectiva la Verdad encontrada o descubierta, de manera que *a cada adelanto del pie izquierdo* (inteligencia o comprensión de la Verdad) *corresponda un igual adelanto del pie derecho* (aplicación práctica de dicha Verdad), en perfecta escuadra con el primero. En esto debe aplicarse con todas sus energías el masón de cualquier grado, pues nunca pierde por su progreso en la carrera masónica su carácter primero de aprendiz.

La búsqueda de la Verdad debe hacerse *individualmente* (como individual es la iniciación, y el Camino que la realiza), y la ayuda de los demás puede servir únicamente de guía, con la condición de que sea un *experto,* es decir de quien *ya conoce el camino.* Todas las demás teorías, opiniones y creencias que se vociferan alrededor de nosotros son otros tantos murmullos a los que no debemos dar importancia, si verdaderamente queremos llegar al término de nuestras aspiraciones.

Pero para buscar eficazmente la Verdad y alcanzarla se necesita el *vehemente deseo* de poseerla, es decir, un deseo cuya fuerza sea suficiente para impulsarnos, con la energía necesaria, fuera del camino usual de las frivolidades, adentro y por encima de la misma ilusión de los sentidos, conduciendo gradualmente nuestros pasos *desde el Occidente* hacia el *Oriente*. Si este deseo no existe, es necesario esperar hasta que despierte, pues vano sería emprender el viaje sin este *impulso íntimo* que sólo puede darnos la fuerza de superar y vencer todos los obstáculos que encontremos en nuestro simbólico Camino.

La búsqueda debe hacerse igualmente con perfecta *libertad de espíritu,* habiéndose despojado de todos los errores, prejuicios y creencias que son los *metales* o moneda corriente del mundo profano, ejercitándose en pensar *por uno mismo,* sin tener otra mira que la Verdad, a la cual llegaremos cuando logremos superar los mismos límites de nuestro pensamiento.

LOS TRES DEBERES

La búsqueda de la Verdad nos conducirá naturalmente a reconocer los tres deberes, objeto de nuestra consideración en el Testamento, es decir, *nuestra triple relación:* 1º con el Principio de Vida; 2º con nosotros mismos; y 3º con la humanidad, en la cual debemos reconocer otros tantos *hermanos,* es decir, otras tantas expresiones paralelas del mismo Principio de Vida.

De esta trina relación, el masón, como ejecutor testamentario de sí mismo, está llamado a ser y dar *viviente testimonio.*

Su deber con el Principio de Vida está implícito en la búsqueda de la Verdad que acabamos de considerar y que conduce naturalmente al Individuo y reconocer *su exacta relación* con este Principio, y a reconocerlo como Realidad y Esencia Verdadera de todo. Pero el masón no puede simplemente limitarse a reconocer a la Gran Realidad del Universo como un Principio Abstracto, sino que está llamado a hacer de este reconocimiento un uso *constructivo y práctico.*

Esto se hace por medio del *uso de la palabra* de que hemos hablado anteriormente, la Palabra de la Verdad que establece nuestra íntima y directa relación con el Principio de la Verdad, que es también el Principio de la Vida y del Ser.

Nuestro deber o relación *con nosotros mismos consiste* en establecer una más perfecta conexión o alineamiento entre las dos partes o polaridades distintas de nuestro ser, es decir, entre *personalidad e individualidad,* entre nuestro Ser Mortal y nuestro Ser Inmortal, de manera que la primera, en vez de ser la *máscara* que la esconde, sea una siempre más completa expresión de la segunda, llegándose a la perfección cuando las dos estén íntimamente *unificadas* y cese toda distinción.

Este es el simbólico *trabajo de la piedra bruta* que debe ser conducida, por medio del esfuerzo constante de la Voluntad y del Pensamiento, en armonía con los Principios Ideales, a fin de realizar su perfección interior hasta que la forma exterior no se haya identificado con la misma Perfección Ideal y Latente.

Nuestro deber o relación con la humanidad no es menos importante que los precedentes, de los cuales es la consecuencia natural: el *iniciado* reconoce a un hermano en cada hombre, y en cada ser viviente una expresión del mismo Principio de Vida que siente en sí mismo. Este reconocimiento se manifestará primero con la *abstención* de todo lo que pueda perjudicar, dañar o hacer sufrir a otro ser viviente; y luego *amando* a nuestros hermanos o semejantes como a nosotros mismos.

En otras palabras, se trata de poner en práctica los dos aspectos del mandamiento o Regla Áurea de la vida: *No hagas a los demás lo que no quisieras que a ti te hicieren y Haz a los demás lo que desearías para ti mismo.*

SECRETO Y DISCRECIÓN

La *disciplina del silencio* es una de las enseñanzas fundamentales de la Masonería. Quien habla mucho piensa poco, ligera y superficialmente, y la Masonería quiere que sus adeptos se hagan más bien *pensadores* que *habladores.*

No se llega a la Verdad con muchas palabras ni discusiones, sino más bien con el estudio, la reflexión y la meditación silenciosa. Por consiguiente, aprender a callar es aprender a pensar y meditar. Por esta razón la disciplina del silencio tenía una importancia tan grande en la escuela

pitagórica, en donde a ninguno de los discípulos se le permitía hablar, bajo ningún pretexto, antes de que hubiesen transcurrido los tres años de su noviciado, período que corresponde exactamente al del aprendizaje masónico.

Saber callar no es menos importante que *saber hablar,* y este último arte no puede aprenderse a la perfección antes de habernos adiestrado en el primero, rectificando por medio de la escuadra de la reflexión todas nuestras expresiones verbales instintivas.

En el silencio las ideas se maduran y clarifican, y la Verdad aparece como la *Verdadera Palabra* que se le comunica en *el secreto del alma* a cada ser. El Arte del Silencio es, pues, un arte complejo, que no consiste únicamente en callar la palabra exterior, sino que se hace realmente completo con el silencio interior del pensamiento: cuando sepamos acallar el pensamiento es cuando la Verdad puede íntimamente revelarse y manifestarse a nuestra conciencia.

Para poder realizar esta disciplina del silencio, también hemos de comprender el significado y el alcance del *secreto masónico.* Dado que el masón tiene que callarse ante las mentalidades superficiales o *profanas* sobre todo aquello que únicamente los que se han *iniciado* en su comprensión pudieran entender y apreciar.

Por otro lado, los *signos y medios de reconocimiento,* y todo cuanto se refiere a los trabajos masónicos, deben conservarse en el secreto más absoluto, puesto que de este *secreto* depende la perfecta aplicación, utilidad y eficacia de los mismos. Son éstos los medios exteriores o materiales con los cuales está formada y se suelda y se hace efectiva la *mística cadena de solidaridad* que, con la Masonería, abraza toda la superficie de la tierra.

Ninguna razón justificaría que el masón violara el secreto al que se obligó con solemne juramento, sobre la manera de reconocerse entre los masones y el carácter de sus simbólicos trabajos, ni aún cuando lo creyere útil para su propia defensa o en defensa de la Orden.

Como siempre lo hicieron los iniciados, los masones deben soportar estoicamente y dejar sin contestación las acusaciones y calumnias de las cuales fueran objeto, esperando con tranquila seguridad que la verdad triunfe y se revele *por sí misma,* por la propia fuerza inherente en ella, como siempre inevitablemente tiene que suceder.

El iniciado debe, pues, renunciar siempre a su propia defensa, cualesquiera que puedan ser las acusaciones y ofensas que se le hagan. Más bien debe estar dispuesto a sufrir, si es necesario, una condena inmerecida: Sócrates y Jesús, entre otros, son dos ejemplos luminosos, cuyo martirio se ha transmutado en apoteosis. La verdad, que silenciosamente atesta con su conducta, se hará sin embargo, de por sí, su defensa segura e infalible.

En lo que se refiere al ritual masónico, es cierto que buena parte de las formalidades en uso en la Sociedad no permanecieron enteramente secretas. Pero es igualmente cierto que no pueden ser de utilidad verdadera sino para los masones, que de la misma manera que los instrumentos del arte determinado sólo sirven para los obreros expertos y capacitados en el arte. La gran mayoría de las obras que tratan de Masonería siempre caen, directa o indirectamente, en las manos de masones que, por otro lado, son los únicos capacitados para realmente entenderlas.

Así pues, es deber del masón cuidar que se observe el secreto también en aquellas partes del ritual masónico que puedan haber llegado a conocimiento del público, absteniéndose igualmente de negar como de afirmar la autenticidad de las pretendidas *revelaciones* que se encuentran en obras que tratan de nuestra Institución, y que muchas veces revelan supina ignorancia además de superficialidad.

Y en cuanto al *verdadero* “secreto masónico”, su naturaleza esotérica lo pone para siempre al abrigo de los espíritus superficiales, tanto fuera como dentro de nuestra Sociedad. Aunque pueda hablarse de este secreto con toda claridad en las obras del género de la presente, quien escribe sabe bien que su comprensión y entendimiento no pueden ir *más allá* de lo que haya destinado la Oculta Jerarquía que gobierna la Orden: los que *leen y entienden* o bien son *masones* deseosos de conocer el oculto significado del simbolismo de nuestro Arte, o bien lo son en espíritu y no dejarán de hacerse buenos masones cuando la ocasión se les presente. Para los espíritus superficiales estas obras no ejercerán atracción alguna.

La discreción del masón que entiende los secretos del Arte debe ejercerse también con sus hermanos que no poseen todavía la suficiente madurez de espíritu, que es condición necesaria para que pudieran hacer un uso provechoso de sus palabras.

La Verdad *no sirve* y no puede ser recibida por quien no se halle todavía en condición de entenderla, o prefiera vivir en el error: todo esfuerzo que hagáis para convencerlo se transmutará en vuestro personal perjuicio. Dejad, pues, en paz a todos aquellos hermanos sinceros, y muchas veces entusiastas, que entienden la Masonería a su manera, con espíritu semiprofano, y se esfuerzas en practicarla con buena voluntad, en la medida de su entendimiento.

El masón que conoce *la verdadera palabra* debe estar siempre dispuesto a dar *la letra* que corresponde, cuantas veces le sea pedida. Pero debe esperar siempre que esta letra le haya sido directa o indirectamente pedida y hacer que su letra se halle en perfecta correspondencia y armonía con la letra encontrada y dada como pregunta. A cada cual se le contesta cuando se juzga necesario, según las ideas que el mismo ha expresado: no hacerse *comprender* bien es dañoso igualmente para quien habla y para quienes escuchan.

NECESIDAD DE LA TOLERANCIA

La más amplia Tolerancia es, por lo tanto, necesaria en materia de ideas y opiniones, imponiéndose como primera condición de la vida y de la actividad masónica, y como postulado necesario para que las diferencias entre las ideas no impidan la realización de la solidaridad y del espíritu de fraternidad que siempre han de reinar entre los masones.

Que cada cual se esfuerce individualmente y según las posibilidades de su inteligencia y haga el uso mejor y más sabio de sus conocimientos; pero que cuide de no censurar a los demás, ya sea porque él no entiende o porque ellos no entiendan, ya que siempre ocurre uno de ambos casos, y frecuentemente ambos a la vez.

Toda opinión sincera merece, por tal razón, ser respetada aunque no convengamos en lo concreto sobre la misma. Y la verdadera libertad de pensamiento se mide por la libertad que cada individuo sabe conceder a los demás.

La diferencia de ideas nunca debe producir como resultado una falta de simpatía y menos aún antipatía entre dos hermanos: los que lo hacen faltan a sus deberes de masón. Más bien deben tratar de comprenderse y de identificarse mutuamente lo mejor posible con el punto de vista contrario. Toda antipatía es fundamentalmente una *falta de comprensión,* mientras que comprensión y simpatía son sinónimos.

Por otro lado, siendo infinitos los puntos de vista desde los cuales puede considerarse la Verdad, es siempre presuntuoso, denotando fanatismo y estrechez de miras el hacerse *juez* de las opiniones ajenas. En realidad, a ninguno puede considerársele absolutamente en el error, y pocos son los que

pueden afirmar estar absolutamente en la Verdad: la mayoría de las opiniones que se expresan participan, en diferente medida, del error y de la verdad, siendo tentativas y *aproximaciones progresivas* entre las dos polaridades.

Es además y sobre todo importante que cada hombre busque, encuentre y se abra su propio *camino individual* hacia la Luz: nunca podemos, por lo tanto, pretender encontrar una absoluta uniformidad de opiniones y de ideas, si bien es cierto que éstas se acercan entre ellas, tanto más cuanto más convergen las mentes individualmente hacia la Verdad. Pero, cada cual tiene que *pensar por sí mismo* y nadie puede tomarse el trabajo por los otros, si bien puede ayudarlos estimulando su pensamiento.

DEBERES DE LA LOGIA

Los masones se agrupan en logias según sus afinidades naturales, de orden intelectual, social o profesional. Cada Logia tiene así su particular fisonomía y orientación, expresión colectiva de los ideales y tendencias individuales de los que la interpretan.

Como fundamental *unidad masónica,* toda Logia representa una distinta encarnación de la Orden de la cual es el exponente, una particular interpretación y realización de las finalidades, propósitos e ideales de la Masonería Universal. Esta vive, se manifiesta y obra en cada una de sus Logias indistintamente, como el Espíritu Uno que anima a todos los seres del universo, siendo cada ser una distinta *expresión individualizada* del mismo Principio.

Cada Logia se halla *directamente relacionada* con las que le precedieron, en las cuales fueron iniciados sus fundadores y miembros afiliados; y de la misma manera está relacionada con las Logias que pueden ser formadas por sus miembros, que en ella recibieron la investidura y cualidad de masón. Así todas las Logias del Universo, las que existieron en los años y siglos pasados, las que existen en la actualidad, las que se crearán en un futuro, forman, con su filiación y descendencia, *una cadena ininterrumpida* que se extiende desde épocas inmemoriales, testimoniando la Vida Una que anima al cuerpo múltiple de la Institución y hace que todas las Logias estén enlazadas unas con otras.

Así se transmitieron universalmente, de Logia en Logia, modificándose en parte y adaptándose, las antiguas tradiciones y los usos y fórmulas rituales. Y así toda Logia formada por masones regularmente iniciados, sin distinción de filiación u obediencia, puede decirse y es efectivamente, en su jurisdicción, la representante de la Orden.

Todo masón tiene el deber de afiliarse o concurrir a la formación de una Logia; y, dentro de su Logia, todo masón debe cooperar como mejor pueda a la actividad impersonal del conjunto del que forma parte integrante, aportando a la Obra Común el tributo de su pensamiento y buena voluntad.

Cada uno de los miembros de la Logia tiene su deber particular, según el puesto que ocupa y la actividad que le corresponde, de los que debe hacerse intérprete fiel. Todo cargo indistintamente es una *oportunidad* para manifestar y ejercer las cualidades que para aquel cargo especialmente se requieren.

Así, el Venerable es especialmente quien debe *iluminar* la Logia con la Sabiduría y el Recto Juicio que simbólicamente representa, dirigiendo constructivamente su actividad. El Primer Vigilante debe manifestar discernimiento, claridad y fuerza en las decisiones, cooperando con el Venerable al orden de los trabajos, a su exactitud y perfecto desarrollo. El Segundo Vigilante debe hacerse el

exponente de la Armonía, cuidando de que todos se mantengan en un *nivel* de perfecta *equidad* y comprensión, resolviendo así sus dificultades.

El Secretario tiene encomendada la tarea de *anotar* y *registrar* fielmente todas las actividades de la Logia, así como la de trazar sus planchas. Mientras el Orador que se sienta enfrente de él tiene a su cargo la de hacerse *portavoz* de las palabras y de los pensamientos de sus hermanos, lo mismo que de toda la Orden en su conjunto, haciendo de la *palabra* el uso más fecundo y constructivo.

El Tesorero es el depositario de los valores tanto espirituales como materiales, y su más especial cuidado ha de ser que éstos sean siempre empleados para fomentar y enaltecer a aquellos. El Hospitalario se hace exponente de la *solidaridad* de la Logia, cuidando de que nunca se relaje el lazo de unión que siempre ha de existir entre todos los miembros de la Orden.

El Maestro de Ceremonias debe cuidar del orden y de la armonía, así como del prestigio de los trabajos. El portaestandarte debe custodiar el Ideal o *Logos* particular que la Logia representa y encarna.

Los dos diáconos, a semejanza de Mercurio e Iris, han de ser *mensajeros* de la Sabiduría y de la Voluntad que se expresan en el Taller. Y los dos Expertos han de demostrar su pericia como *guías* de los candidatos y demás miembros todavía *inexpertos* sobre el Camino simbólico de la Luz.

El Guardatemplo debe cuidar con toda atención la *cobertura* de la Logia, y de la cualidad realmente *constructiva* de los elementos y materiales que ingresen en ella, de manera que sus trabajos sean eficientes y completos.

Finalmente, cada miembro de la Logia se esforzará en ser realmente una de las *columnas* del simbólico Templo que la misma Logia representa, fijando su mirada en los Principios Ideales que constituyen su techado, y apoyando firmemente los pies sobre el suelo de la contingencia y de la realización objetiva. De esta manera, el cumplimiento individual de los deberes que a cada hermano le están encomendados hará que la Logia prospere y aporte una contribución efectiva a la prosperidad y al progreso de la Orden.

LOS “TRABAJOS” MASÓNICOS

Los *trabajos* representan la actividad colectiva de los hermanos en la Logia. Lo que caracteriza a estos trabajos y los distingue de las reuniones y asambleas profanas es el ceremonial especial según el cual se desenvuelven y, particularmente, se abren y se cierran, ceremonial cuya peculiar nota distintiva es el orden, manifestándose en ese ritmo constante que favorece la continuidad de los ya realizados.

Tanto la apertura como el cierre de los trabajos se verifica en horas convencionales y simbólicas, sobre las cuales el Ven.·.M.·. se informa cerca del Pr.·.Vig.·.. En la mayoría de los rituales actualmente en uso, estas horas son *del mediodía a la medianoche* para los tres grados simbólicos, significando el mediodía (la hora en que el sol se halla en el cenit, en la plenitud de su poder luminoso y calorífico) la madurez espiritual necesaria para ser masón, y la medianoche (en la que la luz del día ha desaparecido por completo por hallarse el sol en el nadir), el momento en el que ya no es posible actuar eficazmente en los mismos.

Sin embargo, en nuestra opinión es más razonable y más conforme a las antiguas tradiciones masónicas que los trabajos se abran y cierren en horas diferentes para los distintos grados (que representan diferentes épocas o etapas de evolución) y que, particularmente para el grado de

aprendiz, los trabajos se abran *a la salida del sol* (es decir, aquél período de la vida en el cual la luz espiritual se manifiesta primero en la conciencia) y se cierren al *mediodía* (o sea en la hora en la que la *plenitud de la luz* permite el paso a una cámara o grado superior).

También desde el punto de vista del simbolismo material, estas horas son las más apropiadas para el trabajo especial del *aprendiz* (desbastar la piedra bruta, acercándola a una forma en relación con su destino), mientras las horas sucesivas pueden ser útilmente aprovechadas por otros obreros que completen el trabajo de los primeros, llevando las piedras y disponiéndolas oportunamente en el edificio que se está construyendo, para cuyo objeto fueron *labradas*.

El reconocimiento de la *hora* debe acompañarse de la *edad*, que tiene su valor equivalente, representando aquella época o estado en la evolución individual en que es posible tomar parte en los trabajos masónicos, es decir, obrar en armonía con la Ley y el Principio Constructivo del Universo. Los tres años del aprendiz significan, en la evolución individual, el paso en las tres grandes etapas evolutivas representadas por los tres reinos de la naturaleza: mineral, vegetal y animal, en los cuales se desarrolla progresivamente aquella *individualidad* que en el estado humano aparece en su perfección, como *autoconciencia*, con las cualidades que la acompañan: el pensamiento consciente, el juicio y la libre voluntad.

No debemos descuidar el particular de que el Ven.·.M.·. se informa precisamente cerca del Prim.·. Vig.·. respecto de la hora como de la edad. Por medio de estas preguntas, el primero no sólo se asegura de la calidad *masónica* de la persona con quien habla, que constituye la primera condición para que los trabajos se verifiquen, sino que hace evidente la necesidad (o segunda condición) de que el *tiempo*, que representa el momento evolutivo y las circunstancias externas, sea además oportuno y favorable.

La actividad masónica necesita tiempo y condiciones especialmente adaptadas; necesita que la responsividad del ambiente haga fecunda y próspera la labor que queremos emprender. Cuando ésta no lo sea, la pregunta quedará sin contestación, y habrá que esperar hasta que *llegue la hora*.

En otras palabras, permaneciendo dentro de nuestro corazón tenazmente fieles a nuestros ideales, proyectos y aspiraciones, así como a los esfuerzos que hayamos emprendido, hemos de saber esperar la hora con Fe inmutable: el tiempo no puede dejar de hacernos justicia y recompensará infaliblemente nuestra perseverancia.

APERTURA DE LOS TRABAJOS

La primera condición para que pueda procederse a la apertura de los trabajos es que la Logia se encuentre a cubierto, tanto exterior como interiormente: exteriormente a cubierto de las indiscreciones profanas, e interiormente por la calidad de *masones* que todos los presentes tienen que demostrar.

Al Guardatemplo es a quien le incumbe *asegurar* que se halla el Templo perfectamente aislado del exterior y *cuidarlo*, además, constantemente, durante el desarrollo de los trabajos, vigilando, armado de espada, la Puerta del Templo, y abriéndola, con el permiso del Ven.·., únicamente a los que sean reconocidos como genuinos y legítimos masones. Simboliza el Guardatemplo la facultad que se encuentra al *umbral* de nuestra conciencia, la que tiene que vigilar que no ingresen en la misma los errores profanos y todos aquellos pensamientos que no reciban la aprobación de su Ser más elevado (el Ven.·. M.·.).

La hermética cerrazón interior se asegura por medio del *signo* que hacen los presentes, a la invitación del Ven.·.M.·., y de cuya exactitud éste se asegura con la ayuda de los dos Vigilantes. El signo indica la cualidad del masón u Obrero consciente y disciplinado del Principio Constructivo del Universo, y asegura al mismo tiempo la fidelidad y discreción que deben siempre acompañarse a dicha cualidad, representando la *vigilancia* que el masón se dispone a observar sobre sus palabras, y la *perfecta rectitud* con la cual medirá éstas, lo mismo que sus pensamientos y acciones.

Sigue a este doble aseguramiento un diálogo entre el Ven.·. y los principales oficiales de la Logia, por el cual se cerciora de que cada cual esté en su lugar y sea consciente de los deberes y obligaciones que le corresponden. El Guardatemplo, el Segundo y Primer Diácono, el Segundo y Primer Vigilante, son interrogados sucesivamente, y cada cual declara su respectiva función, como *razón explicativa* del lugar en que se sientan.

El diálogo prosigue entre el Ven.·. y el Pr.·. Vig.·., declarando este último sus atribuciones y deberes del primero, por el hecho de sentarse en el *Oriente,* y los principios y finalidades de la Orden en general y de las reuniones masónicas en particular.

Habiendo cumplido con estas diferentes modalidades iluminativas y explicativas, y con la seguridad de que la hora y la edad son convenientes, adecuadas y oportunas, el Ven.·.M.·. y después ambos Vigilantes hacen a todos los presentes la invitación a que *le ayuden* a abrir los trabajos. Esta invitación muestra en primer lugar la necesidad de que todos se den cuenta de la importancia y solemnidad del momento, preliminar para la invocación del G.·.A.·. en su tríplice expresión, fijando toda atención sobre las palabras que se van a pronunciar, y que necesitan el unísono espiritual de los corazones de todos los miembros de la Logia, despertando en cada cual un eco profundo. En segundo lugar hace hincapié sobre la *cooperación,* como condición indispensable para la eficiencia de cualquier actividad masónica.

ENCENDIMIENTO DE LAS LUCES

Teniendo el Ven.·. la seguridad de que todos los presentes han recibido la invitación que se les ha transmitido, todos se ponen de pie y a la orden y el Ven.·. enciende la antorcha simbólica de la Sabiduría del Gran Arquitecto, invocándolo para que *alumbre los trabajos.*

El Primer Vigilante lo imita, encendiendo su luz, que simboliza la Fuerza Omnipotente del Eterno, e invocándola para que *acreciente y haga prosperar* esos mismos trabajos. Y el Segundo Vigilante hace lo mismo con su antorcha, que simboliza la Belleza Inmortal del Principio de la Vida Universal, invocándola para que *los adorne.*

Esta iluminación preventiva de la Logia precede y predispone a la solemne invocación que se hace *a la Gloria del Gran Arquitecto* y en el nombre de la Masonería Universal, con la cual se declaran *abiertos* los trabajos, siendo esta declaración acompañada por los toques de las tres luces y confirmada con el signo y la batería de todos los presentes. Estos elementos, que subrayan la invocación, confieren a la ceremonia una austera y profunda belleza.

Habiéndose declarado *abiertos* los trabajos, a la Gloria del Ser Supremo, el primer cuidado será ahora que la Palabra Divina, o sea el Logos, brille en la Logia y dirija la actividad constructora de los obreros en el Templo simbólico. Con este fin, estando todos los representantes de pie y a la orden, el Primer Vigilante, acompañado por el Maestro de Ceremonias, se encamina solemnemente hacia el Ara, para *abrir* el Libro Sagrado y el Compás, disponiendo oportunamente éste y la escuadra sobre las misteriosas palabras con las cuales se inicia el Evangelio de S.·J.·.

Al pronunciarse estas palabras brilla la Luz del Delta y toda la Logia se ilumina completamente para que los trabajos puedan desarrollarse en *orden y armonía,* manifestándose efectivamente la *presencia* del Gran Arquitecto dentro de todos los presentes, como Ideal Inspirador de la actividad.

CLAUSURA DE LOS TRABAJOS

Antes de proceder a la clausura de los trabajos, se concede la palabra "en bien general de la Orden, del Taller en particular y de la humanidad", después de lo cual se inunda el *tronco de solidaridad.*

Con el primero de esos actos se da a todo hermano que lo desee la oportunidad de hablar sobre algún asunto particular que le interese, dirigiendo sobre el mismo la atención de la Logia. También se aprovecha esta ocasión para presentar las excusas de los hermanos que no hayan podido asistir a la tenida, y para saludar a los hermanos visitantes que representan a sus respectivas Logias. Estos igualmente pueden tomar la palabra, trayendo a la Logia la expresión de sus sentimientos fraternales, así como los mensajes especiales de los cuales hayan sido encargados, estrechándose así íntimamente las relaciones de amistad entre las diferentes Logias.

Con el segundo acto, cada masón expresará su solidaridad con toda la Familia Masónica y Humana, por medio de una contribución proporcionada a sus medios y depositada *secretamente* en el tronco, que será destinada a aliviar las desgracias ajenas, o bien como cooperación para alguna obra benéfica.

La clausura de los trabajos se verifica en forma *inversamente análoga* a la ceremonia de apertura: habiéndose concedido la palabra, circulará el tronco y dado lectura al Acta del Secretario (es más conveniente que esto se haga al término de la misma tenida, en vez de dejarla para la siguiente, para que todos puedan juzgar mejor su exactitud), el Ven.·. se informa de si los hermanos de las dos columnas están *contentos y satisfechos.*

Esta ha de ser, pues, la actitud de todos los hermanos en la Logia, cuando los trabajos hayan sido convenientemente conducidos. Obtenida la seguridad de que así es, se informa al Ven.·. cerca del Pr.·.Vig.·. sobre la edad y la hora, y como éstas son *justas,* anuncia por conducto de los Vigilantes a toda la Logia que va a proceder a la clausura de los trabajos, requiriéndose para este acto la cooperación unánime de todos los presentes, lo mismo que para la apertura.

Hecho el anuncio, con el fin de que todos los hermanos se dispongan en actitud conveniente para participar en la ceremonia, la *palabra sagrada* pasa del Oriente al Occidente, y del Occidente al Sur, por conducto de los Diáconos, y, siendo debidamente recibida por el Segundo Vig.·., éste lo anuncia, comunicando que *todo es justo y perfecto.*

Puede ahora procederse a la clausura propiamente dicha, que se hace por medio de los golpes simbólicos que repiten las tres luces, y mediante la fórmula pronunciada por el Ven.·.M.·., con lo cual se declaran *cerrados,* siguiendo también a esta declaración el signo y la batería.

Entonces el Pr.·.Vig.·., acompañado por el Maestro de Ceremonias, procede a la clausura del Libro y del Compás, y se apaga la Luz del Delta, después de lo cual también se apagan las tres antorchas simbólicas, que corresponden a las tres Luces de la Logia, con palabras análogas a las que fueron pronunciadas al ser encendidas.

Antes de separarse, es costumbre *jurar el secreto* sobre los trabajos en los cuales los presentes acaban de participar. Este *secreto constructivo* representa el *silencio* que tiene que preceder a toda nueva actividad, pudiéndose comparar a la oscuridad protectora que, dentro del seno de la tierra,

favorece la germinación de la semilla en sus primeros estados hasta que no se haya abierto su camino hacia la luz.

Después de lo cual se procede a formar la *cadena,* manifestando ésta en forma tangible el *lazo de fraternidad* que debe existir entre todos los masones, símbolo de la unión íntima de todas las buenas voluntades, necesaria para el triunfo de las buenas causas y el progreso de la humanidad.

Es conveniente que se dedique este momento que precede a la separación de los hermanos a que éstos se recojan algunos instantes, concentrando la mente sobre alguna afirmación que sugiere el Ven.·.M.·.

CÓMO DEBE ENTENDERSE LA SOLIDARIDAD

La *solidaridad* es el sentimiento de *unión* que nace de un común Ideal, de una comunidad de aspiraciones, una unión consolidada en el mundo espiritual, que se manifiesta exteriormente en pensamientos, palabras y acciones por medio de los cuales se hace evidente y se realiza en términos de vida.

Los que luchan por una particular idea son *solidarios* en todo lo que se relaciona con aquella idea. Y los que más bien que por una idea particular, se esfuerzan para lograr el triunfo impersonal del Bien, de la Verdad y de la Virtud (como son, o deberían ser, los *masones),* convendría que se hallaran todavía más hermanados entre sí, dado que el triunfo de las más nobles aspiraciones humanas no puede conseguirse sino con la cooperación y los esfuerzos unidos de todos los que las comprenden.

La solidaridad de los masones debe ser, pues, *solidaridad en el Bien, en la Verdad y en la Virtud,* solidaridad en todo lo que sea Justo, Noble, Digno y Elevado. Una solidaridad pronta para expresarse en cualquier momento con palabras y acciones perfectamente conformes a estas aspiraciones que deben dirigirnos y con las cuales verdaderamente se realiza el místico Reino de los Cielos sobre la tierra y se hace la Voluntad de Dios, que es el Bien y su triunfo, *así en el cielo como en la tierra.*

Cuando así lo hacen los *verdaderos masones* se demuestran *verdaderos cristianos,* entendiendo y poniendo en práctica las palabras del sublime Maestro de Nazaret, las que interpretan y aplican por medio del Compás y de la Escuadra, que son los instrumentos de la inteligencia con los cuales *conocemos la Verdad* y estamos capacitados para aplicarla constructivamente a las necesidades de la existencia.

CÓMO DEBE REALIZARSE LA FRATERNIDAD

Se habla mucho de *fraternidad* entre los masones, como entre los miembros de otras sociedades que la sustentan entre sus objetos; pero, si del campo de la palabra y de la pura teoría, dirigimos nuestra mirada a la práctica de la vida diaria, vemos cómo la efectiva realización de la fraternidad deja mucho que desear, y ésta es la causa de que muchos se desilusionen y pierdan toda confianza sobre la veracidad de este ideal.

Y, sin embargo, nunca podemos esperar una realización de fraternidad diferente del entendimiento particular de cada cual. En otras palabras, no es suficiente que uno se llame *masón* o que sea miembro de otra fraternidad para que los demás deban sentirse con derecho a *exigir* una manifestación de fraternidad en todos los campos de la vida, conforme a sus particulares ideales.

El amor *se da*, pero nunca puede exigirse: lo mismo debe decirse de la fraternidad, que no puede ser sino una manifestación del amor. Ninguna verdadera y sincera manifestación de fraternidad puede obtenerse si no es en cuanto uno verdaderamente la *siente y realiza interiormente:* un masón se hará verdadero masón y hermano según sienta en sí mismo el Ideal Masónico y se reconozca como *hermano* de los demás.

Cuando uno progresa en el Sendero de la Vida (del cual la Masonería nos ofrece en sus ceremonias una maravillosa interpretación) y se acerca al reconocimiento (que no es únicamente un frío concepto o percepción intelectual, sino *directa conciencia y sentimiento)* de la realidad del Principio Único de todo, *siente* entonces interiormente, y de una manera siempre más clara, su íntima unión y solidaridad con toda manifestación de la Vida, y de esta íntima conciencia y sentimiento, una verdadera comprensión y realización de la fraternidad será la consecuencia *espontánea y natural.*

Que cada cual, pues, *se eleve,* a su manera, y según mejor pueda, sobre su egoísmo y su ignorancia, y que reconozca su *verdadera naturaleza,* manifestación del Principio de Vida que vive en todos los seres (y que ha recibido en Masonería el nombre de Gran Arquitecto), reconociendo así sus *deberes,* o sea su relación con el mismo Principio de Vida, con sí mismo y con sus semejantes. Este es el camino por medio del cual la Masonería *enseña* la fraternidad y busca su más práctica y efectiva realización.

Esta fraternidad será primeramente *entre hermanos,* pues sólo los que la entienden y se reconocen como hermanos pueden realizarla; pero, como el Amor no puede tener ningún límite verdadero, y no existe condición o estado en que no pueda manifestarse, no hay ser o manifestación de la Vida Universal, a quienes no pueda y deba *extenderse.* Esta es la Fraternidad de Iniciados y de los verdaderos Maestros.

Busquemos, pues, el Principio Supremo y básico de todo, reconozcamos la Verdad de la Unidad de la Vida y de la *íntima indivisibilidad* de todos los seres: en la proporción en que efectivamente lleguemos a este conocimiento, llegaremos también a reconocer y realizar la verdadera Fraternidad Masónica, y ésta cesará de ser una vana utopía y un ideal abstracto fuera de las posibilidades humanas. Así se realiza el Gran Mandamiento del que nos habla Jesús, cuya segunda parte, “ama a tu prójimo como a ti mismo”, es el corolario natural de la primera: “ama a Dios (el Principio o Realidad de la Vida) con todas tus fuerzas, con toda tu alma y con todos tus pensamientos”.

CÓMO DEBE PRACTICARSE LA CARIDAD

Se habla también mucho, en Masonería y en otras instituciones filantrópicas, de caridad y beneficencia, como *deberes* que los más afortunados tienen para con los “desdichados y desheredados de la suerte”. Pero difícilmente caridad y beneficencia llegan a ser verdaderamente *caritativas y benéficas,* por cuanto proceden del error, más bien que de la verdad, y así contribuyen muchas veces a reforzar y hacer estático o crónico el mal que quieren eliminar, reforzando su raíz.

Como lo enseñaron todos los sabios de todos los tiempos (y ésta puede ser, en cierta manera, la piedra de parangón de la verdadera Sabiduría), *la raíz y la causa primera de todos los males debe buscarse* en el error o en la ignorancia. Y hasta que no se remedie este error y esta ignorancia, toda forma de caridad no será más que un paliativo, pues no elimina la raíz del mal, sino que muchas veces la hace, con la propia *conciencia* del mal que estimula, aún más fuerte y vital.

Por ejemplo, no hay duda que el Tronco de Solidaridad oportunamente circulado a favor de un hermano necesitado, o de otro caso piadoso, puede constituir una ayuda útil y providencial, especialmente si los presentes se muestran generosos en sus contribuciones; como puede serlo la

ayuda directa a uno o a otro hermano. Pero si con la ayuda pecuniaria (cuyo valor y efectividad no pueden ser sino temporales y transitorios) los presentes acompañan, como casi siempre sucede, sus sentimientos y pensamientos de compasión y, peor aún, de conmiseración, o en cualquier forma se considera a la persona necesitada como impotente y en estado de inferioridad, la influencia de estos pensamientos hace muy poco deseable y efectiva la ayuda, en cuanto contribuye a *abatir* más bien que a realzar su estado moral y la confianza en uno mismo.

Lo mismo debe decirse, con mayor razón, de toda forma de beneficencia que, más que una simple y espontánea manifestación del espíritu de fraternidad *entre hermanos libres e iguales,* haga manifiesta la distancia que media entre bienhechor y beneficiado, o de alguna manera se resuelva para éste la dádiva en humillación, con la cual paga muy cara la ayuda recibida. No decimos nada de la beneficencia que sirve de pretexto a la ostentación y la vanidad, pues en este caso difícilmente pudiera considerarse digna de tal nombre.

La verdadera beneficencia debe ser *secreta y espontánea,* y no debe envolver en sí ninguna forma de humillación. Prevenir las necesidades de un hermano que se halle manifiestamente en dificultades es mucho más fraternal que esperar que éste pida una ayuda, pues con la petición ésta ya se halla casi *pagada* y ninguna cosa se paga tan cara como pidiéndola.

La mano que da con verdadero espíritu de fraternidad debe *esconderse,* y "la izquierda no debe saber lo que hace la derecha". Debería así proscribirse absolutamente la práctica en uso en algunas Logias de Pedir a otros Talleres una contribución en la ayuda a algún hermano, y especialmente dar el nombre de este hermano. Ni en el mismo Taller debiera darse el nombre de la persona socorrida, pues no hay necesidad de que sea conocida, con excepción de los que directamente intervienen en ayudarla.

LA AYUDA MÁS VERDADERA

Aunque la ayuda directa puede ser en algunos casos útil y necesaria (siempre que sea una verdadera manifestación espontánea de *solidaridad y fraternidad),* es mucho mejor dirigirse a la raíz del mal, en vez de contentarse con remediar temporalmente sus síntomas exteriores.

La persona que se halla en difíciles circunstancias materiales tiene antes que todo necesidad de ser ayudada *espiritual y moralmente,* con pensamientos positivos que realcen su estado de ánimo abatido, y tengan para él el efecto de las palabras taumatúrgicas: *¡Levántate y anda!* Ayudar a un hermano a caminar sobre sus propios pies es mucho mejor que proveerlo de muletas. Facilitar un medio de *ganar por sí mismo* lo que necesita es mucho más fraternal, deseable y digno que facilitarle una ayuda que lo ponga, como beneficiado, en condición de inferioridad.

Pero cuando esto no sea posible momentáneamente, el compartir lo que uno tiene, con verdadero espíritu de solidaridad fraternal, según propio dictado de la conciencia, debe ser considerado como un deber elemental, un privilegio y una oportunidad para todo iniciado que verdaderamente sienta en su corazón el *lazo de fraternidad,* la mística cadena de unión que lo une a todos los seres, y en particular a aquellos con los cuales tiene una más profunda afinidad moral y espiritual.

No se entiendan las precedentes consideraciones para alejar a nadie de sus deberes de solidaridad para con sus semejantes en general, y sus hermanos en particular, sino más bien para que sean mejor atendidos y practicados, despojados de toda ostentación por parte de quien da y de toda humillación hacia quien recibe, como conviene para una verdadera expresión del *espíritu masónico,* que no puede ser nunca aislamiento negativo ni deprimente solicitud.

Elevarse sobre los sentimientos y los conceptos profanos de caridad, para realizar la verdadera fraternidad de los iniciados, en la que lo que uno hace por un hermano lo hace con el mismo espíritu que lo hiciera para sí mismo, sin adeudarle ninguna obligación o deber de mostrarse reconocido, ha de ser el ideal de todos los verdaderos masones.

EL RESPETO A LA LEY

El respeto a la Ley y a la Autoridad Constituida (y, por consecuencia, a cualquier forma de gobierno sin distinción) ha sido siempre uno de los primordiales requisitos de la Masonería y de las reglas de conducta de los iniciados de todos los tiempos.

Aunque éstos reconozcan por encima de toda Ley y Autoridad humana la Ley Suprema de la Verdad y la Suprema Autoridad del Espíritu, y en un tan íntimo reconocimiento encuentren una perfecta libertad y descansen en ella (una *libertad interior* que ninguna condición externa podría quitarles ni limitar), no pueden desconocer en las Leyes y Autoridades humanas otras tantas manifestaciones y emanaciones de la Ley y Autoridad Divina, en la cual únicamente pueden aquéllas ejercer y poseer el poder.

Por esta razón el iniciado, si bien perfectamente libre de todo espíritu de sujeción o humillación, se impone el deber de respetar las Leyes y Autoridades del país en que se encuentre, sin discutir su legitimidad; y si fuera víctima de un atropello o de una injusticia, no se opondrá al adversario, sino que esperará de la Ley y del Poder Supremo aquella *perfecta justicia* que nunca será esperada en vano cuando se tenga en ella absoluta confianza.

En otras palabras, el iniciado ve a los hombres y a las cosas como *expresiones* muchas veces inconscientes de poderes, fuerzas, leyes o necesidades que aquellos desconocen: por esta razón, nunca inculpa a los hombres y a las circunstancias, sino que acepta serenamente la *apariencia* del mal, sin dejarse cegar por éste, y sin considerarlo como definitivo (en cuyo caso él mismo se haría su esclavo y su víctima), pero sí preparándose para ver doquiera el triunfo *inevitable* de la Justicia y del Bien.

Por consiguiente, el verdadero iniciado nunca será un revolucionario o un rebelde, un conspirador en contra de la Ley de la Autoridad constituida: conociendo la *ilusión* de los medios y remedios exteriores, procurará remediar interiormente las cosas y males externos; y esto se hace por medio de la *comprensión del amor* y de la *cooperación* más útil, eficaz y constructivamente que con medios exteriores de violencia y rebeldía.

Para los masones, las Leyes y Autoridades Masónicas (así como las Leyes y Autoridades Religiosas para los miembros de determinada religión) deben ser consideradas con respeto, así como las Leyes y Autoridades exteriores. Pero, por encima de estas *leyes escritas*, el verdadero masón debe recordar que la Suprema y más verdadera Ley Masónica es la que el Gran Arquitecto graba en el corazón de todo Adepto fiel, es decir, la que es *interiormente reconocida* como expresión de la misma Verdad; y que ninguna autoridad Masónica es superior a la Suprema Autoridad del Gran Arquitecto, que es el Principio y la Realidad sobre la cual descansa todo el Universo.

EL "SALARIO" DEL APRENDIZ

El *salario* que el Aprendiz recibe, como *resultado* de sus esfuerzos, a semejanza del salario percibido por el obrero como premio y compensación de su trabajo, debe ser objeto de una especial consideración.

Los antiguos obreros recibían, además de los víveres en especie, un sueldo o compensación en dinero para comprar la *sal* y otras cosas que necesitaban; de aquí vino el nombre de *salario.* Pero tal vez no es completamente extraño al término de salario del Aprendiz el hecho de que éstos lo reciben *cerca de la Col.·.B.·.*que es la que corresponde al principio hermético femenino de la *sal,* del cual hemos hablado en su lugar.

El Aprendiz recibe el salario acercándose, después de su trabajo, a la Col.·.B.·.. Esto quiere decir que el resultado de sus esfuerzos lo consigue el iniciado acercándose al reconocimiento del Principio de Omnipotencia, expresado en el sentido de la Palabra que es el *nombre* de dicha columna y que, como dijimos, significa: *"En él la Fuerza".*

En otras palabras, el Aprendiz *progresa,* y en este progreso recibe la compensación de sus esfuerzos, según se acerca, como fin de sus estudios y deducciones, a este reconocimiento vital que realiza el *primer deber* de su testamento; es decir, *en la medida de la Fe* que desarrolla en el Principio de Vida y en su poder, como *columna* o sostén de su vida individual.

El progreso del Aprendiz está caracterizado por el desarrollo de esta Fe y confianza en el Principio Espiritual de la Vida, en el cual tenemos nuestro origen, que nos ha *creado* o manifestado (como distintas *expresiones individualizadas* de su Ser o Realidad, divididas y separadas en la apariencia, pero íntimamente unidas e *inseparables* en esencia y realidad), que continuamente nos sostiene, nos guía y nos dirige hacia el desarrollo y la expresión de las más elevadas posibilidades que todavía se encuentran en estado latente en nuestro ser.

Esta *fe,* propia de quien se ha iniciado en el conocimiento de lo Real que se esconde detrás de la apariencia exterior o visible de las cosas –y que no es *fe ciega,* en cuanto se basa sobre la propia *conciencia de la realidad-,* es algo desconocido para el profano, esclavo de la ilusión de los sentidos, quien confunde la apariencia con la realidad, y no habiéndolo reconocido (por no haber podido *ingresar* en su conciencia), niega la existencia de un Principio Espiritual como Causa Inmanente y Trascendente de la realidad visible.

No puede lograrse este conocimiento, esta *convicción* que es un estado interior, sin el estudio, el trabajo y la perseverancia: es, pues, la Fe iluminada de que hablamos, un verdadero *salario,* fruto o resultado de largos y persistentes esfuerzos sobre el Camino de la Verdad, después de haberse despojado de todas las superficialidades, creencias positivas y negativas, errores y prejuicios del mundo profano.

Así establece el iniciado una *relación iluminada* con el Principio de Vida, cuya realidad ha reconocido en su conciencia, relación que tiene su base en el reconocimiento expresado por la misma Palabra Sagrada, que será de ahora en adelante una verdadera *columna* en la cual puede apoyarse con toda confianza y que lo sostiene en sus dudas y vacilaciones.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al término de esta reseña interpretativa de los símbolos del primer grado masónico, en la cual nos habíamos propuesto, como objeto fundamental, dar a quien ávidamente busca la Verdad, a quien desea penetrar y reconocer el *sentido iniciático* de dichos símbolos, una clave que le sirva para abrir, *por sus propios esfuerzos,* la Puerta Hermética del Misterio, tras la cual se encierran impenetrablemente para el entendimiento profano.

No hemos dado ni hemos pretendido dar la Verdad, por la sencilla razón de que ésta nunca puede *darse* exteriormente, sino que tiene que ser buscada y reconocida en lo profundo del alma; sólo hemos indicado, o mejor dicho, nos hemos esforzado en aclarar el Camino que la Masonería enseña en esta búsqueda individual, por medio de sus símbolos, ceremonias y alegorías. El *secreto masónico* tiene que ser buscado y encontrado individualmente, pues de otra manera cesaría de ser tal.

Los labios de la Sabiduría están cerrados fuera de los *oídos de la comprensión.* Sólo quien se halla en un particular estado de conciencia y madurez espiritual puede *reconocer interiormente* determinada Verdad, comprendiendo y sacando provecho de las palabras que quieren indicarla o *revelarlo.*

La Esfinge, aquel maravilloso monumento que nos queda de la más antigua civilización egipcia, es una representación escultórica de este hecho: es muy difícil decir si sus labios están *abiertos o cerrados;* más bien puede decirse que están abiertos y cerrados al mismo tiempo, detrás de la sonrisa misteriosa que los anima. Verdadero símbolo de la enseñanza esotérica, la Esfinge habla todavía para quien tiene *oídos para oír,* pero permanece en *hermético silencio* para quien no ha *ingresado* en aquel estado de conciencia en el cual la Verdad espiritual puede ser reconocida y asimilada.

Lo mismo debe decirse de los símbolos masónicos: como la Esfinge, hablan para quien los escucha con los oídos de la comprensión, pero guardan su secreto para quien no sabe *descubrirlo.*

La Masonería es una Ciencia y un Arte que se revelan progresivamente a quien se esfuerza y persevera en el estudio y en la práctica, por medio de la comprensión y del uso de sus instrumentos simbólicos. Así pues, la distinción entre *masón* y *profano* no puede ser determinada únicamente por la ceremonia con la cual un profano es admitido y reconocido como miembro de la Orden, sino que depende de la *efectiva realización* de esta cualidad.

La mayoría de los masones permanecen irremediablemente *profanos* en lo que se refiere al entendimiento y a la realización de la *finalidad iniciática* de la Orden y al sentido verdadero de símbolos y ceremonias. Pero esto no les impide ser *buenos masones,* si se esfuerzan sinceramente, en la medida de su comprensión y, sobre todo, si son fieles a sus ideales y ponen en práctica lo que han entendido de los Principios Morales de la Orden. No hay necesidad de conocer la Doctrina Esotérica revelada por los símbolos masónicos para practicar los principios de la fraternidad, pero sí es necesario saber *discernir* entre la ilusión exterior del egoísmo y de la separatividad, y la Realidad de la Unidad Interior de todo, para comprenderla y realizarla efectivamente.

Todo hombre sincero encuentra, pues, en la Masonería un Camino de Progreso que se hace siempre más efectivo en la medida de su buena voluntad y perseverancia, un progreso al mismo tiempo intelectual y moral, adaptándose su enseñanza simbólica perfectamente a la comprensión de todas las inteligencias, aunque no les sea dado a todos penetrar el verdadero *significado íntimo* de dicha enseñanza.

Pero siempre el *progreso* será el resultado del *esfuerzo individual* y del ardor y de la perseverancia con los cuales se esfuerza cada cual en realizar las finalidades de la Orden, encaminándose hacia una más profunda comprensión de la Verdad y poniendo los pies de una manera más firme, equilibrada y segura sobre la Senda de la Virtud.